

Nº 37

NUESTRA BANDERA

Revista teórica y política del partido comunista de España

MINISTERIO
DE CULTURA

Francisco F. INGUANZO. Las experiencias de los mineros asturianos.

Enrique LISTER. La renovación de los acuerdos yanqui-franquistas.

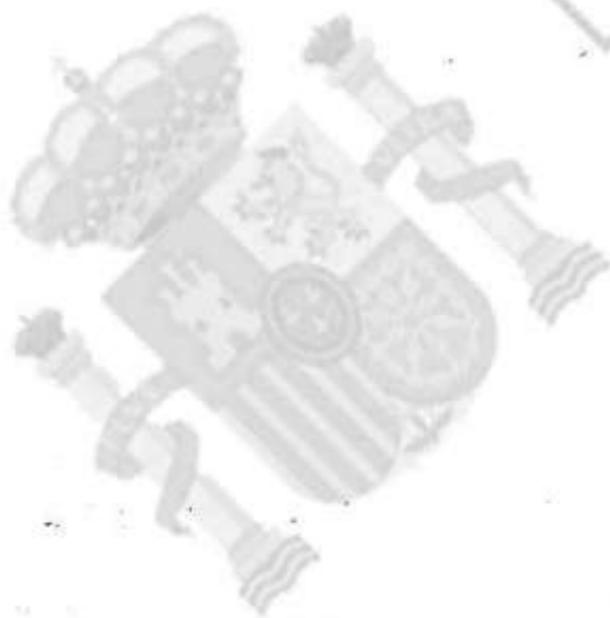
Antoni CARRILLO. Las diferencias en el movimiento comunista internacional.

Alfonso IBARRURI. Contra un falso y peligroso derrotismo.

Fidel CASTRO. Discurso en el Estadio Lenin de Moscú.

IV TRIMESTRES 1963

MINISTERIO
DE CULTURA



Editorial. Santiago CARRILLO	3
PROBLEMAS NACIONALES E INTERNACIONALES	
Las experiencias de los mineros asturianos. Horacio F. INGUANZO ..	9
La renovación de los acuerdos yanqui-franquistas. Enrique LISTER ..	23
Maniobras del franquismo en el « frente colonial ». Fernando CLAUDIN	29
LAS DIFERENCIAS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL	
Exposición hecha por el camarada Santiago CARRILLO ante una reunión de jóvenes miembros del Partido, a finales de junio de 1963	35
Contra un falso y peligroso derrotero. Dolores IBARRURI	71
Discurso de Fidel CASTRO , pronunciado en el Estadio Lenin de Moscú (23 de mayo de 1963)	79
NOTAS	
Las contradicciones del « fraguismo »	85
LIBROS	
« Julián Grimau » : Un libro testimonio	89
DOCUMENTOS	
Una vez más Asturias marca el camino	91
Declaración del Partido Comunista de España sobre la renovación del pacto yanqui-franquista	92

Editorial Santiago CARRILLO

PROBLEMAS NACIONALES E INTERNACIONALES

Las experiencias de los partidos nacionales. Horacio F. INGUANZO

La renovación de los partidos vanguardistas. Enrique LISTER

Minorías del franquismo en el frente colonial. Fernando OLIVERO

LAS DIFERENCIAS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Exposición hecha por el congreso Santiago CARRILLO sobre la reunión de jóvenes miembros del Partido a la luz de la experiencia de 1983

Contra un falso y peligroso dogmatismo. Dolores IBARRURI

Discurso de Fidel CASTRO pronunciado en el Estado Libre de Misuri (23 de mayo de 1983)

NOTAS

Las contradicciones del "franquismo"

LIBROS

"Julian Ginzburg": Un libro de memoria

DOCUMENTOS

Una vez más Asturias marca el camino...
Declaración del Partido Comunista de España sobre la revolución del octo vanguardista

NUESTRA BANDERA

revista teórica y política del partido comunista de España

Santiago CARRILLO

EDITORIAL

La huelga que los mineros de Asturias y León han sostenido a lo largo de dos meses y medio encontró un profundo eco en España y en el mundo. Los mineros han actuado como un destacamento de vanguardia en la lucha por la libertad. En otra esfera, su acción es continuada ahora por lo mejor de la intelectualidad española, con la denuncia de las brutalidades represivas cometidas por algunos elementos de la policía y la fuerza pública. La percusión de esta denuncia es tal, que el ministro de Información ha creído necesario publicarla e intentar refutarla en la prensa. De todas las columnas dedicadas al asunto, lo que queda, lo que permanece para el lector, no son los tristes ejercicios polémicos de Fraga Iribarne, ni el « muera la inteligencia » de los editoriales inspirados, sino la denuncia escueta y severa de las barbaridades usuales bajo el régimen franquista.

En estas líneas queremos llamar la atención sobre algunas experiencias que ofrece la huelga de los mineros de Asturias y León.

Esa huelga es una especie de « test » para la orientación política preconizada por el Partido Comunista de España. Iniciada en defensa de la dignidad de los trabajadores del pozo Lláscaras, toma abiertamente el carácter de una acción por Sindicatos obreros verdaderos, independientes y democráticos, por el derecho de huelga y la libertad de expresión. Es decir, adquiere el carácter abierto de una

acción política de masas, de una huelga política. Ello quiere decir que el destacamento más combativo de la clase obrera española hace suya el arma preconizada por los comunistas para asestar un golpe fundamental a la dictadura, el arma de la huelga general política. Al adoptar esta forma de lucha, los mineros —cuya combatividad revolucionaria nadie osaría poner en entredicho— confirman que ése es el camino a seguir en el período próximo. En realidad, esta huelga, aunque por diversas causas no haya adquirido en este momento una extensión nacional, es también un reflejo del pensamiento y el estado de ánimo del conjunto de los trabajadores españoles. El tiempo lo confirmará, quizá sin tardar demasiado. Un obrero gallego, en carta a Radio España Independiente decía dirigiéndose a ciertos partidarios de la violencia terrorista: « ¿Cuál es la « bomba » que ha resonado profundamente en toda España? No los petardos de Madrid. La bomba que ha resonado en toda España es la huelga de los mineros de Asturias ». Esas palabras encierran, de hecho, la lección de táctica política revolucionaria que enseña esta lucha.

Al mismo tiempo, la huelga minera confirma la política de unidad propugnada por los comunistas. En Asturias han luchado juntos comunistas, socialistas y católicos. La huelga de Asturias es una victoria de los trabajadores contra la división y la pasividad. La derrota de estos dos factores negativos, que aún son un freno en otras regiones para la extensión y la elevación del nivel de la lucha, confirma la justeza de la línea comunista. Durante años hemos combatido precisamente contra la división y la pasividad, haciendo frente a múltiples prejuicios, incomprensiones y comodismos. Pero en Asturias se ha afirmado la unidad y el espíritu de lucha. Y el ejemplo que da ahora Asturias a España entera es éste: el de la unidad y la lucha. El de la confianza en las fuerzas inmensas de los trabajadores unidos. Hay que aprovechar esa lección. Nosotros saludamos el comentario publicado en « Le Socialiste » de Toulouse, que concluye destacando el ejemplo de Asturias y la necesidad de seguirle. Y el comentario de « Lan Deya », el periódico de los Solidarios Vascos, que saca las mismas deducciones. Son también las nuestras. Hay que seguir el camino de Asturias, que es el camino de la unidad obrera y popular, el camino de la ruptura con la pasividad y con la desconfianza en nuestra fuerza.

Antes éramos los comunistas quienes indicábamos, casi solos, ese camino. Ahora es Asturias, todos los mineros asturianos y leoneses, sin distinción de tendencias. Hemos dado, así, un gran paso adelante. Socialistas, nacionalistas, HOAC, JOC y comunistas, tenemos ya un precedente y una bandera común que enarbolar: la bandera de Asturias. En las cuencas mineras hemos empezado juntos una lucha a la que juntos deberemos poner fin.

Cierta prensa ha tratado, al principio de la huelga, de presentar ésta como una iniciativa de la llamada « Alianza Sindical ». ¿Por qué se engañan a sí mismos? ¿Qué ganan con cerrar los ojos a la realidad? La « Alianza Sindical », como tal, no tienen ningún papel real en las huelgas de Asturias y León, aunque lo hayan tenido los trabajadores socialistas y los católicos, estos últimos sin ninguna relación con dicha « alianza ». Pero con esa falsificación de la realidad, de lo que trataba la prensa aludida era de negar el papel del Partido Comunista en la huelga de los mineros. Empeño inútil, puesto que la huelga de los mineros es la política preconizada por el Partido Comunista hecha carne, y que la inmensa mayoría de los perseguidos y de las víctimas de las brutales torturas son conocidos como comunistas por todos los mineros.

Por otra parte, esta acción ha sido una confirmación de la política sindical preconizada por los comunistas. Nuestro Partido sostiene que en las condiciones del franquismo no es posible crear verdaderos sindicatos, porque los sindicatos no son pequeños grupos de militantes, sino organizaciones de masa de todos los trabajadores, y no se pueden desarrollar tales organizaciones clandestinamente. Por eso hemos preconizado el desarrollo de un movimiento de Oposición Sindical. La Oposición Sindical, no es la organización sindical de los comunistas, como intentan hacer los socialistas con la UGT o los anarquistas con la CNT. La Oposición Sindical es un movimiento de todos los trabajadores, que teniendo su base en las empresas, en las Comisiones obreras, en los enlaces y jurados, cuando éstos son verdaderamente designados por los trabajadores, va elevándose a través de un sistema flexible de relaciones entre unas y otras empresas, construído sobre la base de comisiones interempresas, de industria, locales y hasta regionales y provinciales. Ese sistema flexible de relaciones se apoya también, a veces, en los vocales de Juntas sociales cuya elección los obreros consiguen imponer, venciendo las maniobras y obstáculos de altos jefes, policías y patronos.

Estas son las formas de organización, flexibles, flúidas —que aparecen unas veces para esfumarse otras y volver a reaparecer, adquiriendo en definitiva tanta más consistencia cuanto más se desarrolla la lucha y avanza la descomposición de los sindicatos verticales— en las que se apoyan los mineros asturianos para llevar a cabo sus impresionantes huelgas. En general, ésas son las formas que surgen y se desarrollan con la acción combativa y huelguística de los trabajadores, allá donde ésta tiene lugar. Es el caso, igualmente, de Vizcaya, y de las formas en que se ha preparado la huelga de 10 minutos habida en las más importantes factorías. Tampoco es fortuito que en el llamamiento lanzado por la Alianza sindical de Cataluña, cuando las huelgas de Asturias, se haga hin-

capié en los « Comites obreros » en las empresas, y no en los Comités de la « alianza sindical », pues mientras estos últimos no existen, los Comités —o más bien, Comisiones— que constituyen la armadura de la Oposición Sindical, sí existen y representan una realidad.

Es decir, la política sindical que de más en más se impone, es la del desarrollo de una vasta y unitaria Oposición Sindical. Los comunistas no hemos inventado esta forma ni la consideramos nuestra propiedad; es la propiedad de todos los trabajadores, la forma propia a las luchas en este período, y el mérito de los comunistas consiste en haber sabido apreciar antes que otras fuerzas la realidad; en haberse esforzado por generalizar y extender las formas surgidas de la iniciativa misma de las masas, sin preocuparse de tener su « sindicato » particular, su propia **RESERVA SINDICAL**, pensando que en el futuro los sindicatos independientes y democráticos de la clase obrera no pueden ser propiedad de tal o cual grupo político o confesión religiosa, sino el arma de resistencia y de lucha de todos los explotados sin excepción.

Decíamos al principio de estas líneas que la huelga de Asturias y León, pese a no haberse extendido, es un reflejo del estado de conciencia del conjunto de la clase obrera española. Las razones por las que este verano no se produjo la extensión son diversas: unas ligadas a la situación objetiva, en ciertas regiones, y otras a los factores subjetivos. En abril y mayo las huelgas tuvieron más extensión, aunque los factores subjetivos —la organización del Partido y de las masas no fuesen mayores, sino probablemente menores— porque los trabajadores de todo el país tenían un objetivo único, más concreto: la ruptura del bloqueo de salarios. Ahora la huelga en Asturias, sin dejar de lado las reivindicaciones —que en este período siguen siendo un importante eslabón para movilizar a las masas— era sobre todo una huelga por objetivos de carácter político, más elevados: sindicatos de clase, independientes y democráticos; derecho de huelga; libertad de expresión, defensa de la dignidad del trabajador. En otras regiones estos objetivos no habían calado tanto como en Asturias, por ser quizá menor la experiencia y la conciencia de las masas; todavía no formaban un núcleo de reivindicaciones por las que todos los trabajadores estuvieran dispuestos a afrontar, como los mineros asturianos, las contingencias y los peligros de una lucha. Pero la huelga de Asturias ha tenido el enorme valor de colocar esos objetivos en el centro de la acción de todos los trabajadores, de subrayar su importancia. La huelga de Asturias convertirá estos objetivos en la bandera unificadora de la acción de todos los trabajadores. Ahora, « seguir el ejemplo de Asturias », palabras que se extienden como un lema para todos los trabajadores españoles, es marchar hacia la huelga general por las

reivindicaciones de cada uno y por los citados objetivos políticos. Hemos dado un paso fundamental, de este modo, hacia la huelga general política.

Aún habrá que hacer una considerable labor política para ayudar a las masas en el resto del país a desentrañar y asimilar la experiencia asturiana, a ponerse al mismo nivel. Las acciones parciales, por objetivos económicos, por un trato digno, por garantías para los enlaces, jurados y vocales elegidos; la organización de las formas de la oposición sindical en cada empresa; el fortalecimiento de la unidad por abajo, por en medio y por arriba con católicos y socialistas allá donde éstos actúen; el fortalecimiento de las organizaciones y de los comités dirigentes del Partido, son tareas que hay que acometer con la mayor energía y perseverancia, apoyándose audazmente en las fuerzas nuevas de la clase obrera.

Para llegar a desencadenar una potente huelga general en toda España nos quedan aún grandes esfuerzos a realizar; la brevedad del plazo con que los llevemos a cabo depende de que todos, comunistas, socialistas y católicos, nos consideremos movilizados y nos entreguemos ardorosamente a una labor que nos corresponde compartir. No hay que olvidar, en la preparación de esa huelga, el papel de otros factores políticos. Por ejemplo, la acción valerosa de los intelectuales es una aportación de extraordinaria importancia; la alianza de la clase obrera y los intelectuales demócratas, se hace así realidad. No hay que perder de vista la contribución que puede dar a la preparación de esta gran acción contra la dictadura el campo español, cuyo descontento es enorme y profundo; la parte del clero que va tomando posición por la libertad; los comerciantes e industriales que se percatan de que, en el fondo, la lucha de los trabajadores conviene en definitiva a sus intereses, lesionados también por la política dictatorial, al servicio exclusivo del gran capital monopolista.

Hay que transformar la simpatía general que existe entre las masas trabajadoras hacia la idea de la huelga general política, en acción, siguiendo el ejemplo de Asturias. Hasta ahora miles de trabajadores ven en la huelga general política el medio de dar un golpe fundamental al franquismo; pero tienen una idea, pudiéramos decir, demasiado abstracta de la huelga; la esperan como quien espera un milagro. Este estado de ánimo es ya un progreso, si lo comparamos a la mentalidad que existía no hace aún mucho tiempo, cuando las masas no veían aún forma de desembarazarse de la dictadura, y caían en el fatalismo de creer que la monarquía, o cualquier otra forma de gobierno establecida por arriba, sin su concurso, era quizá la única posibilidad de desembarazarse de Franco. La propaganda del Partido Comunista y la experiencia de las acciones huelguísticas de abril y mayo de 1962, y posteriores,

han mostrado a las masas que poseen fuerza y un camino propio para imponer una solución del problema político, que no consista en « los mismos perros con distintos collares », sino en algo verdaderamente nuevo y democrático, acorde con los intereses del pueblo. Eso es un gran progreso. Las masas tienen ya una perspectiva propia. Ahora hay que utilizar el ejemplo de abril y mayo de 1962, el ejemplo de las huelgas de Asturias, para conseguir que esa perspectiva encarne en la realidad. Sin impaciencia, pero sin pausa. Con la conciencia de que el porvenir del pueblo español, lo forjará el pueblo mismo, y la clase obrera a su cabeza.

substantivos en las fuerzas nuevas de la clase obrera.

Para llegar a desencadenar una potente huelga general en toda España nos quedan aún grandes esfuerzos a realizar. La preparación del plazo con que los llevamos a cabo depende de que todos, comunistas, socialistas y católicos, nos consideremos movilizados y nos entreguemos arduamente a una labor que nos corresponde compartir. No hay que olvidar, en la preparación de esa huelga, el papel de otros factores políticos. Por ejemplo, la acción valerosa de los intelectuales es una aportación de extraordinaria importancia; la alianza de la clase obrera y los intelectuales democráticos, se hace así realidad. No hay que perder de vista la contribución que pueda dar a la preparación de esta gran acción contra la dictadura el campo español, cuyo descontento es enorme y profundo; la parte del clero que va tomando posición por la libertad; los comerciantes e industriales que se pelean de que, en el fondo, la lucha de los trabajadores conviene en definitiva a sus intereses, lesionados también por la política dictatorial, al servicio exclusivo del gran capital monopolista.

Hay que transformar la simpatía general que existe entre las masas trabajadoras hacia la idea de la huelga general política, en acción, siguiendo el ejemplo de Asturias. Hasta ahora miles de trabajadores ven en la huelga general política el medio de dar un golpe fundamental al franquismo; pero tienen una idea, pudieramos decir, demasiado abstracta de la huelga; la esperan como quien espera un milagro. Este estado de ánimo es ya un progreso, si lo comparamos a la mentalidad que existe no hace aún mucho tiempo, cuando las masas no veían aún forma de desembarazarse de la dictadura, y caían en el fatalismo de creer que la monarquía, o cualquier otra forma de gobierno establecida por arriba, sin su concurso, era quizá la única posibilidad de desembarazarse de Franco. La propaganda del Partido Comunista y la experiencia de las acciones huelguísticas de abril y mayo de 1962, y posteriores,

Horacio F. ANGUANZO

Las experiencias de los mineros asturianos

ANALIZANDO las huelgas de abril y mayo de 1962, el camarada Santiago Carrillo decía:

« Asturias ha iniciado y sostenido con el ejemplo heroico de sus mineros una de las huelgas más grandes y más tenaces de la historia del movimiento obrero español ».

Pues bien, sin dejar de luchar desde entonces, y sin que olvidemos la huelga de agosto de aquel mismo año, nuevamente los mineros asturianos han declarado y sostenido durante más de dos meses una huelga más tenaz, de mayor envergadura en cuanto a objetivos y duración, más rica en enseñanzas prácticas que las de la primavera del año pasado, y en la que han derrochado mayor heroísmo, si cabe.

La huelga de abril y mayo de 1962 se transformó, en el transcurso de su desarrollo, en una huelga con objetivos políticos; los objetivos políticos de la actual estaban perfectamente definidos desde su iniciación.

En aquella se orilló a los sindicatos verticales, uno de los pilares de la dictadura; ésta se planteó con el objetivo abierto de sustituirlos por otros « más eficaces »; en abril del 62 se impuso la huelga; en esta última se luchó con la huelga por el derecho a hacerla; entonces, ante medio millón de trabajadores en huelga en toda España, la dictadura operó con cierta timidez en la utilización del aparato represivo; ahora, sin una ayuda tan eficaz del resto de los trabajadores, con excepción de los mineros de León, los mineros asturianos se mantuvieron firmes contra un Gobierno que actuó con la brutalidad que caracteriza a una dictadura fascista.

Ahora debe ser claro para todo el mundo que el Partido Comunista tenía razón cuando afirmaba en 1962 que se había producido un salto en la elevación de la conciencia de la clase obrera; que existían ya condiciones para el planteamiento de amplias acciones enfiladas directamente contra las bases de sustentación de la dictadura. El Partido estaba en lo justo, al hacer de la preparación de la huelga general política de los trabajadores el centro de sus actividades.

La huelga de este verano de los mineros asturianos y leoneses es la contribución más eficaz a la huelga general política, es la expresión más viva de que el destacamento de vanguardia de la clase obrera española está de acuerdo con el Partido en la idea de la huelga general política. Los mineros asturianos y leoneses han demostrado prácticamente que la huelga general política está al alcance de los trabajadores y puede asestar un golpe de muerte a la dictadura.

¿Cómo se explica que, una vez más, hayan sido los mineros asturianos quienes abren la brecha y que no hayan sido más eficazmente ayudados por el resto de los trabajadores, si se exceptúa a los mineros leoneses? ¿Es que al resto de la clase obrera española le falta combatividad?

Contestar afirmativamente sería colocarse en la misma actitud de quienes, con motivo de las huelgas de Vizcaya, Barcelona, Pamplona y Madrid en el año 1956, nos acusaban a los asturianos de habernos dejado convencer por Girón, basándose en que, según ellos, en Asturias no se luchaba.

La huelga de los mineros asturianos es expresión de la alta conciencia de la clase obrera española. Ahora bien: ni antes, ni ahora, se podía poner en duda que los mineros asturianos estaban a la cabeza del proletariado español en cuanto a capacidad combativa. Pero el que éste no se haya incorporado ahora a la huelga no se explica, en lo fundamental, porque exista un desnivel combativo entre los mineros asturianos y el resto de la clase obrera. Prueba de ello la tenemos en la misma Asturias: los 1600 obreros del Taller del Conde, de la Duro Felguera, habían realizado una acción en el mes de junio último, en la que pusieron de manifiesto una combatividad muy digna de la de los mineros. Algo parecido demostraron los obreros de una cerámica en Lugones. Sin embargo, a pesar de que los primeros están enclavados en el corazón de Langreo, con la famosa mina del Fondón por vecino más inmediato, y con más problemas económicos que los mineros, ni en abril, ni en agosto, ni ahora han secundado la huelga.

¿Qué falló en esta importante concentración de obreros con muy brillantes y justificados diplomas de combate? Mal que les pese a las « viejas glorias », les faltó un temple y una experiencia como la de los mineros, adquiridos en permanentes luchas bajo las nuevas condiciones creadas después del 36 y, sobre todo, les falta el sentido de la organización y de la unidad que los mineros han forjado a través de esas luchas.

Y que esté claro que con ello no quiero decir que los metalúrgicos de la Duro Felguera no están unidos. Lo han demostrado en esa acción de junio, en el boicot a las elecciones sindicales y en otras ocasiones. En realidad, hoy todos los trabajadores están de acuerdo con que Franco debe marcharse, en que es necesario un mayor salario, y en muchas cosas más, pero ésa no es todavía la unidad de los mineros.

La unidad de los mineros está forjada, probada y consolidada en el crisol de constantes acciones grandes y pequeñas. Ha ido surgiendo en torno a los problemas comunes y utilizada en la preparación y dirección de la lucha por esos objetivos comunes. A los otros sectores obreros les falta esa práctica de la acción que va materializando la unidad en formas muy distintas. A veces cuaja en un grupo de hombres a quienes los demás conceden, porque se la han ganado en la lucha, autoridad de dirigentes; a veces, cristaliza en una comisión que surge como algo natural, que posiblemente desaparece después como tal comisión pero de la cual siempre queda una cabeza. En otras ocasiones, la unidad se hace tras un Jurado de Empresa elegido en torno a problemas de los traba-

jadores o impuesto por éstos después de destituir, en el curso de la lucha, al Jurado que era instrumento de la empresa.

En los mineros existe una predisposición creada por la práctica. En esta unidad profunda, con formas dinámicas, que en muchas ocasiones escapan a toda descripción, está el secreto de que por mucho que el enemigo golpee no desaparezca la dirección de la lucha. Así se explica que los mineros de la Camocha, por ejemplo, después de más de dos meses de huelga, hayan entrado al pozo y al final de la jornada hayan permanecido en el fondo, como acto de protesta porque el día antes había sido detenido un grupo de compañeros, probablemente el que más se venía distinguiendo en el curso de la huelga.

¿Quién puso de acuerdo en tan poco tiempo a más de 1000 hombres diseminados por varias plantas? ¿Quién nombró el grupo que a la hora de la salida normal se colocó en lugares estratégicos del interior de la mina para evitar que se marchasen los vacilantes? « La mano negra », decían los vigilantes y capataces con ocasión de las huelgas del 57 y 58; la « mano negra » que tiene locos a Ramos, al capitán Fernando Caro, al cabo Pérez (1) y demás asesinos a las órdenes del ministro de la Gobernación.

Para nosotros no hay misterio: ha sido la alta conciencia de los mineros de la Camocha, habrán sido algunos de los cientos de mineros que pasaron por las comisiones obreras en múltiples ocasiones durante las pasadas luchas.

Todo paso de unidad es muy positivo. Pero es muy diferente, como arma, la unidad surgida para combatir, y mucho más sólidas las formas de su organización, establecidas para producir y dirigir la lucha, que los acuerdos a que se llegue ante un problema que aparece o para « estar allí ».

Por ejemplo: los metalúrgicos de la Duro Felguera a la que pertenece el taller de referencia, se han puesto de acuerdo para boicotear las elecciones sindicales últimas, con lo cual expresaban su repulsa a los Sindicatos Verticales, pero sin más. Es decir, se pusieron de acuerdo y lo mantuvieron, puesto que nadie votó para dejar las cosas como estaban. Esto era muy positivo, pero no suficiente. En cambio los mineros hicieron sentir el peso de la unidad para lo que han actuado cientos de comisiones reclamando garantías y los desterrados e imponiendo amplias reuniones. En una de ellas, después de desenmascarar públicamente al Gobierno y gerifaltes sindicales acordaron no votar puesto que no se les habían hecho efectivas sus exigencias.

O sea, lucharon por algo tan importante como imponer sindicatos de clase.

Qué duda cabe que esta unidad, contrastada y estrechada en ese combate, daba confianza a los mineros para emprender nuevas y más reñidas luchas.

¡La unidad combativa, no pasiva, he ahí la gran arma de los mineros!

Está claro que las acciones que culminaron en la huelga, el planteamiento de ésta, sus objetivos fundamentales, su desarrollo y carácter pacífico, constituyen la más elocuente expresión del papel jugado por el Partido. Una vez más se ha puesto de manifiesto, tanto en el proceso preparatorio como en la huelga, que los mineros han asimilado la táctica

(1) Ramos, conocido policía de la Brigada político-social; el capitán Fernando Caro y el cabo Pérez, de la Guardia Civil, que se han distinguido durante la última huelga por sus salvajes malos tratos a los mineros.

del Partido, que han hecho suya la política del Partido. Pero ello no está en contradicción, sino todo lo contrario, con que el signo más característico de la huelga haya sido la unidad. En particular, socialistas y católicos participaron y ayudaron en muchas ocasiones de forma muy importante.

Entre las actitudes de los socialistas en otros períodos y su actitud en esta última huelga, existe el abismo que media entre la pasividad y las posiciones combativas.

Los católicos (que como reconocen en una circular interna, fueron sorprendidos por la huelga en la mina Nueva Montaña en el momento en que estaban preparando un documento denunciando los problemas allí existentes), han participado con el Partido y otras fuerzas de la Oposición Sindical en la elaboración de una plataforma de reivindicaciones concretas que venían a enriquecer las de la Oposición Sindical (estas últimas estaban ya en la calle). Con ello reforzaron la huelga en aquellas minas.

Esos programas de unidad constituyen también un triunfo de la política unitaria del Partido.

No cabe duda que las acciones preparatorias y la huelga de julio-septiembre se han desarrollado bajo el signo de la unidad dentro de la Oposición Sindical.

La huelga de la primavera del 62 había marcado en Asturias la bancarrota de los sindicatos verticales, no sólo porque habían sido ignorados en el transcurso de la misma, sino porque los obreros impusieron en la mayor parte de las minas y en algunas fábricas órganos de dirección propios, con poderes para discutir sus problemas con la patronal y las autoridades. Por ejemplo, en « Carbones Asturianos » existía una comisión que conquistó la autorización para reunirse en los locales de la empresa. Se estableció que el ingeniero asistiría a las reuniones cuando fuese necesario plantearle alguna cuestión.

En la « Fábrica de Mieres » los obreros destituyeron al Jurado por haber firmado el Convenio Colectivo sin consultarles previamente. Seguidamente eligieron otro, que a su vez era asesorado por una comisión de 52 miembros, 2 por cada taller, a la que estaba obligado de dar cuenta de su gestión, y por la que recibía las demandas de los obreros. La Comisión y el Jurado podían reunirse libremente en el comedor de la empresa.

Cada vez que la policía amenazaba a algún miembro de estas comisiones los obreros replicaban: si os detienen vamos a la huelga.

Estas Comisiones constituían verdaderos organismos de Oposición Sindical. Significaban la guillotina de los Sindicatos Verticales.

Aprovechando el « bache » (1) que se produjo a raíz de la huelga de agosto, la mayoría de las empresas dejaron de reconocer a esas comisiones como representantes oficiales de los obreros. Muchos de sus miembros fueron desterrados y otros expulsados del trabajo, pero como los obreros habían adquirido experiencia del papel que esos órganos suyos habían jugado en ese período, ni la patronal ni las autoridades pudieron impedir que continuase desarrollándose la Oposición Sindical con unas u otras formas.

La Oposición Sindical es una realidad en Asturias que no puede ser aquilatada a través del número de comités existentes, sino a través de

(1) N. de la R.: El autor se refiere a la represión que siguió a la huelga de agosto de 1962.

un ambiente, de una conciencia, creados en los lugares de trabajo, de un método que se está imponiendo para plantear y resolver los problemas y que se traduce en la facilidad con que surgen comisiones altamente representativas en un momento determinado. Comisiones que pueden desaparecer sobre el papel por diferentes razones, entre ellas porque los mineros tienen la experiencia de que sus miembros son los que terminan llevando los primeros golpes, pero como han surgido como organismos vivos de lucha y ésta no cesa, en realidad están allí dirigiéndola.

Esa experiencia adquirida por los mineros, de que las comisiones son golpeadas, determina cierta tendencia a que una comisión no siempre se establezca y se renueve en su composición: « Vosotros planteasteis esta cuestión, ahora vamos otros ».

Eso no favorece, si se quiere, la permanencia de la comisión, pero determina que cientos de hombres pasen por esas comisiones, que su conciencia se eleve progresivamente, y que siempre aparezcan obreros en disposición de dirigir; que siempre haya, al menos, una cabeza más o menos visible, y con gran autoridad, ya sea porque los que la integran han sido elegidos por el conjunto de sus compañeros, o porque sin ser formalmente elegidos se han impuesto como dirigentes en el transcurso de diferentes luchas. Así se produce un proceso constante de renovación.

Cuando llegó el ministro de Trabajo a Asturias para abordar, según anunciaban, el problema de las pensiones, se podían contar con los dedos de la mano los comités de oposición que venían funcionando de forma estable. Sin embargo, sobre Mieres llovió tal número de comisiones que el ministro no se atrevió a presentarse en la casa sindical. Ocurrió así, porque la cuestión a tratar se había convertido, previa una gran agitación, en una bandera de lucha. Es posible que muchas de esas comisiones no quedasen estables después, pero todas dieron cuenta de su gestión a los compañeros.

No quiero decir, claro está, que no exista posibilidad de crear mayor número de organismos permanentes.

Pese a la represión se mantienen algunos, incluso legalmente, perfectamente ligados a las masas a través de sus problemas, orientándolas y dirigiéndolas en la lucha. Aquí también es necesario mayor trabajo político, más flexibilidad y agilidad para percibir los cambios que se producen. Antes de las elecciones no se concebía que pudieran realizarse asambleas obreras; más tarde se organizaron con mucha sencillez. La continuada elevación de la conciencia de los trabajadores lo hizo posible.

Lo decisivo es ayudar a los trabajadores a comprender la necesidad de contar con esas formas unitarias, cada día más perfeccionadas a través de su propia actividad; es crearlas íntimamente ligadas a los problemas más sentidos por los trabajadores. De esa forma serán el aglutinante de todos ellos y adquirirán consistencia.

Nuestra experiencia confirma que, salvo casos particulares, si la comisión se constituyó realmente para dirigir de acuerdo con el dinamismo actual, su permanencia no se logra porque les convenzamos de que deben « estar allí », sino porque la persistencia de los problemas lo exige.

Decimos más arriba que esta huelga ha significado un gran avance porque en ella los aspectos políticos aparecían claros desde su iniciación. Las reivindicaciones económicas tenían mucha importancia, pero había planteamientos abiertamente políticos como el regreso de los desterrados, sindicatos independientes y el derecho de huelga.

Ahora bien, estas reivindicaciones no dieron el tono político a la huelga porque figurasen en las octavillas de la Oposición Sindical, donde se

llamaba a la preparación de la huelga, y, posteriormente, a la huelga —aunque esto fuese importante— sino porque los mineros sentían la necesidad de luchar por ellas. Y como además tenían la convicción de que la lucha iba a ser dura habían templado su ánimo para ello.

El Partido ha considerado desde el principio que en la situación presente el mejor camino para llegar a la politización activa de las masas es ayudarlas a sentir la necesidad viva de luchar por objetivos políticos.

La experiencia demostró que no es suficiente para lograr que las masas sientan la necesidad de luchar por esos objetivos lanzar octavillas donde se recojan cosas muy relucientes desde el punto de vista político, sino que lo fundamental es su propia experiencia, que ellas asimilen o que el Partido les ayude a asimilar en la lucha por aquellos objetivos grandes o pequeños que de forma más inmediata les afecten en cada momento, o les resulten más asequibles.

Si nos reservamos para plantear la lucha a que las masas estén realmente dispuestas a ir a la huelga, no ya por el derecho de huelga, sino por algo mucho más sencillo, el salario mínimo, menospreciando otras reivindicaciones más pequeñas, podemos esperar para largo, por mucho que hablemos de esas cosas. Hay que prepararse para luchar por grandes cosas luchando por las pequeñas, por lo específico de cada lugar de trabajo.

En Asturias se demostró que ése era el mejor camino mucho antes de ahora; desde las huelgas del 57 las dos últimas huelgas no han hecho más que confirmarlo.

Los mineros están demostrando haber comprendido que la huelga es la vía más eficaz. Pero no están dispuestos a hacerla todos los días. Van a ella después de haber agotado otras vías. Entonces explotan o les hacen explotar.

Sobre la base de esa experiencia, el Partido en Asturias y la Oposición Sindical prepararon —como eje hacia la huelga general política— un plan de reivindicaciones generales para los mineros. En su elaboración participaron los organismos de dirección del Partido, apoyándose en hombres caracterizados, así como las comisiones obreras.

Al mismo tiempo que se daba la consigna de intensificar la lucha en todas las formas por los problemas específicos de cada mina, y que no se dejase pasar ninguna injusticia sin la reacción conveniente, se decidió iniciar en el mes de marzo la agitación en torno a la plataforma de las reivindicaciones generales.

No se hicieron grandes alardes de propaganda. Cada organismo procedió según su criterio. En unos casos se clavaron hojas en los postes próximos a las minas, en otros se colocaron en los cuartos de aseo, se metieron en los bolsillos; en presencia de grupos de compañeros, los camaradas las presentaban como acabadas de recoger, y las comentaban, etc. Se buscó, sobre todo, que se produjera discusión.

Al terminar de leer una hoja con esas reivindicaciones, un minero exclamó: « ¡Y que nos tengan que decir esto por escrito, cuando nosotros estamos cansados de saberlo! » No había duda de que las reivindicaciones eran sentidas.

A partir de este período se incrementaron las acciones de todo tipo, legales y extralegales, y empezó a hablar todo el mundo de la huelga. Se popularizó la palabra « chispa ». Tan pronto surgía algo fuerte se comentaba: a lo mejor de ahí brota la chispa.

En el mes de abril se decía que la huelga se produciría el primero de mayo. Este día aparecieron octavillas firmadas por un llamado « comité

de obreros honrados » en las que se recomendaba no ir a la huelga y se anunciaba el regreso de los desterrados.

Era claro que detrás de esas octavillas se ocultaba la policía, pero más claro aún resultaba que se marchaba con pasos firmes hacia la huelga. Ellos mismos ayudaban a popularizar esa idea y sus principales objetivos.

Muchos chigreros acusaban disminución de las ventas, signo de que los mineros hacían ahorros, y muchos mineros desplazaron sus compras de los economatos a las tiendas particulares con objeto de contar con crédito de éstas en la huelga.

Dentro de ese plan de preparación de la huelga general política se encajaron las elecciones sindicales.

La Alianza hizo campaña para que no se votase, alegando, poco más o menos, « que era meter a los elegidos en la cárcel ».

Los mineros y metalúrgicos comentaban: « Estos no plantean nada ». Ellos querían otra cosa.

En cambio, los católicos pedían que se votase.

El Partido consideró, teniendo en cuenta las perspectivas más o menos inmediatas, pero reales, de huelga, y el papel piloto que cabía asignarle a Asturias, que no debía enzarzarse discusión sobre si procedía votar o no votar, sino reforzar la unidad y aprovechar las posibilidades que se abrían de hacer reuniones legales para propagar los principales objetivos de la huelga.

Así, paralelamente a la constitución de candidaturas unitarias, con la participación en algunos casos de socialistas y católicos, se planteó la lucha sobre la base del programa de la Oposición Sindical, en el que en primer término figuraba la exigencia de garantías, incluyendo dentro de la lucha contra la discriminación, el regreso de los desterrados.

Esta lucha fue encabezada y dirigida por los candidatos, constituidos en comisiones, que condicionaban su conformidad a ser elegidos a que se diese satisfacción a las exigencias mencionadas antes de las elecciones.

Se multiplicaron las comisiones de obreros a los sindicatos, unas veces acompañadas de los candidatos y otras sin ellos, reclamando garantías y regreso de los desterrados. Se multiplicaron las discusiones con los gerifaltes sindicales, que se desplazaban a las minas a buscar candidatos.

En la discusión con estos gerifaltes era frecuente llamarles « vividores ». Se desenmascaraba públicamente el papel que venían jugando los sindicatos; se señalaba cuál era el tipo de sindicato que necesitaban los trabajadores; se les llegó a anunciar que el « pesebre se les estaba acabando », etc.

Las reuniones terminaron con una concentración de más de dos mil mineros en la casa sindical de Mieres, donde se les dijo sin ambages a los jefes sindicales que los trabajadores no podían admitir las promesas de los ministros de este Gobierno. Por último, allí mismo, se tomó por aclamación el acuerdo de no votar en vista de que el jefe provincial de sindicatos no accedió a suspender las elecciones hasta el regreso de los desterrados.

De esa misma reunión salió la consigna: « desterrados o huelga ».

Pocos días después, como réplica a unas palabras de Solís despectivas para esta actitud de los mineros, podían escucharse frases como la siguiente: « ¡este tío se está buscando el chispazo y lo va a encontrar! »

Analizando esta acción, la dirección del Partido en Asturias llegó a la conclusión: hemos dado un serio paso hacia la huelga general política; los mineros y algunos metalúrgicos han hecho suyas las reivindicaciones políticas principales y están dispuestos a luchar por ellas.

Las acciones se fueron elevando de tono en cuanto a la forma y los objetivos, ocupando el primer plano aquellas que pueden llamarse « luchas por la dignidad humana ». Luchas contra los malos tratos, despidos, expedientes, etc.

Y surgió la huelga porque todo este proceso necesariamente tenía que conducir a la huelga.

En la primavera del 62 la causa inicial fueron unas sanciones; esta vez algo parecido, pero el verdadero motivo era mucho más hondo, entonces y ahora.

¡Cómo no iban los mineros a lanzarse a la lucha con ardor por sindicatos de clase, si a través de cientos de reclamaciones, a través de cientos de comisiones a los sindicatos verticales, habían comprobado que éstos no resolvían nada, habían comprobado prácticamente, una y mil veces, que las « jerarquías » gastaban bonitos bigotes pero no tenían idea de los problemas obreros! Los habían visto correr asustados cuando en una mina, durante el período de las elecciones, les dijeron: « ¡si no os largáis de aquí, os apedreamos! »

¡Cómo podía no haber penetrado hasta el fondo de su ser la necesidad de imponer unos sindicatos eficientes, si los mineros venían sintiendo la necesidad de aplicar un control sobre la producción, porque habían comprobado hasta la saciedad que las empresas, con la complicidad de Martín, Granda, Talamillo y demás « vividores », venían falseando los datos para robarles parte de las 75 pesetas que les corresponde por tonelada!

¡Cómo no iban a sentir los trabajadores la necesidad de hacer desaparecer definitivamente los sindicatos verticales si en las asambleas impuestas con motivo de las elecciones sindicales habían vivido una verdadera democracia obrera!

¡Cómo no iban a estar dispuestos a dar la batalla por el derecho a la huelga si en miles de acciones siempre se encontraron con la amenaza de Ramos, cabo Pérez y demás asesinos!

¡Y cómo no iban a plantear la batalla con moral de victoria si habían comprobado que las empresas, al mismo tiempo que les expoliaban, les hacían concesiones que hasta ahora parecían inconcebibles, por temor a la huelga!

Está claro que los mineros lucharon por objetivos políticos y que esto, así como su preparación para la lucha, explican su heroica resistencia.

Pero esto no quiere decir que el grado de politización llegó a tal altura que, en adelante, podamos abandonar las reivindicaciones que hasta ahora vinieron constituyendo el principal motor movilizador.

La huelga de julio-septiembre ha demostrado que incluso las masas de vanguardia necesitan una cobertura para plantear la lucha.

El Partido y la Oposición Sindical, previendo las medidas para generalizar lo más rápidamente posible un paro que pudiese surgir en el lugar más maduro, habían preparado con varios meses de antelación unas octavillas llamando a la huelga en solidaridad con los « compañeros en paro » y recogiendo al mismo tiempo las reivindicaciones de los mineros. Estas octavillas fueron utilizadas para arrastrar la cuenca del Nalón, cuando la del Caudal ya estaba en huelga.

En Figaredo, la huelga fue fortalecida agregando a las reivindicaciones de la Oposición Sindical, ya conocidas por los mineros, otras más específicas desde el punto de vista económico, elaboradas por obreros de diversas tendencias.

Los mineros están interesados con mucha razón en la lucha por un salario mínimo de 160 a 200 pesetas con escala móvil, que les permita hacer frente a la progresiva carestía de la vida y saber bien lo que han ganado al final de cada jornada; por un control obrero sobre la producción; por una pensión decente para los jubilados; por que a los silicosos se les coloque con el promedio en puntos compatibles, mientras dure la enfermedad; por dos pagas extraordinarias de un mes; por un mes de vacaciones y todos los demás beneficios de que disfrutaban los empleados, entre otras.

Una acción en marcha contribuye a madurar las condiciones para que se produzca la lucha en otros lugares por reivindicaciones ya sentidas y específicas. Llamar a la huelga de solidaridad con el principal argumento de que « su lucha es la nuestra », sin plantear las reivindicaciones más sentidas del lugar de trabajo, es exponerse al fracaso.

No debemos impacientarnos porque el enemigo ceda ante nuestra presión. Tanto mejor si cede, si esa concesión sabemos valorarla ante las masas. Posiblemente una de las razones de que en Asturias se haya popularizado tanto la idea de la huelga esté en las concesiones que las empresas venían haciendo por temor a ella.

Si, coaccionados por el deseo de producir más rápidamente el chispazo, se hubiesen elevado excesivamente las exigencias, las masas no se hubieran movilizado con tanta facilidad.

El problema radica en saber plantear el motivo justo y las formas de movilización precisas, ni más elevadas ni más inferiores. Con tendencia a la elevación política de la lucha, claro está, pero no artificialmente.

En noviembre, el Partido hizo grandes esfuerzos por que se recogiesen firmas reclamando la vuelta de los desterrados. No era fácil entonces porque las autoridades golpeaban a quienes sorprendían en esta tarea. En cambio, seis meses más tarde se rechazó esta misma fórmula, porque para entonces ya las masas hablaban de « desterrados o huelga ».

Otra experiencia de Asturias la constituye la necesidad de aquilatar bien el ambiente. En España siempre existió un gran ambiente anti-franquista. Pero creer que porque exista malestar ya es suficiente una paqueña chispa para producir un gran incendio, es caer, en el fondo, en las posiciones de los que sostienen que nada se puede hacer porque ven pasear a las masas sin aparentes preocupaciones o porque alguien había de miedo. Los dos extremos significan olvidar el papel dirigente del Partido. La primera concepción tuvo la consecuencia, esta vez, en Asturias de que no participara en la huelga un grupo muy importante de mineros, de probada combatividad en anteriores luchas.

No obstante cuanto antecede, en Asturias se pudo haber aplicado en la fase preparatoria otras formas de lucha más elevadas, lo que nos hubiera hecho llegar a la huelga más preparados y quizás hubiese permitido que la huelga surgiese en momento más oportuno. Esto no ha sido así porque en realidad se marchó excesivamente pegado a la idea de que brotase la chispa. La huelga surgió un mes después de que el Partido había señalado que « de una rampla podía depender la huelga ».

Es evidente que la huelga no se produjo en el momento más oportuno y esto fue señalado por el Partido de Asturias el 6 de julio, o sea al día siguiente. Pero ello no quiere decir que la huelga se inició porque el Partido no estaba allí.

La huelga confirma, ya se dijo, el trabajo del Partido. Es en gran medida el resultado de su larga, tenaz y heroica actividad. Pero creer que en las condiciones presentes el Partido puede tener en sus manos todos los resortes que le permitan decidir el momento preciso para iniciar o terminar una acción, es puro idealismo. La oportunidad de producir la chispa se va creando en el transcurso de la preparación de la huelga. Pero no siempre se puede prever el motivo preciso que va a desencadenarla. La cuestión estriba en tener todas las medidas tomadas para no dejar escapar ese motivo. Eso es lo que ha hecho el Partido en la mina « Nueva Montaña ».

El Partido en Asturias ha sufrido serias dentelladas con ocasión de las huelgas de abril y mayo, y sin embargo estuvo presente en la de agosto de 1962. Ha vuelto a ser golpeado entonces muy seriamente, y, con muchas insuficiencias, pero nuevamente en pie, ha realizado el trabajo cuyas consecuencias estamos analizando ahora. Y en este momento, pese a haber sufrido los principales golpes de la represión, está allí en la brecha.

¿Dónde reside esta gran vitalidad del Partido? En primer término, claro es, en la justeza de nuestra línea política. Esta ha penetrado tan hondo en los mineros que permite afirmar que, en potencia, la mayoría de los mineros puede ser considerada comunista.

En segundo lugar, en que desde el año 60, aunque con timidez aún, se vienen aplicando las decisiones del VI Congreso en materia de organización.

El Partido es joven en su conjunto. Gracias a ello ha sido posible en los últimos años colmar el vacío que anteriormente se producía con las caídas; se está mucho más ligado a las masas y particularmente a lo más combativo de ellas.

En las cuencas mineras el Partido está en las minas, constituido por mineros y dirigido por mineros que, como es natural, conocen a fondo sus problemas.

La juventud de los camaradas del Partido no excluye que sean hombres templados en la lucha, porque han surgido como militantes en ella. Son firmes y abnegados, y en general tienen una gran autoridad entre sus compañeros.

Al lado de los camaradas jóvenes, unas veces en los mismos organismos y otras « al margen »; unas veces en organismos regulares y otras con simples contactos periódicos, existen en Asturias cientos de camaradas con gran personalidad, con gran experiencia; que con la mayor responsabilidad juegan un papel importante en el Partido y al frente de las masas. Unas veces asesorando, otras veces facilitando la organización, descubriendo y educando a camaradas, otras sirviendo de puntos de apoyo para iniciar la organización, y otras actuando como dirigentes.

Estos camaradas, salidos muchos de la cárcel después de varias caídas, otros que habían quedado desorganizados después de golpes policíacos al Partido, estimulados y orientados muchas veces por una simple visita de un ex compañero de prisión o sirviéndose de su propia experiencia, han ido acrecentando su personalidad, la autoridad del Partido y facilitando grandemente la lucha y su dirección.

No es casual que los desalmados del aparato represivo vuelquen sobre ellos, con la mayor saña, el odio que sienten al Partido.

Estos camaradas y la mayor participación de las mujeres en la organización, crean posibilidades para desarrollar el carácter de Partido de masas que está empezando a tener.

15 Todo el mundo sabe el gran papel que las mujeres han jugado en esta huelga y en la anterior. Decir solamente que no sólo no han frenado sino que han estimulado a sus familiares, es decir muy poco. Muchas de ellas han ayudado muy seriamente, han realizado tareas básicas; si no se les utilizó más no ha sido culpa suya. Hoy cuenta el Partido en Asturias con mujeres que son la más genuina representación del heroísmo de los mineros. Esta nueva ampliación del Partido en Asturias no sólo no puso en peligro su existencia sino que ha venido a ser un factor de seguridad; pese a las duras pruebas el Partido ha permanecido invulnerable a la acción de la provocación. Expresión de la firmeza y cariño al Partido de nuestras camaradas es que después de haber sido sometidas a brutales pruebas, su mayor preocupación y orgullo era hacer saber que nada habían dicho. Lo demás carecía de importancia para ellas.

Los comités constituyen el pilar de la actividad del Partido. Están constituidos por camaradas sin mucha experiencia de dirección, que ayer todavía eran militantes de base o no habían ingresado en el Partido, pero tienen gran dominio de los problemas, son combativos y están imbuidos de un alto concepto de responsabilidad.

A los comités se les trata de dar personalidad y capacidad de dirección haciendo que se sientan responsables. Ellos elaboran los planes de trabajo de cara a la zona que dirigen. Se les pide su opinión antes de tomar ninguna decisión.

Por ejemplo, cuando se discutió en marzo la huelga general política, se les explicó, no muy ampliamente porque muchas veces no hay condiciones para ello, las razones que determinaron la justeza de esta perspectiva. A continuación ellos expusieron qué posibilidades veían de hacerla, la ayuda que necesitaban y se elaboró allí el correspondiente plan político, orgánico y de agitación. Cuando se creyó necesario hacer un llamamiento se les pidió su opinión sobre su oportunidad y contenido.

El haberlos dotado con anterioridad a la huelga con materiales de agitación, les dio más autoridad y autonomía y les facilitó el trabajo de la extensión del paro en sus zonas, en el momento en que el traslado de ese material hubiese encerrado serios peligros para ellos.

Aún existe el defecto de no apoyarse suficientemente en la base del Partido, de no llevar al conjunto del Partido las orientaciones políticas. Por ello, muchas veces, el arranque de la lucha pesa fundamentalmente sobre el comité, que actúa directamente o empujando muy de cerca a las comisiones de las minas. Al no hacer con los militantes suficiente trabajo político, que les arme para afrontar las complejas tareas con que se encuentran, sienten excesiva necesidad de contactos frecuentes con organismos superiores.

En Asturias no se cuenta aún con un Partido en consonancia con las masas a dirigir. Hay que superar el sectarismo que todavía existe, y hacer un trabajo político de más profundidad para poner al Partido en condiciones de afrontar las nuevas batallas que están madurando, gracias en gran medida a la abnegación, entrega total y espíritu de sacrificio de miles de comunistas anónimos, asturianos y no asturianos, que viven y trabajan en Asturias.

La huelga de abril de 1962 abrió las puertas a acciones de un tono superior como la que analizamos.

Después de abril del año pasado se produjeron cambios en el Gobierno. Se puso en juego la famosa política de « liberalización ». Hubo aumento general de salarios, elecciones sindicales, etc.

Como dice el camarada Santiago Carrillo en su alocución del 19 de

septiembre, los efectos políticos de esta huelga no tardarán en verse y serán mucho más profundos de los que el más perspicaz puede prever en estos momentos.

No pasó un mes y ya se está viendo. La huelga está agudizando la crisis política planteada en 1962. La huelga ha puesto de manifiesto el aislamiento en que se encuentra la dictadura.

Los comerciantes llevando comida a los huelguistas; los campesinos entregándoles parte de sus cosechas; los curas protestando de la represión, y todo el mundo, particularmente la clase obrera, simpatizando y expresándolo de una u otra forma, prueban que la dictadura sólo pudo oponer a la huelga un grupo de odiados asesinos y otro muy pequeño de degenerados esquirolas.

Es cierto que la represión ha sido brutal; que los mineros y particularmente los comunistas han sufrido las consecuencias de la nueva puesta en vigor de los métodos de la Gestapo. Pero el Gobierno hizo uso de estos métodos represivos cuando vio que la huelga no podía extenderse. Empezó con mucha cautela, y la represión amainó cuando se inició con fuerza la campaña contra ella.

Ello prueba la imposibilidad de aplastar un amplio y sólido movimiento. Impone igualmente la necesidad de arreciar la campaña contra los métodos represivos. Si en Asturias se hubiesen movilizado las masas en protesta contra lo que estaba sucediendo en los cuartelillos y comisarias, se hubiera frenado en gran medida a los capitán Fernando, cabo Pérez, Ramos, etc.

La huelga ha asestado un nuevo golpe a los sindicatos verticales. Hoy puede decirse que en general no existe representación de los sindicatos en las minas, y donde existe, es para combatirlos.

El haberse fortalecido la unidad en la huelga ha acrecido las condiciones para la unidad por abajo y por arriba, y para el desarrollo de la Oposición Sindical.

El papel de los socialistas en la huelga al lado del Partido Comunista obligará a reflexionar a los dirigentes de Toulouse.

La radicalización de las Juventudes Católicas, en contacto con el Partido, las está llevando a chocar con ciertas jerarquías de la Iglesia. Una prueba de ello es la suspensión por la censura de artículos sobre la huelga y la recogida del último número del órgano oficial de las JOC.

El reforzamiento de la unidad en la lucha por objetivos que apuntan directamente contra la dictadura hará alinearse de forma más decisiva a capas interesadas en su derrocamiento. En este sentido el documento de los intelectuales expresa claramente la nueva situación. Pone de manifiesto la mentira de la liberalización demostrando el carácter fascista de la dictadura.

Ahora está claro por qué el Gobierno, al contrario de otras veces, ocultó el contenido político de la huelga. Reconocer hoy la realización de una huelga política es un golpe demasiado duro para la dictadura.

La huelga ha sido un nuevo golpe más demoledor aún para todas esas otras sedicentes vías de acabar con la dictadura.

Los mineros con su heroica resistencia han puesto ante todo el país, de forma más precisa, la perspectiva de la huelga general política. No han sido vencidos; han vuelto con moral, pese a no haber arrastrado al resto del proletariado español. No obstante la represión, y estar extenuados económicamente, si se hubiese extendido habrían continuado. Ello prueba

su alta conciencia política y la importancia de la unidad lograda en la lucha y no rota en más de dos meses de batalla.

Los mineros continúan la lucha con otras formas, como la continuaron después de abril y después de agosto del 62.

El trabajo se reanudó, en unos casos quedándose en el fondo de la mina después de finalizar la jornada normal; en otros intentando hacerlo. Hoy la producción dista mucho de ser normal; en algunas empresas no llega al 50 %. Varias minas se niegan a recuperar horas. En una de ellas, los mineros han castigado duramente a varios jefes indeseables. Por ambas cuencas se habla de otra huelga, porque no han sido satisfechas las exigencias de los mineros, ni se han cortado los abusos de las empresas y, sobre todo, porque Franco continúa en el Poder, y su derrocamiento es el objetivo más sentido por los mineros. La lucha se intensificará igualmente por la libertad de los detenidos y desterrados.

En estas luchas los mineros reforzarán aún más su unidad con formas más elevadas, y se pondrán a la cabeza en la presión sobre los dirigentes políticos que se resisten, hasta lograr que la unidad por arriba sea un hecho.

Esas vías, como la experiencia lo indica, los conducirán a nuevas y más amplias luchas.

Nuestra tarea es conseguir que la clase obrera de España siga ese ejemplo, ayudándola a organizarse, templándola en la lucha diaria. Nuestra tarea es lograr que la clase obrera española asimile las experiencias que le brindan los mineros, y entonces la huelga general política no se hará esperar.



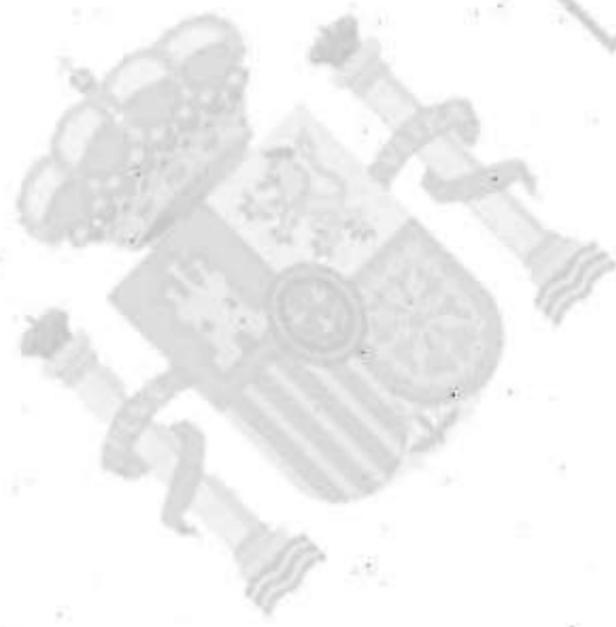
Los mineros continúan la lucha con otras formas, como la continuación de huelgas y acciones de resistencia de carácter espontáneo.

El trabajo se resume en unas cuantas palabras: en el fondo de la lucha se trata de conseguir la normalización de la vida social y económica. En otros términos, se trata de conseguir la normalización de la vida social y económica. En otros términos, se trata de conseguir la normalización de la vida social y económica.

En estos días de incertidumbre y de lucha, el pueblo sigue siendo el eje central de la actividad social y económica.

El pueblo sigue siendo el eje central de la actividad social y económica. El pueblo sigue siendo el eje central de la actividad social y económica.

MINISTERIO DE CULTURA



La renovación de los acuerdos yanqui-franquistas

A CABA de ser firmada la prórroga de los acuerdos yanqui-franquistas de 1953, por cinco años más. Los nuevos compromisos agregados al viejo acuerdo lo hacen aún más perjudicial para España, aumentan los peligros que hacen correr a nuestro país, a nuestro pueblo y a la paz en Europa y en el mundo.

Mucho antes de la firma de la prórroga los franquistas, aprovechándose de las dificultades de los EE.UU. con sus socios de Europa occidental, comenzaron una campaña de peticiones y exigencias recurriendo, en muchos casos, al chantaje y a la amenaza en apoyo de sus pretensiones.

Tres cosas fundamentales pedían los franquistas a los yanquis: más dólares, armamento moderno para sus Fuerzas Armadas y entrar en la OTAN, recibir apoyo político para que les sea levantada la cuarentena y se les abran las puertas del Mercado Común, así como otras puertas que continúan cerradas al régimen franquista.

¿Qué consiguieron los franquistas de todo lo que pedían? Veamos cuestión por cuestión.

CAPITULO ECONOMICO. — El Gobierno de los EE.UU. se limita a ofrecer al Gobierno franquista cien millones de dólares de créditos en los próximos años y a través del Banco de Exportación e Importación. Si se tienen en cuenta las aspiraciones franquistas, el resultado de su petición no puede ser más pobre. Desde el punto de vista económico España, no sólo no obtiene nada, sino que los acuerdos les siguen costando muy caros a los españoles.

Mucho antes de la firma de los acuerdos de 1953, los franquistas han realizado obras en puertos y aeródromos que no tenían más objeto que el de valorizar ante los ojos de los yanquis la mercancía estratégica que les venían ofreciendo en venta. Después de la firma de los acuerdos las obras militares fueron en aumento, representando una tremenda y permanente sangría para la economía española.

En la Memoria de la Embajada de los EE.UU. en Madrid, de agosto de 1958, se puede leer: « La asistencia económica, o Programa de Apoyo para la Defensa, tenía por objeto ayudar a España a resistir el impacto que había de producir en su economía el esfuerzo necesario para la construcción conjunta de las bases militares comunes y la **ampliación de las otras bases militares españolas.** » (El subrayo es mío. E.L.).

En « ABC » del 19 de junio de este año, Massip, corresponsal en Washington de « ABC », escribía: « El Sr. Ullastres ha explicado a la prensa, con extraordinaria claridad, el empleo dado al dinero del contribuyente americano en España. España exporta a EE.UU. por unos cien

millones de dólares e importa por más de 300 millones, contribuyendo así en su medida a equilibrar la balanza comercial de pagos en este país y eliminando toda discriminación contra sus productos. La ayuda económica recibida hasta ahora por el mantenimiento de las bases militares no es perjudicial a EE.UU., **primero porque el material militar recibido por España es de segunda mano** y, segundo, porque los gastos de mantenimiento de las bases se liquidan con el contravalor en pesetas, ahorrando así nuevos gastos al Tesoro de Estados Unidos » (El subrayado es mío. E.L.).

Pero los compradores plantean la cuestión con más claridad y cinismo que los vendedores en cuanto a las « ventajas defensivas y económicas » que las bases representan para España. Mr. Bauman, redactor-jefe de la revista « Engineering News Record », escribió en 1954: « En cuanto a nosotros, por una respetable suma, hemos adquirido bases militares que se consideran de absoluta necesidad. España recibirá determinada suma que necesita y, en cambio, se convertirá en blanco militar para nuestros enemigos. »

ARMAMENTO MODERNO PARA SUS FUERZAS ARMADAS. — En la carta de Castiella, del 26 de septiembre pasado, al Secretario de Estado yanqui, insiste en que: « El Gobierno español entiende que el Gobierno de los EE.UU., a reserva de la acción que adopte el Congreso, concederá apoyo al nivel apropiado al esfuerzo defensivo español, **haciendo asequible la asistencia militar a las Fuerzas Armadas Españolas.** »

« El Gobierno español confía que la continuación de una estrecha relación técnica y científica entre ambos países habrá de contribuir a **lograr una rápida y eficaz modernización de las Fuerzas Armadas e Industrias Militares Españolas.** » (Los subrayados son míos. E.L.). A esta petición contestó favorablemente el Secretario norteamericano y sin duda Franco seguirá recibiendo ese material que Ullastres llama de segunda mano y que, en muchos casos, es aún peor que eso, como pasa con los barcos de guerra que Franco recibe de los Estados Unidos, que para ponerlos en servicio hay que gastar decenas de millones de pesetas.

El armamento que los EE.UU. dan a Franco no sirve para garantizar ninguna seguridad a España desde el punto de vista de un ataque exterior por parte de un Ejército moderno. Sirve, sin embargo, para armar a un Ejército que se prepara para ser empleado contra el pueblo español y para servir de fuerza auxiliar de las fuerzas yanquis, sobre todo en misiones policíacas y represivas.

ENTRADA EN LA OTAN Y EN EL MERCADO COMUN. — Infinidad de veces el embajador Garrigues ha afirmado categóricamente que, « la integración de España en la Alianza Atlántica era una necesidad que se debía de imponer a todos. »

« En la hora actual —sostenían los franquistas antes de la firma— no les es posible a los EE.UU. separar los imperativos estratégicos de las decisiones políticas. El problema de la contribución de España a la defensa común debe ser examinado y resuelto al mismo tiempo que el de su admisión como miembro de la OTAN y su participación a la edificación de Europa ».

« Ya » del 2 de febrero, escribía: « En conclusión, España no acepta de continuar por más tiempo en cuarentena. »

Como puede verse lo conseguido por España en este capítulo es también cero, como en los anteriores. Este acuerdo es para España una derrota en toda la línea y el único que sale ganando es Franco, pues el acuerdo viene a darle un sostén político y en armamento a su régimen en uno de los momentos más críticos de su existencia. El acuerdo no le

podía llegar a Franco en mejor momento. Si los acuerdos firmados en 1953 representaron una ayuda política para el régimen, éstos la representan aún mayor pues llegan en el momento en que su descomposición es más manifiesta cada día, cuando en el país crece la oposición a la dictadura, no sólo por parte de los trabajadores sino también entre otros medios que en 1953 aún apoyaban al régimen, o por lo menos no lo combatían abiertamente como lo hacen hoy. En cuanto a la situación internacional del franquismo no sólo no ha mejorado desde 1953 sino que ha empeorado.

Este apoyo político recibido de los yanquis permite al franquismo darse aires entre los españoles de régimen cuya colaboración es solicitada. Con ese apoyo Franco grita a los españoles: « ¡Veis, son los extranjeros los que vienen a solicitar nuestra ayuda! » Esa ayuda que Franco suplica del imperialismo yanqui.

Las modificaciones a los acuerdos anteriores son para hacerlos aún más perjudiciales para España. El Gobierno de los EE.UU., al reforzar su apoyo político a Franco, refuerza en el mismo grado los nudos que atan España al carro de guerra yanqui, aumenta los peligros de destrucción, el saqueo de los españoles para sostener unas Fuerzas Armadas y costear unas obras militares que a España no le hacen ninguna falta.

España era, y continúa siéndolo, un eslabón importante de la cadena de las bases militares que rodea a los países socialistas con el consiguiente e inminente peligro, no sólo para España misma, sino también para la paz en Europa y en el mundo. Los propios políticos de Washington y los generales del Pentágono, han declarado con harta frecuencia y sin ningún recato, que España constituye el principal dispositivo de guerra de los EE.UU. en el occidente de Europa.

Por los acuerdos de 1953 fueron establecidas las tres conocidas bases aéreas de Torrejón, al lado de Madrid, Sanjurjo en Zaragoza, y Morón en la provincia de Sevilla. Pero esas tres bases son en realidad los centros de un sistema de bases que abarca a toda España, pues bases albergan, además, otros muchos puntos de la geografía española entre los que se encuentran El Ferrol, Baleares, Barcelona, Gerona, Cartagena, Canarias. Y desde Rota (Cádiz) —la conocida base aeronaval yanqui— a Zaragoza, atravesando casi todo el país de Sur a Norte, se extiende el oleoducto que suministra combustible con rapidez, y sin los peligros inherentes al transporte por carretera o ferrocarril, a las principales bases americanas.

Uno de los agregados al viejo acuerdo es la creación del llamado Comité Consultivo. A pesar de la habilidad con que está redactado el acuerdo, aparece claramente el contenido de ese Comité como órgano represivo, llegado el momento, contra el pueblo español. En su punto 6 se dice que participará en la solución de « aquellos problemas que puedan surgir en la utilización de las instalaciones en España establecidas según los términos acordados entre los dos Gobiernos, los asuntos que surgirán del desarrollo del convenio de Ayuda para la Mutua Defensa y **cualesquiera otros asuntos** que uno u otro de los Gobiernos someta a la consideración del Comité ». (El subrayado es mío. E.L.).

¿Cuáles pueden ser esos « otros asuntos »? Según Fraga Iribarne, « los Gobiernos de los países consideran que una amenaza dirigida contra cualquiera de ellos o **contra sus instalaciones** implicaría un atentado a la seguridad e integridad tanto de España como de los Estados Unidos lo que supone establecer una sólida garantía para la defensa común ».

¿Para la defensa común de qué y contra quién? Está claro que para la defensa de los intereses yanquis contra el pueblo español; pues basta que ese Comité considere que las acciones de los españoles contra la dictadura franquista constituyen una amenaza para la continuación de

los yanquis en España para que éstos defiendan a la dictadura contra el pueblo. No olvidemos que « la sede del Comité será Madrid » (punto nº 1), y que « todas las deliberaciones del Comité se celebrarán en sesión secreta » (punto 7), y no olvidemos, sobre todo, que si tenemos en cuenta que lo publicado no es más que una parte de los acuerdos, los verdaderos fines del Comité aparecen claros.

Por ejemplo, ahora nos enteramos de que a los acuerdos de 1953 se agregaban 22 documentos anejos. ¿Cuántos se agregan al actual acuerdo, además de los que se hacen públicos?

En el editorial del «ABC» del 28 de septiembre, se dice: « Es cierto que la competencia de ese Comité está principalmente restringida al estudio de las cuestiones que puedan surgir en el ámbito militar, pero el artículo sexto alude también a « cualesquiera otros asuntos ». Esta última expresión de carácter general convierte al Comité en un órgano de competencia indirectamente política. »

Ese Comité no tiene ningún valor en lo que se refiere a la cuestión de decidir sobre la guerra. Eso se decidía antes en el Estado Mayor yanqui y allí se seguirá decidiendo ahora. El valor real de ese Comité consiste en darle a Franco un arma política para que la maneje en su propaganda y preparar un órgano, una especie de Estado Mayor conjunto, con vistas a dirigir las acciones contra cualquier levantamiento del pueblo español por poner fin a la dictadura franquista, lo que al mismo tiempo pondría en peligro la ocupación yanqui de trozos del suelo español.

Los franquistas presentan como un gran éxito el que, según ellos, España será ahora aliada de los EE.UU. y que sobre las bases mandarán en conjunto. Pero eso mismo habían sostenido durante 8 años en relación con el acuerdo anterior. Digo 8 años porque después que Franco abrió el fuego de las peticiones en 1961 la propaganda franquista comenzó a hablar de « bases americanas » en España y este « argumento » ha aparecido frecuentemente en la prensa franquista sobre todo al irse acercando el plazo del cumplimiento del viejo acuerdo.

« ABC » en una crónica de su corresponsal en Washington, del 16 de junio, escribía: « En la que puede considerarse a todos los efectos como apertura de las negociaciones hispano-norteamericanas para la eventual renovación de los « agreements » bilaterales entre España y Estados Unidos sobre las bases americanas en la Península, el Embajador Don Antonio Garrigues tiene señalada una entrevista oficial con el Secretario de Estado, Mr. Dean Rusk, para el próximo lunes, por la tarde ».

Y continuaba: « Los factores militares y económicos de hoy justifican posiciones nuevas de negociación y regateo ante un problema de tanta envergadura nacional como el de las bases americanas en el suelo español ».

En otra crónica del mismo corresponsal (19 de junio), escribe: « La de anoche fue la primera toma de contacto entre el enviado diplomático español y el Secretario de Estado norteamericano en relación con la renovación de los acuerdos entre Madrid y Washington sobre las bases americanas en territorio peninsular. »

Y más adelante, el 27 del mismo mes, insiste: « Dentro de la Península ibérica hay bases americanas ».

Los franquistas se esfuerzan hoy en tranquilizar a los españoles afirmando que los acuerdos renovados garantizan la seguridad de España. Nada más lejos de la verdad. Si el acuerdo anterior era una amenaza para la seguridad de España, éste viene a remachar y a ampliar esa amenaza. A la vista de todos están los cambios que se han producido en los armamentos desde 1953 hasta hoy. Cambios que ponen a España bajo

el fuego directo de los cohetes sin que nadie ni nada la pueda salvar de sus efectos destructivos en el caso de una guerra y de que en el momento de ésta España continuase siendo base yanqui. La única seguridad está en dejar de ser base de agresión norteamericana. Los mismos franquistas, con el cinismo que les caracteriza, han hablado de la diferencia destructiva que había entre los armamentos de 1953 y los de hoy y de que ello hace correr a España un peligro mucho mayor que el de hace diez años.

« La simple prórroga de los acuerdos de 1953 no basta ya. Ha llegado el momento de su completa y radical renovación », escribía « YA » el 27 de enero de 1963, y el 24 de septiembre escribía el mismo periódico: « El suelo patrio era entonces —se refiere a 1953— prácticamente invulnerable a cualquier ofensiva enemiga, pero no habían aparecido todavía, aparte la bomba de hidrógeno, los proyectiles dirigidos de alcance larguísimo, los cohetes atómicos. Y éstos hacen perfectamente vulnerable el suelo español pese a las bases de utilización conjunta. »

« En los nuevos tratados 1963-64, si se firman, hay que dar seguridades plenas contra los nuevos peligros. Y de no ser así, mejor será que caigan los convenios ». Eso hubiese sido efectivamente lo mejor para el pueblo español, pero el Gobierno franquista no sólo no dejó « caer » los viejos acuerdos, sino que los agravó remachando aún más el clavo de la ocupación extranjera, aumentando los peligros para nuestro país.

Massip, corresponsal de « ABC » en Washington, escribía el 19 de junio último: « Hace unos días un diplomático español me lo decía: « Se trata del ser o no ser de treinta millones de españoles. ¿Es que en estas condiciones podemos firmar lo que se nos pida sin exigir por nuestra parte condiciones categóricas de responsabilidad e iniciativa? » Y el 23 de julio insistía: « En la era atómica, España tiene que tomar posiciones. En su territorio existen bases aéreas y navales de la máxima importancia estratégica vinculadas y **dependientes del mando aéreo norteamericano**. Lo que un día pueda suceder en Omaha —centro nervioso del S.A.C.— repercutirá automáticamente en Torrejón o en San Pablo. ¿Hasta qué punto España, en las condiciones actuales de los Acuerdos, tiene jurisdicción sobre lo que decida en una crisis el alto mando del S.A.C., cuyo margen de maniobra depende simultáneamente de las decisiones del alto mando de la OTAN en Europa? ».

Pero consumada la venta por lo que los yanquis han querido dar, el disco de la propaganda franquista cambia, liquidando, con el mayor cinismo y frescura, todo peligro para España. Así, ese mismo « YA » que antes de la firma exigía garantías de seguridad, 10 días después de la firma hace esta estupenda afirmación: « porque Rota y España quedan fuera del alcance de los cohetes medios rusos « T-2 » y « Golem II » y porque Rota, además, tiene una amplia y segura retaguardia, bien servida por el mar desde América. Y es que la geografía española es, como dijera Donoso, omnipotente ». Ya tenemos aquí la geografía, sirviendo de tapadera a la mercancía estratégica española.

Para dorarles la píldora a los españoles la propaganda franquista destaca con machacona verborrea la posición geográfico-estratégica española y el papel que están dispuestos a hacerle jugar a España como una especie de « Numancia del dólar ».

La jactancia de « fortaleza española » se ha ido haciendo cada vez más estridente, tanto más estridente cuanto más desesperada es la situación del franquismo.

Sólo en los marcos de una sediciosa ciencia militar, separada de la realidad y de la historia, puede sostenerse, aunque sea a fines exclusivos

de propaganda, la teoría de la inexpugnabilidad de la « fortaleza española ». Sólo ante militares con un pensamiento militar deformado hasta la médula por el carácter aventurero de los objetivos de guerra que lo engendran, puede hallar cobijo y defensa concepción semejante.

La historia ha mostrado, sobre todo en la última guerra, el fracaso de toda una serie de teorías aventureras. Entre ellas tiene su puesto la que pudiéramos llamar « teoría geográfica franquista »; exaltadora del valor del « arma-terreno » —a falta de otras más eficaces—, del valor de la situación geográfica y de los accidentes geográficos hasta el límite de convertirlos en factores decisivos de la guerra. Es la única teoría militar que puede destacar el franquismo en una España arrastrada por su inmoralidad, su incompetencia y sus crímenes fascistas, a la situación en que hoy se encuentra. Es también la teoría que conviene al carácter internacional de vasallo del imperialismo yanqui, del régimen que padece España.

Por su parte, la potencialidad geográfica « defensiva » de España, permite a los yanquis la utilización de los argumentos más hipócritas. Con la patraña de la « fortaleza » española, intentan destacar ante los pueblos, el americano entre ellos, el argumento de la « conveniencia » y hasta de la « necesidad estratégica » de la entrada de España en la OTAN, « a pesar » del carácter fascista del régimen español.

El argumento de la « necesidad » de incorporar a España a la « defensa lejana » de América y a la próxima de Europa, tiende a debilitar la repugnancia, tanto del pueblo americano como de las restantes naciones regidas por Gobiernos que marchan a remolque del imperialismo norteamericano, a compartir con un régimen declarado oficialmente fascista y con peligro para la paz, el pan y la sal de la Alianza Atlántica. A los argumentos de « necesidad militar » unen Washington y sus vasallos el del « supremo anticomunismo » franquista, revestido de un seudocatólicismo de lo más repugnante.

Pero el Gobierno norteamericano ha tenido ya más de una vez la ocasión de ver cómo la resistencia de los pueblos, su odio al régimen opresor de España y cómplice, vasallo, del hitlerismo, hacían fracasar sus proyectos de absolución internacional del franquismo.

Al mismo tiempo las acciones contra las bases y contra la prórroga de los acuerdos han alcanzado en España, en estos últimos años, un volumen y profundidad que no tenían en 1953, cuando los acuerdos fueron firmados por primera vez.

Sin embargo aún son muy insuficientes. La renovación de los acuerdos por cinco años pone de relieve la necesidad en que nos encontramos de intensificar y ampliar esa lucha hasta lograr que desaparezcan del suelo patrio las bases extranjeras.

Cada día son más los españoles que van comprendiendo que esa lucha por la evacuación de las bases militares yanquis en España es una tarea primordial, y la más patriótica de las tareas de un español, porque con ello contribuye a asegurar la paz entre los pueblos, y, al mismo tiempo, contribuye a evitar que nuestro pueblo sea aniquilado y nuestra patria transformada en un montón de ruinas.

Y sobre todo, las huelgas de estos últimos tiempos, las acciones de los campesinos, de los intelectuales, de los jóvenes, de las mujeres, muestran que en España se marcha con paso cada vez más seguro hacia la libertad. El acuerdo de compraventa ha sido renovado, y compradores y vendedores cantan victoria. Pero el pueblo español está levantando su cabeza y sus puños con más energía y seguridad cada día y, al fin, el pueblo español será el que dirá la última palabra.

Maniobras del franquismo en el «frente colonial»

En el Gobierno salido de la crisis ministerial de julio de 1962, se encontró con una situación complicada en el «frente colonial». Las relaciones con Marruecos pasaban entonces por un periodo de tensión. Se había producido el conflicto pesquero a consecuencia de la extensión por Marruecos del límite de las aguas territoriales de 6 a 12 millas. El Congreso del Istiqlal, celebrado en enero de ese año, aprobó una resolución preconizando la acción «por todos los medios eficaces» para recuperar Ceuta, Melilla, Ifni, Río de Oro. En cuanto a los territorios de Guinea, su transformación en «provincia» española no fue tomada en serio por nadie. La Comisión cuarta de la O.N.U. los incluyó en la categoría de «no autónomos» (eufemismo para designar los territorios que siguen sometidos al régimen colonial) y emplazó a España para informar a las Naciones Unidas sobre la situación existente en ellos. La Comisión Económica de la O.N.U. para Africa reclamó sanciones para España. En estas condiciones, algo tenía que hacer el nuevo Gobierno franquista.

LA «AUTONOMIA» DE GUINEA

En octubre de 1962 Franco envía a las «provincias ecuatoriales» (como se denomina en los documentos oficiales a los territorios de Río Muni y Fernando Poo) a su fiel lugarteniente, el Ministro subsecretario de la Presidencia. Carrero Blanco hace en Bata un discurso de los suyos, proclamando de nuevo los derechos inalienables de España a los territorios africanos, pero deslizando el siguiente párrafo: «...cuando los habitantes de las provincias de Africa hayan alcanzado el grado de madurez y la formación necesarias para poder juzgar lo que les conviene mejor, si un día la mayoría desea modificar el estatuto actual España no pondrá ninguna dificultad en determinar con ellos su porvenir». Menos de un año después, el 9 de agosto de 1963, el Consejo de ministros anuncia la preparación de un proyecto de ley concediendo la autonomía a las «provincias africanas» de Fernando Poo y Río Muni. Como se ve, «la maduración y formación» de sus habitantes se había producido con rapidez inusitada. Con la rapidez necesaria para que el señor Piniés, representante franquista en la mencionada Comisión Cuarta de la O.N.U., pudiera presentarse esta vez con el proyecto de autonomía en el bolsillo como testimonio de las buenas intenciones de España. Pero no es fácil que esta nueva farsa sea aceptada por los representantes de los Estados africanos indepen-

dientes y tampoco por los habitantes de Río Muni y Fernando Poo.

Según un despacho de la agencia France Press, fechado en Yaoundé el 31 de agosto de este año, los nacionalistas de la Guinea ecuatorial española, reunidos en Ambam (al sur del Camerún oriental, en la proximidad de la frontera con Río Muni) decidieron constituir un « frente común de liberación » y en un comunicado transmitido por Radio Camerún consideraban la concesión de la autonomía sólo como « un primer paso hacia la liberación de las poblaciones colonizadas ». La reunión aprobó una resolución exigiendo « la liberación de los detenidos políticos, garantías individuales, libertad de prensa, de palabra, de asociación y la readmisión en Río Muni y Fernando Poo de los exiliados guineanos ». Esta información dice bastante de la « representatividad » de la comisión de personalidades nativas, presidida por el gobernador general de las « provincias ecuatoriales », que llegó a Madrid a finales de agosto para discutir con el Gobierno el mencionado estatuto de autonomía. A la hora de escribir este comentario aún no conocemos el proyecto de ley, pero no hace falta ser un lince para prever que de lo que se trata es de mantener la dominación colonial de España a través de un puñado de nativos suficientemente corrompidos y amaestrados. Es previsible que esta concesión forzosa del Gobierno franquista será aprovechada por el movimiento de liberación guineano para intensificar la lucha, contando con el apoyo de los Estados africanos independientes y, en particular, de los próximos a Río Muni y Fernando Poo: Nigeria, Camerún y Gabón.

Estos Estados, particularmente Nigeria y el Camerún, aspiran a integrar en ellos los territorios que coloniza España. Nigeria pretende Fernando Poo, y el Camerún, Río Muni. Sin entrar a examinar lo bien fundado o no de esas aspiraciones, sus justificaciones históricas, étnicas, etc., un hecho indudable es la existencia de poderosos factores económicos que parecen abonarlas, en particular la pequeña (relativamente) extensión territorial de las posesiones españolas, la débil densidad de su población y la circunstancia de que la principal fuerza de trabajo procede de aquellos países. En Fernando Poo la aplastante mayoría de los trabajadores llegan contratados de Nigeria. En Río Muni, una gran parte procede del Camerún. El colonialismo franquista trata de explotar hábilmente este problema, presentándose como el protector de las poblaciones nativas de Río Muni y Fernando Poo frente a las « ambiciones imperialistas » de Nigeria y el Camerún. Parece evidente que el interés de las poblaciones nativas, como el de la masa de trabajadores procedentes de Nigeria y del Camerún, es de no dejarse dividir por esas maniobras y luchar unidos por la liquidación del yugo colonial español. Una vez logrado este objetivo será posible resolver el problema de la constitución estatal de Río Muni y Fernando Poo de acuerdo con los intereses y la voluntad de sus pueblos.

Pero alcanzar ese objetivo no será fácil, porque los intereses del capitalismo español (en particular del capital catalán) en las « provincias ecuatoriales », son importantes. En las empresas explotadoras, como la Cía. Nacional de Colonización Africana (ALENA), la Cía. Anónima de Productos Africanos (CAPA), la Industrial y Agrícola Africana S.A., y otras muchas, el capital financiero tiene importantes intereses. No pocos jefes del régimen, como el general Díaz de Villegas, director general de las plazas de soberanía, y el mismo Carrero Blanco, están directamente interesados en la explotación colonial en esas « provincias ».

En realidad esta explotación ha comenzado en gran escala sólo después de nuestra guerra civil. El desarrollo acelerado del capitalismo monopolista español, utilizando la palanca del Estado franquista, se tradujo también en la explotación rapaz de las posesiones del golfo de Guinea. La producción de cacao, que en 1940 era de 8.870 toneladas, llegó en 1960 a

27.900, más del triple; la de café pasó en el mismo período de 1.848 toneladas a 9.400, cinco veces más; la exportación de madera, que en 1940 era de unas 60.000 toneladas, llegó en 1961 a 237.000; la de aceite de palma pasó de 256 a 3.100 toneladas.

Estas cifras muestran elocuentemente la intensificación de la explotación colonial de la « Guinea española ». Si se tiene en cuenta de qué manera ha procedido nuestra oligarquía monopolista con los obreros y campesinos de la metrópoli, pueden suponerse los métodos que habrá utilizado con la población africana de Guinea, pero ha puesto especial cuidado en que los datos concretos no trasciendan al exterior y en los últimos años ha propagado activamente una leyenda rosa sobre las condiciones de vida en dichos territorios. Algo se ha filtrado, sin embargo. Según datos proporcionados por los trabajadores del Camerún y de Nigeria que estuvieron trabajando en Fernando Poo y Río Muni, hasta 1961 recibían como salario poco más de 70 pts a la semana, un camastro y una ración compuesta de aceite de palma, pan y pescado seco. La jornada de trabajo era de sol a sol. En diciembre de 1960 los trabajadores nigerianos de Fernando Poo se declararon en huelga exigiendo mejores condiciones de vida. La represión fue brutal, pero en 1961 Nigeria accedió a la independencia y los colonialistas franquistas se vieron obligados a hacer algunas concesiones: el salario mensual llegó a ser algo más de 500 pts. Las condiciones de trabajo de los nativos han sido siempre peores. A medida que se extendían las concesiones por decenas de miles de hectáreas, de las autoridades franquistas a las sociedades anónimas, se despojaba a las comunidades indígenas de las tierras que cultivaban secularmente, y las familias se veían obligadas a vender su fuerza de trabajo. La discriminación racial impera en toda la línea. Los habitantes están clasificados en tres categorías: emancipados, semiemancipados y no emancipados. La inmensa mayoría pertenece a esta última categoría, que implica no tener derecho a la propiedad privada de la tierra, ni a realizar transacciones comerciales por un monto superior a 2.000 pts y otras limitaciones jurídicas.

En qué medida el nuevo estatuto autonómico va a modificar esta situación es un problema a examinar. Como decimos más arriba puede darse por seguro que no habrá modificaciones esenciales. La lucha continuará y el desenlace final, a la corta o a la larga, no podrá ser otro que la independencia política de estos territorios. Las fuerzas democráticas españolas deben apoyar a las poblaciones de Río Muni y Fernando Poo en esa justa lucha.

LA APROXIMACION FRANCO - HASSAN II

Como indicamos al comienzo de este artículo, hasta el verano de 1962 las relaciones con Marruecos se caracterizaban por un clima de tensión. Con algunas alternativas, este clima había sido el predominante desde la pequeña guerra de Ifni, en el invierno del 57-58. A finales de 1960 Marruecos planteó por primera vez ante la Asamblea de las Naciones Unidas la reivindicación de Ceuta y Melilla, reiterando al mismo tiempo la de Ifni, Río de Oro y Sequiet-el-Hamra. El 8 de febrero de 1962 el nuevo embajador marroquí en Madrid aprovechó la presentación de sus cartas credenciales a Franco para suscitar la misma cuestión. En junio, las agencias de prensa informan que el Gobierno franquista envía a las « provincias españolas » del Sahara importantes refuerzos en material de guerra y hombres. El 15 de septiembre del mismo año, *Al Istiqlal* escribe bajo el título: « **Un objetivo primordial: la recuperación inmediata de nuestros territorios** »: « **Ciudades como Sebta y Melilla, transformadas por Madrid en verdaderas fortalezas, se han convertido en abscesos extremadamente peligrosos para nuestra seguridad, mientras que, normalmente, esos puertos**

deberían ser elementos importantes de nuestra economía nacional. Las demostraciones de fuerza a las que se libra actualmente España en esos presidios, demostraciones que, por otra parte, tienen tendencia a desbordar ampliamente los enclaves bajo su control, adquieren cada vez más el aspecto de una provocación.

« Esta actitud amenazadora ha comenzado por los desfiles de intimidación con ocasión del aniversario del advenimiento del régimen franquista, se ha proseguido después con una política de población a base de repatriados de Argelia, que como se sabe eran los hombres de acción de la O.A.S., mientras que paralelamente se expulsaba a los marroquíes residentes en Melilla y Sebta (nombre histórico de Ceuta. F.C.) y se habla de referéndum.

« A continuación tuvieron lugar las incursiones deliberadas de los barcos pesqueros en las aguas territoriales marroquíes, seguidas de la asombrosa decisión del Gobierno español de « protegerlos » con barcos de guerra enviados expresamente a nuestras costas.

« No menos asombrosa fue la reacción de nuestro Gobierno. Al conocer la noticia encargó a nuestro embajador en Madrid de pedir « explicaciones ». ¿Ibamos a contentarnos con explicaciones frente a esos actos caracterizados de hostilidad?...

« El Caudillo debería saber que si queremos obtener por la fuerza lo que tratamos de lograr pacientemente en conversaciones decepcionadoras, bastarían algunas horas para que la bandera marroquí ondeara sobre Melilla y Sebta.

« Es en función de esta posibilidad que Rabat debe mostrarse intransigente para, al mismo tiempo, hacer cesar toda provocación en esas partes del país y acelerar las discusiones cuya salida será, obligatoriamente, el retorno a Marruecos de todo lo que es marroquí ».

Como se ve, al mismo tiempo que denuncia las provocaciones franquistas, el órgano del Istiqlal critica la pasividad del Gobierno de Rabat... en el que hay ministros del Istiqlal.

Pero esa pasividad tiene su explicación. El mismo día que este artículo se escribe, el 14 de septiembre, el ministro de relaciones exteriores marroquí, Balafrej, hace declaraciones extremadamente conciliantes hacia el Gobierno franquista y formula el deseo de un encuentro Franco-Hassan II. Inmediatamente, un portavoz del palacio de Santa Cruz declara a la prensa que el Gobierno español acoge con satisfacción esas declaraciones. En su discurso ante la asamblea de la O.N.U., el 3 de octubre, Balafrej pone sordina a las reivindicaciones territoriales. El 29 del mismo mes Balafrej llega a Madrid para sostener conversaciones con Castiella y Franco. El comunicado oficial subraya la « gran cordialidad » que las ha presidido. El 3 y 4 de noviembre, el Istiqlal tiene en Rabat la 4a. sesión del Consejo Nacional del Partido. En su informe Allal-el-Fassi utiliza un tono completamente distinto al del editorial más arriba citado. Sólo hace alusión a los territorios del sur, no menciona las plazas de Ceuta y Melilla y tiene frases de reconocimiento hacia el franquismo: « Marruecos, que no olvidará la ayuda de España en los momentos difíciles del combate por el retorno de S.M. el rey Mohamed V y por la independencia del país y de su unidad, está presto a crear el clima necesario para la solución definitiva del contencioso hispano-marroquí » (Al Istiqlal 10/11). El 17 de noviembre llega a Rabat Muñoz Grandes. Días antes el ministro del Ejército pronuncia un discurso en Melilla diciendo que en lo que respecta a Ceuta y Melilla « no puede haber ninguna concesión por parte de España ». Pero estas declaraciones no enturbian la « extrema cordialidad » con que Muñoz Grandes es acogido por el rey y el Gobierno marroquíes. Hassan II le

expresa a Muñoz Grandes su deseo de entrevistarse con Franco.

II Como se ve nos encontramos ante los signos de un viraje en las relaciones entre el franquismo y la monarquía marroquí. Las negociaciones parecen orientarse en un sentido aceptable para ambas partes. ¿Sobre qué bases? Una posible interpretación es que el Gobierno marroquí renuncia, al menos de momento, a su reivindicación sobre Ceuta y Melilla. Y que el Gobierno franquista acepta negociar sobre los territorios del sur. Esta interpretación parece confirmarse en la interviú concedida por Allal-el-Fassi a un periodista de la agencia Italia, publicada en *Al Istiqlal* del 28/11. En ella, el presidente del Istiqlal y ministro de asuntos islámicos declara: « Estoy persuadido que la visita del vicepresidente español a nuestro país es un signo de la voluntad del pueblo y del Gobierno español de reanudar el diálogo hispano-marroquí. Del conjunto de las declaraciones y de las informaciones publicadas en la prensa, en Rabat y en Madrid, se desprende que España busca con un espíritu más liberal soluciones posibles al problema de los territorios saharianos, **EL UNICO, POR OTRA PARTE, QUE INTERESA A MARRUECOS, POR EL MOMENTO** » (subrayado en el texto).

A finales de junio de este año Hassan II visita a De Gaulle y en el camino de regreso, el 6 de julio, se entrevista con Franco en Barajas. La prensa franquista y la prensa gubernamental marroquí exaltan la importancia de esta entrevista. Pero ni del comunicado oficial ni de otras informaciones públicas puede deducirse nada concreto sobre su resultado.

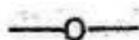
Lo que sí se desprende claramente de algunos comentarios de prensa son las motivaciones profundas de este acercamiento Franco-Hassan II, como de la aproximación Hassan II-De Gaulle. El corresponsal de ABC en Tánger escribe el 13 de julio: « He aquí un resumen de los comentarios de estos días sobre los recientes contactos hispano-marroquíes: « Es un interés supremo de España y de Francia que el Reino mogrebino defienda su estabilidad política y social, mantenga su línea actual de prudencia y sabiduría en la política exterior y que conserve el hombre que encarna esa estabilidad ». « Es por esto que esos medios moderados —continúa el corresponsal de ABC, aludiendo, claro está, a las fuerzas reaccionarias marroquíes— piensan que ni Franco ni De Gaulle vacilarán en consentir, si se presenta el caso, ciertos sacrificios. Lo peor que le podría ocurrir a Europa sería la instalación de un castrismo africano sobre la otra orilla del Mediterráneo » (...) « Lo que para Rabat tiene gran importancia es que Hassan II haya regresado de Madrid con la certidumbre de encontrar en España un interlocutor comprensivo y presto a cooperar sin reservas en el mantenimiento de la estabilidad política, económica y social del Reino, a fin de cerrar esta zona vital del Mediterráneo al contagio del « aventure-rismo revolucionario » ».

La reciente agresión armada de la monarquía marroquí contra la revolución argelina arroja una luz trágica sobre todo este viraje en la orientación de la política exterior marroquí, cuyos jalones en lo que se refiere a las relaciones con el franquismo hemos expuesto esquemáticamente. Amenazadas desde dentro por el crecimiento de las fuerzas populares y democráticas marroquíes, cuya pujanza se puso de manifiesto en las últimas elecciones, y temiendo la influencia política y moral de la revolución argelina, las castas feudales y los intereses colonialistas, agrupados en torno a Hassan II toman el camino de la agresión exterior y de la represión interior, y mendigan el apoyo de De Gaulle y de Franco, renunciando incluso, para obtenerlo, a las legítimas reivindicaciones territoriales de Marruecos. En lugar de una acción decidida, política y diplomática, para recuperar los territorios que aún sufren el yugo colonial de España o de Francia (a través de Mauritania) prefieren verter la sangre de su propio

pueblo y del pueblo hermano de Argelia con el pretexto de un problema fronterizo que puede resolverse mediante negociaciones. Pretendiendo salvarse por este camino ignominioso lo más probable es que Hassán II y los feudales que representa no logren otra cosa que acelerar su fin.

Al franquismo, esta orientación de la política de Rabat le ha venido como anillo al dedo. Si los reaccionarios marroquíes pensaban que cediendo en Ceuta y Melilla y ofreciéndose de punta de lanza contra la revolución argelina iban a lograr satisfacción en Ifni, Río de Oro y Sequet-el-Hamra, probablemente se equivocan. Franco aprovechará la difícil situación que se ha creado el Gobierno de Rabat para reducir sus concesiones, si es que estaba dispuesto a hacerlas.

Todo el curso de los acontecimientos demuestra que la solución justa del contencioso hispano-marroquí está profundamente unida a cambios políticos de signo democrático en España y en Marruecos. De ahí la necesidad de estrechar vínculos y llegar a una verdadera colaboración entre las fuerzas políticas democráticas de ambos países. El viaje de nuestro camarada Líster a Marruecos en el otoño de 1962 fue un paso positivo en esa dirección (Ver Nuestra Bandera n. 35).



COMO se ve, el franquismo manobra en su « frente colonial ». En el caso de Guinea, con la farsa autonómica, que más adelante podría convertirse incluso en una independencia ficticia; es decir, en una solución tipo « neocolonialista ». En el caso de Marruecos, aprovechándose de la debilidad interior y exterior de la Monarquía marroquí, para mantener sus posesiones saharianas, lo que no excluye, en la perspectiva, ciertas concesiones, también en una línea neocolonialista. Es evidente que cada día le resulta más difícil al franquismo mantener en el mundo actual los restos de su pequeño imperio colonial, ni bajo las viejas formas, ni como « provincias ». Por eso busca nuevas formas en la línea del neocolonialismo. También parece evidente que la solución definitiva del problema no podrá ser lograda sin un cambio político democrático en España.

Las diferencias en el movimiento comunista internacional

Exposición hecha por el camarada Santiago CARRILLO, Secretario General del Partido Comunista de España, ante una reunión de jóvenes miembros del Partido, a fines de junio de 1963.

PARA empezar me parece necesario dejar sentado que la polémica que se desarrolla en el seno del movimiento comunista internacional, es una polémica entre camaradas y, por tanto, debería zanjarse por métodos democráticos, por la discusión, la crítica, la persuasión, la educación, sin que ningún método de coerción, ultimátum o excomunión sea utilizado en ella. Sin embargo, la polémica ha llegado a un momento crítico, sumamente agudo; se ha envenenado. Hay que preguntarse por qué. Sin duda existen diversas razones, pero una de las principales, a mi juicio, reside en el hecho de que los camaradas chinos hacen una especie de proceso de intenciones al Partido Comunista de la Unión Soviética y al movimiento comunista internacional. Es decir, no se atienen a la crítica de las posiciones, de los hechos, y atribuyen a los partidos comunistas intenciones revisionistas, capituladoras, e incluso traiciones al marxismo y a la revolución, injustas e infundadas. Pienso que esta actitud introduce en la discusión aspectos que pueden desplazarla del terreno de una discusión entre camaradas. Y creo que en las últimas horas contribuye a envenenar la discusión el hecho de que los camaradas chinos, aun hablando de no llevar las diferencias ideológicas de los partidos al terreno de las relaciones entre los Estados, están desarrollando, como tal Estado, una violenta campaña contra la política de la Unión Soviética y de otros Estados socialistas, particularmente contra los pasos dados para llegar a un comienzo de acuerdo sobre los problemas del desarme nuclear. Así se ha creado un serio peligro de ruptura en el movimiento comunista internacional, y en algunos partidos, una ruptura efectiva, una escisión que, naturalmente, sólo aprovecha al imperialismo. Y aunque estos hechos colocan la polémica en términos que a veces hacen olvidar que se trata de una polémica entre camaradas, yo quiero expresar mi esperanza de que, en definitiva, esas divergencias serán superadas, incluso si ello se produce a través de un largo y penoso proceso y si en este proceso hay desgarrones y rupturas momentáneas. Creo que además de la discusión, la vida, la experiencia, ayudarán a comprender a los camaradas chinos muchos de los problemas que

hoy se debaten. Hay que recordar hasta qué punto estuvieron envenenadas en un tiempo las relaciones con Yugoslavia y, sin embargo, se ha llegado a un terreno de acercamiento, de relaciones amistosas que no excluyen la persistencia de divergencias ideológicas considerables entre las posiciones del movimiento comunista internacional y las de los camaradas yugoslavos.

También quiero dejar sentado que en esta discusión no cabe *neutralidad* posible para ningún partido comunista; ningún partido comunista puede quedar al margen de una polémica que afecta al conjunto del movimiento comunista, a las posiciones de principio, de línea política, de táctica, que son universales, salvo si ese partido se acantona en sus «fronteras nacionales», en sus problemas particulares, se aísla del movimiento comunista y renuncia a la práctica de los principios del internacionalismo y del marxismo-leninismo en general. No se trata de una polémica entre los camaradas chinos y los camaradas soviéticos. Así es como la prensa burguesa, incluida la prensa franquista, la presenta; pero eso es un intento de promover corrientes de dispersión dentro del movimiento comunista y de desinteresar a los militantes comunistas so pretexto de que se trata de querellas nacionales entre los dos grandes países socialistas. Es un intento, en general, de fraccionar a los comunistas, de aislarlos en sus fronteras nacionales para batirlos mejor.

Se trata de una discusión que concierne *directa y vitalmente a cada partido*, en la que es imposible no tomar una posición, y en la que pronunciarse por la *neutralidad* es ya una toma de posición, bien determinada, bien precisa; una discusión en la que es imposible no esforzarse por separar lo justo de lo injusto, el grano de la paja. Y para que las cosas estén claras desde el principio, para coger el toro por los cuernos, yo quiero decir —vosotros lo sabéis bien— que nuestro Partido se ha mantenido y se mantiene firmemente al lado del movimiento comunista internacional coincidiendo en las posiciones esenciales con el Partido Comunista de la Unión Soviética. Trataré de explicar por qué, y trataré de explicarlo sin poder hacer un examen exhaustivo de todas las diferencias, de toda la ya considerable cantidad de documentos que constituyen el contencioso de esta polémica.

Me referiré particularmente a dos, que me parecen esenciales: el documento en 25 puntos publicado con fecha 14 de junio por el Partido Comunista Chino que contiene sin duda la síntesis más precisa y más completa de sus posiciones hasta este momento, y la Declaración de los 81 partidos comunistas reunidos en Moscú en 1960, especie de Carta del movimiento comunista, a la que nosotros como Partido nos atenemos, y que ha sido también aprobada por los camaradas chinos. Trataré los aspectos que considero esenciales aunque haya otros, a mi juicio secundarios, que queden forzosamente relegados para no hacer excesivamente larga esta exposición.

El documento de los camaradas chinos a que me refiero muestra que las divergencias en el movimiento comunista se suscitan alrededor de problemas que, para el orden de la discusión, yo dividiré en seis partes:

1. — Los problemas de la coexistencia, la lucha por la paz y el desarme.

2. — Las vías pacíficas y violentas de la revolución.

3. — El papel del sistema socialista y del movimiento proletario y revolucionario y el papel del movimiento nacional anticolonial.

4. — El internacionalismo proletario, las relaciones entre partidos, la unidad del movimiento comunista y obrero.

5. — Los problemas del Estado y de la construcción del comunismo.

6. — El culto de la personalidad.

Claramente se desprende que este enunciado implica la cuestión de todo el contenido de la época actual.

No pretendo, repito, agotar, ni mucho menos, todas esas cuestiones sino señalar algunos de sus aspectos esenciales y de las razones por las cuales nuestro Partido ha tomado la posición que conocéis.

SOBRE EL PRIMER GRUPO DE PROBLEMAS: COEXISTENCIA, PAZ, DESARME.

LOS camaradas chinos se pronuncian en favor de la coexistencia. Normalmente no debería haber diferencias. Entonces ¿por qué las hay?

Según los camaradas chinos —me refiero siempre a su documento de los 25 puntos—, las hay:

a) Porque el P.C.U.S. y el movimiento comunista reducen «la línea general del movimiento comunista internacional a la coexistencia pacífica, a la competición pacífica entre dos sistemas», piensan «que las contradicciones desaparecerán automáticamente por medio de la competición económica», «en vez de luchar contra el imperialismo se colabora con el imperialismo», «se exagera y se trata de reemplazar con la coexistencia pacífica la lucha revolucionaria de los pueblos» y «se trata de extender la noción de coexistencia a las relaciones entre naciones oprimidas y opresoras, siendo así que los pueblos y naciones oprimidos no pueden hacer —según los camaradas chinos— compromisos con los imperialistas».

b) Porque «se borra el contenido de clase, de las contradicciones entre ambos campos».

c) Porque la aparición de las armas termonucleares «no puede impedir a la Historia progresar», «la guerra mundial termonuclear entrañaría inevitablemente la revolución», «la guerra es la continuación de la política por otros medios», «el desarme es una ilusión mientras existan el imperialismo y el Estado».

Esas son, en esencia, las afirmaciones de los camaradas chinos, las razones de sus diferencias.

¿En qué se basan para hacer esas afirmaciones? En realidad ellos no aportan ningún hecho, ningún dato concreto para apoyarlas. Es un arbitrario «proceso de intenciones» —yo diría que es una especie de «caza de brujas» dentro del movimiento comunista—.

¿Es que la Declaración de los 81 o la práctica de algún partido comunista limita la línea general de la coexistencia pacífica a la competición pacífica? ¿Es que la línea o la práctica de algún partido reemplaza la lucha por la «colaboración con el imperialismo», elimina la lucha revolucionaria de los pueblos, extiende la noción de coexistencia a las relaciones entre países oprimidos y opresores? Y, de una manera general, ¿es justo decir que no puede haber compromisos entre naciones opresoras y oprimidas?

Veamos cómo formula la Declaración de los 81 la cuestión de la coexistencia:

«La política exterior de los países socialistas tiene por *base inmovible* el principio leninista de la coexistencia pacífica y la emulación económica de los países socialistas con los capitalistas».

Es decir, la Declaración de los 81, aprobada por los camaradas chinos, afirma que la coexistencia y la emulación económica es la *base inmovible* de la política exterior. No se refiere a la coexistencia como a la «línea general» porque aunque la coexistencia es un elemento primordial de esa línea, mejor dicho, su *base*, no es, sin embargo, el único elemento.

¿Quiénes han hablado de la coexistencia y de la paz como línea, antes que nadie, en el movimiento comunista? Precisamente los camaradas chinos, que ahora condenan esa fórmula. En su informe ante el VIII Congreso del Partido Comunista Chino, el camarada Liu Chao-chi afirmaba: «Nuestra *línea invariable* en los asuntos internacionales es la lucha por la paz en todo el mundo».

Si la coexistencia y la emulación económica son la base de la política exterior, la razón de ello es, como afirma la Declaración de los 81, que *el problema más candente de la actualidad es el de la guerra o la paz*; el problema más apremiante que hoy tienen planteado las fuerzas democráticas y amantes de la paz es el de proteger a la humanidad de una catástrofe termonuclear mundial. Si es cierto que existe un peligro real de guerra, como consecuencia de la existencia del imperialismo, de la carrera armamentista que éste lleva a cabo, también es cierto que hoy la guerra no es inevitable; que, como afirma la Declaración de los 81, la guerra puede evitarse

«... si se forja el más amplio frente único de los partidarios de la paz, de todos los que luchan contra la política imperialista de agresión y de guerra inspirada por el imperialismo norteamericano».

Y esta posición del movimiento comunista internacional es la posición que ya en 1956, en el VIII Congreso del Partido Comunista Chino, mantenían los camaradas chinos. En el informe de Liu Chao-chi —al que deberé referirme algunas veces— se decía:

«En la lucha por una paz duradera en todo el mundo y en la causa del progreso de la humanidad se logrará la victoria con tal de que todos los países del socialismo y todas las fuerzas de la paz y de la democracia en todos los países se unan estrechamente y conjuguen sus esfuerzos».

La política de coexistencia no es ningún «nuevo principio» del movimiento comunista internacional ni nadie pretende erigirla en un nuevo principio; es la línea leninista, desde los primeros pasos

del Poder soviético, aunque ahora, con la existencia del arma termonuclear, esa línea adquiriera una importancia mayor, nueva, en ciertos aspectos. Ya Lenin defendió la coexistencia pacífica, a la que iba ligada la concepción —leninista también— sobre «la construcción del socialismo en un solo país», concepción contra la que estuvieron los trotskistas, que oponían a ella el concepto de la «revolución permanente», es decir, que había que provocar inmediatamente la revolución mundial para que no se hundiera la revolución en Rusia.

Ese principio leninista de la coexistencia —y debemos aquí basarnos en los hechos— ¿en qué ha impedido la lucha de los pueblos, en qué la ha reemplazado, en qué ha fomentado la «coexistencia entre oprimidos y opresores»?

No se trata de un punto de teoría en abstracto que se preste, mientras la práctica lo compruebe o lo desmienta, a cualquier género de interpretaciones. La práctica ha demostrado ya —y de qué manera!— que la coexistencia no sólo no es un obstáculo sino que es una base para la lucha de los pueblos oprimidos, para el despliegue y el triunfo de su fuerza contra la de sus opresores.

Y el primer ejemplo de que esto es así, nos lo ofrece el mismo triunfo de la revolución china, en 1949, en plena política de coexistencia pacífica. El triunfo de la revolución china era un golpe tremendo al capitalismo en su conjunto y a la dominación imperialista en Asia. Pero el imperialismo tuvo que retroceder y resignarse, el imperialismo tuvo que someterse a las leyes de la coexistencia. ¿Acaso impidió la política de coexistencia a los chinos luchar y triunfar? No lo impidió.

¿Impidió a la Unión Soviética esa política ayudar a los camaradas chinos? De modo alguno.

Es decir, la revolución china no ha sido dificultada sino sostenida por la política de coexistencia pacífica.

Otro ejemplo: la guerra liberadora del pueblo indochino contra el colonialismo francés, la liberación del norte del Vietnam y, ahora mismo, la lucha dirigida por el Frente Nacional en el Vietnam del Sur. Esa lucha y esa victoria se producen en plena coexistencia pacífica ¿Es que dijo alguien a los camaradas vietnamitas, «no luchéis»? Al contrario, su lucha fue sostenida y apoyada por los países del campo socialista y también muy activamente por los proletarios franceses, por el Partido Comunista Francés. Hasta que terminó con la victoria en el norte; ahora sigue con la lucha en el sur.

En este período en que la coexistencia es la base inconmovible, como dice la Declaración de los 81, de la política exterior de los países socialistas, se ha producido la liberación nacional de países enormes como la India, Indonesia, Pakistán y otros, en Asia. Recientemente las potencias imperialistas han tenido que resignarse a que el Irán Occidental se reúna con la República Indonesia. Para obtener este resultado los indonesios llevaron una acción política en el terreno internacional; como vieron que esa acción política no bastaba para conseguir la liberación del Irán Occidental, organizaron una operación para liberarle. Pero carecían de los recursos militares necesarios. ¿A quién pidieron los indonesios esos recursos? Se los pidieron a la Unión Soviética y la Unión Soviética se los dio. Había el riesgo de chocar con las flotas de

la OTASE. Sin embargo, la Unión Soviética no vaciló en prestar su ayuda a los indonesios. En este caso, como en los demás, la coexistencia pacífica no reemplazó a la lucha; al contrario, se puso de manifiesto la ligazón entre la política de coexistencia pacífica y la lucha.

Se ha producido también la liberación de muchos Estados del Medio Oriente y Africa, también en pleno período de coexistencia. Y aquí se reprodujo otro caso demostrativo de que la coexistencia no es la capitulación ante el imperialismo. Recordaréis que en 1956 los imperialistas ingleses y franceses, de acuerdo con el Gobierno de Israel, montaron una agresión para apoderarse del Canal de Suez y comenzaron a invadir Egipto. Las tropas egipcias, sorprendidas por la agresión, retrocedían ante las tropas del imperialismo. ¿Y quién decidió la cuestión en ese momento? ¿Quién obligó a ingleses y franceses a reembarcar, a retirarse? Fue la Unión Soviética. La Unión Soviética conminó a ingleses y franceses a salir de Egipto. Y en veinticuatro horas los ingleses y los franceses se marcharon de Egipto; se nacionalizó el Canal de Suez que era una vía tradicional de los imperialistas, y ha pasado a ser una vía egipcia; los imperialistas sufrieron una seria derrota.

Y algo semejante sucedió más tarde en el Líbano, cuando las fuerzas americanas desembarcaron allí y trataron de convertirlo en una colonia suya. La Unión Soviética apoyó al Líbano y los americanos tuvieron que marcharse. Todo esto sucedió en plena coexistencia.

Tenemos un ejemplo más impresionante todavía: el de Cuba. Mientras la revolución cubana fue solamente una revolución democrática y Miró Cardona era el jefe del gobierno y Urrutia el Presidente de la República; mientras la revolución cubana no tomó un camino socialista y los representantes de la burguesía se exiliaron a Miami, el imperialismo estaba más o menos quieto. Cuando la revolución tomó mayor hondura, cuando se dieron los pasos que anunciaban su transformación en revolución socialista, los yanquis comenzaron a combatirla activamente. Pero si la revolución cubana está en pie, si la revolución cubana existe, gracias al heroísmo del pueblo cubano y a la firmeza de sus dirigentes, es evidente que ello se debe también al apoyo de la Unión Soviética y a la decisión de la Unión Soviética de utilizar incluso el arma termonuclear para impedir el aplastamiento de la revolución cubana. Esto lo ha dicho el camarada Fidel Castro. Es decir, la coexistencia no ha impedido que a noventa millas de Estados Unidos, en pleno corazón del imperialismo, una revolución socialista se desarrolle.

En plena política de coexistencia se han liberado asimismo Argelia, Marruecos, Túnez. En total, en este período de coexistencia, la revolución mundial ha hecho progresos tan extraordinarios que se ha hundido el sistema colonial del imperialismo y, apoyados por el campo socialista, han surgido en muy pocos años 44 nuevos Estados nacionales en lo que antes eran colonias. Como señala la Declaración de los 81, la crisis general del imperialismo ha entrado así en su tercera etapa, cuyo rasgo peculiar es:

« que no ha surgido vinculada a una guerra mundial sino en una situación de emulación y de lucha de los dos sistemas, en la que la correlación de fuerzas cambia más y más en favor del socialismo, todas las contradicciones del

imperialismo se agudizan bruscamente y la eficaz lucha de las fuerzas pacíficas por la realización y la consolidación de la coexistencia pacífica no ha permitido a los imperialistas frustrar con sus acciones agresivas la paz general».

Según esa Declaración, común a todos los partidos comunistas, la coexistencia pacífica ha facilitado un proceso en el que:

«Los pueblos constructores del socialismo y del comunismo, el movimiento revolucionario de la clase obrera en los países capitalistas, la lucha de liberación nacional de los pueblos oprimidos y los movimientos generales democráticos, todas estas grandes fuerzas de nuestra época se funden en un torrente único que socava y destruye el sistema imperialista mundial».

«La coexistencia pacífica de los Estados no significa, como afirman los revisionistas, la renuncia a la lucha de clases. La coexistencia de los Estados con distinto régimen social es una forma de lucha de clases entre el socialismo y el capitalismo. En las condiciones de la coexistencia pacífica surgen posibilidades favorables para el despliegue de la lucha de clases en los países capitalistas y del movimiento de liberación nacional de los pueblos que viven en las colonias y en los países dependientes. A su vez, los éxitos de la lucha revolucionaria de clases y nacional liberadora contribuyen a la consolidación de la coexistencia pacífica».

Esta relación entre la coexistencia pacífica y la lucha revolucionaria del proletariado y de los pueblos la hemos venido comprobando a lo largo de estos años de éxitos considerables del movimiento revolucionario. Nada justifica, pues, las acusaciones de los camaradas chinos sobre la «coexistencia entre oprimidos y opresores», sobre «la colaboración» en vez de lucha con los imperialistas, etc. Todos esos ejemplos, y yo he empezado por la propia revolución china, tomados de la realidad, desmienten que la coexistencia sea la «colaboración».

En relación con esto, ¿acaso tienen razón los camaradas chinos cuando dicen que no puede haber compromisos entre naciones oprimidas y naciones opresoras?

A veces los compromisos son inevitables y necesarios; dependen de la correlación de fuerzas en un momento dado y en un punto concreto. Veamos algunos ejemplos de compromisos entre naciones opresoras y naciones oprimidas:

Los acuerdos de Evian entre Francia y Argelia. ¿Era justo o no por parte del F.L.N. aceptar en el momento en que se convinieron? Creo que no hay duda de que era justo. Las cosas estaban así: los argelinos no tenían todavía bastante fuerza para arrancar la decisión exclusivamente por las armas, y el colonialismo francés, aun ocupando Argelia, no podía «pacificarla», imponer su «orden», no podía explotar sus recursos, y particularmente el petróleo del Sahara. Hicieron un acuerdo. En virtud de este acuerdo surgía el nuevo Estado argelino, aunque al surgir adquiriese compromisos con el imperialismo francés: bases, tropas, Sahara. ¿Se puede decir que el F.L.N. traicionase al hacer esas concesiones. Creo que no, puesto que todas las concesiones que

hacían los argelinos en ese momento les iban a servir para crear su Estado, con un ejército, con fuerzas armadas propias, lo que daba al F.L.N. nuevas fuerzas, nuevas posibilidades para desembarazarse posterior y definitivamente del colonialismo francés. Yo creo que los revolucionarios argelinos hicieron bien firmando ese acuerdo. Hoy, los acuerdos de Evian están siendo superados y llegará un momento en que se les considere como un paso transitorio que ayudó a la revolución argelina a implantarse, a triunfar y asegurar su desarrollo.

Otro ejemplo de acuerdo, de compromiso entre nación oprimida y opresora: el acuerdo de Ginebra en 1954 sobre Indochina, entre el Gobierno francés y el Gobierno vietnamita, con la participación oficial de China, de la Unión Soviética y de Inglaterra que fueron parte de ese acuerdo. En este caso el imperialismo francés se sentía impotente para guardar Indochina y o le pasaba la mano a los americanos o hacía un acuerdo con el Vietnam. Por su parte los camaradas vietnamitas necesitaban un respiro para consolidar los resultados alcanzados en su lucha. Hubo un compromiso por el cual la parte norte del Vietnam adquirió su independencia y se convirtió en un Estado de democracia popular. Ese Estado hoy se ha consolidado, mientras el del sur, que quedó en manos del imperialismo, se descompone y marcha hacia su caída. ¿Acaso podría criticarse a Ho Chi Min y a los camaradas chinos y soviéticos por ese compromiso entre una nación opresora y una nación oprimida? Creo que todos coincidimos en que no.

Recientemente ha habido una negociación en Laos. Se trata también de un compromiso entre un pueblo oprimido y sus opresores, en el que participan otras terceras potencias, entre ellas los camaradas chinos y soviéticos.

Es decir, no solamente no se puede negar la posibilidad de esos compromisos, sino que hay una contradicción entre la teoría y la práctica de los camaradas chinos: por un lado niegan los compromisos; por otro lado participan en los compromisos.

Sobre los compromisos, Lenin, en múltiples ocasiones y muy concretamente en «El izquierdismo...», ha expuesto posiciones que tienen un valor de principio:

«Toda la historia del bolchevismo —dice Lenin— antes y después de la revolución de octubre está llena de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos con otros partidos, sin exceptuar los partidos burgueses». «Hacer la guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización (aunque no sea más que temporal) del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es esto acaso algo infinitamente ridículo?»

Y en el primer período del Poder soviético, cuando éste se hallaba acosado y parte de su territorio ocupado por potencias extranjeras, Lenin defendió incluso la concesión de territorios a los imperialistas. Lenin fue partidario de conceder Kamchatka a los

americanos, lo que podría parecer a algunos el colmo del «revisiónismo moderno». Lenin decía:

«Nosotros damos ahora a América el Kamchatka, que después de todo no es nuestro, puesto que las tropas niponas lo ocupan. Nosotros no estamos hoy en condiciones de batirnos con el Japón. Damos a América ese territorio para utilizarlo en el aspecto económico, un territorio donde no tenemos fuerzas militares ni navales y a donde no podemos enviarlas. Haciendo esto nosotros empujamos al imperialismo americano contra el imperialismo japonés y contra la burguesía japonesa, vecina nuestra y que tiene actualmente en sus manos la República del Extremo Oriente».

Como se ve, Lenin mismo, que era un maestro de revolucionarios, estaba dispuesto a hacer concesiones territoriales a los americanos, con los fines que él explica.

Si yo traigo a colación este ejemplo, es para insistir en que no es posible renunciar a los compromisos en la lucha revolucionaria. Y hemos visto que los camaradas chinos, en la práctica, no renuncian a hacer compromisos cuando lo creen conveniente. Pero hay más, camaradas: Chiang Kai-chek, el enemigo mortal de la revolución china, ocupa Formosa, aunque en realidad no actúe más que como un testaferro de los norteamericanos. Es decir, los norteamericanos oprimen por su intermedio a la parte del pueblo chino que habita esa isla. Eso no impide que en Varsovia, desde hace ya años, se celebren negociaciones entre el embajador chino y el embajador norteamericano. Son unas negociaciones interminables, aparentemente sin resultado, pero los chinos no las rompen. ¿Qué es lo que discuten? Pues hay que suponer que están discutiendo sobre la posibilidad de un compromiso.

Tras la guerra de Corea, los camaradas chinos, junto con los soviéticos y los coreanos, negociaron un compromiso con los americanos, para la instalación de la frontera en el paralelo 38 entre la República Democrática Popular de Corea y el Estado fantoche del sur manejado por los americanos. Hubiera sido más agradable no aceptar la división de Corea, pero la correlación de fuerzas aconsejaba un compromiso.

Hay también Honkong, camaradas. Honkong es una colonia inglesa en el territorio continental de China; es evidente que se trata de una espina clavada en el sentimiento nacional chino. Sin embargo, el Gobierno chino no ha emprendido acciones contra el imperialismo inglés en Hongkong. La República Popular China coexiste sobre su propio territorio con una potencia imperialista, Inglaterra con la que, además, mantiene relaciones diplomáticas y comercial cada vez más. Ese es un caso de compromiso. ¿Por qué hace ese compromiso la República Popular China? Pienso que debe ser porque la República Popular China necesita divisas y paz.

Tenemos Macao. Macao es una colonia portuguesa en el territorio de China. La India echó a los portugueses de Goa. China podría haber hecho lo mismo en Macao. Seguramente tiene sus razones para no echarles. Pero la realidad es que sobre el territorio de China una potencia imperialista tan grotesca como Portugal, que podría ser expulsada con un simple papirotazo, conserva su colonia; esto es también una especie de compromiso con una nación opresora.

Camaradas: yo no planteo esto para condenar esos compromisos de los camaradas chinos, ya que estoy defendiendo la necesidad de compromisos. Pero traigo estos elementos para mostrar la inconsecuencia entre los planteamientos teóricos que los camaradas chinos hacen contra todo compromiso entre naciones oprimidas y opresoras y su política práctica.

En conclusión, no es posible condenar los compromisos, incluso, en ciertos casos, entre naciones oprimidas y opresoras. No hubiera habido socialismo en un solo país sin compromisos. No hay ninguna revolución sin compromisos. La cuestión es saber si esos compromisos sirven para consolidar las conquistas de la revolución, para permitirle nuevos pasos adelante aunque también reporten momentáneamente ciertas ventajas al imperialismo. Nadie hace compromisos si no le convienen.

En relación con este grupo de problemas queda la cuestión de la competición pacífica. Los camaradas chinos afirman que se limita la línea general de los Estados del campo socialista y del movimiento comunista, en la práctica, a la competición pacífica de dos sistemas, que se piensa que las contradicciones desaparecerán automáticamente. En realidad estas afirmaciones no reposan sobre nada. La posición del movimiento comunista, condensada en la Declaración de los 81, es la siguiente:

«El desarrollo social confirma la previsión de Lenin de que sería mediante la construcción económica como ejercerían los países del socialismo triunfante su principal influencia en el desenvolvimiento de la revolución mundial. El socialismo ha logrado éxitos sin precedente en la producción, en la ciencia y en la técnica, así como en la edificación de una nueva y libre comunidad de seres humanos, cuyas necesidades materiales, espirituales satisface dicha comunidad en medida que crece sin cesar. Se avecina el tiempo en que el socialismo ocupará el primer puesto por su peso relativo en la producción mundial. Se derrotará al capitalismo en la esfera decisiva de la actividad humana, en la esfera de la producción material».

Esto significa que en la competición entre los dos sistemas vencerá necesariamente el más progresivo, el que asegure el desarrollo material, técnico, científico más avanzado, el que desarrolle más impetuosamente las fuerzas productivas y procure un mayor bienestar a la humanidad. Esta es una verdad del marxismo. No cabe duda de que ese sistema más avanzado es el socialismo, es el comunismo. Pero los capitalistas de los países más desarrollados se baten con todas sus armas ideológicas y políticas e intentan hacer creer que el comunismo es una cosa sobrepasada y que el capitalismo, o mejor dicho, el neocapitalismo, es más progresivo. Ellos explotan la circunstancia histórica de que el desarrollo desigual del imperialismo haya hecho que los eslabones más débiles de la cadena imperialista, aquellos donde ésta se ha roto y ha empezado a triunfar la revolución sean precisamente países económicamente atrasados, en general. Incluso la Alemania del Este era económicamente atrasada en relación con la Alemania del Oeste. El crecimiento inaudito de los países socialistas, sobre todo de la URSS, demostró que el socialismo es más progresista. Pero ciertos países capitalistas, los más desarrolla-

dos, tienen todavía, en una serie de cosas, un nivel más alto, aunque en otras vayan quedando ya rezagados. Y esto genera ilusiones reformistas. En esos países muchos obreros se resignarán a la continuación del capitalismo mientras no vean que los países socialistas sobrepasan el nivel de vida de los países capitalistas. Ganar a las masas de algunos de los países capitalistas más desarrollados para la revolución, liberarlas del oportunismo depende también de que el sistema socialista demuestre de una manera incontrovertible su superioridad sobre el sistema capitalista en la esfera de la producción material. Mientras una parte considerable de los obreros americanos tengan cosas que todavía no tienen en la misma proporción los obreros de los países socialistas, por razones que para nosotros, comunistas, son claras, no será fácil ganar a la gran masa de los obreros americanos para la lucha por el comunismo. Los obreros americanos serán ganados, cuando el sistema socialista afirme en el campo de la producción su superioridad también en términos de neveras, televisores, confort material, etc., a no ser que surjan crisis y coyunturas revolucionarias por otras causas.

Al mismo tiempo los éxitos del socialismo en la esfera de la producción material son decisivos para poder prestar una ayuda material cada vez mayor a los países del tercer mundo, que ayude a éstos a resistir a la presión del imperialismo, a contrarrestar el neocolonialismo. No sólo armas, sino sobre todo equipo industrial es lo que esos pueblos necesitan. ¿No estamos viendo nosotros en nuestro país cómo el ejemplo de los éxitos del socialismo está ayudando a revolucionar las mentes, no sólo de las masas trabajadoras, sino de otros grupos sociales no proletarios, y contribuyendo a su paso hacia posiciones revolucionarias? Así se afirma que es a través de la construcción económica como los países socialistas ejercerán su principal influencia en el desarrollo de la revolución mundial.

Pero eso no encierra ninguna idea de automatismo para resolver la contradicción fundamental. La competición y los éxitos del socialismo en ella, van a estimular, van a actuar como un impulsor de la lucha de las masas, lucha que, en definitiva, es la única que puede resolver la cuestión en cada país. No hay ningún automatismo, no hay ningún proceso fatal, sino que los éxitos del socialismo contribuirán a elevar la conciencia revolucionaria de los trabajadores y a estimular su lucha. Esa es la posición del movimiento comunista internacional, la nuestra. Nosotros no tenemos ningún temor a la competición pacífica, porque estamos seguros de que el sistema más progresista es el socialismo, el comunismo.

Al mismo tiempo, camaradas, estamos viendo que los países socialistas, en particular el más fuerte, la Unión Soviética, no tiene ninguna ilusión de que la competición pacífica liquide, por sí sola, las contradicciones. La prueba es que la Unión Soviética y los países socialistas se procuran el armamento más moderno, se preparan para hacer frente a cualquier contingencia, a cualquier intento del imperialismo y que apoyan activamente, por todos los medios, a los pueblos que luchan por su liberación.

Los camaradas chinos acusan al P.C.U.S. y a los partidos comunistas de «borrar el carácter de clase» de la contradicción entre ambos campos. ¿Qué dice la Declaración de los 81 a la cual nos atenemos nosotros? La Declaración de los 81 insiste precisamente

en el carácter de clase de esa contradicción y señala en consecuencia que en esta época:

«todas las fuerzas revolucionarias se unen contra el yugo imperialista y la explotación. Los pueblos constructores del socialismo y del comunismo, el movimiento revolucionario de la clase obrera en los países capitalistas, la lucha de liberación nacional de los pueblos oprimidos y los movimientos generales democráticos, todas estas grandes fuerzas de nuestra época se funden en un torrente único, que socava y destruye el sistema imperialista mundial».

Esa es una definición suficientemente clara del carácter de clase de la contradicción fundamental en este período y de cómo la lucha de los pueblos, encabezados por el movimiento revolucionario de la clase obrera, conduce a la destrucción del sistema imperialista mundial. Cuando los camaradas chinos afirman que se esfuma el carácter de clase de las contradicciones no dicen por qué y es muy difícil averiguarlo. ¿Se refieren acaso a las negociaciones de la Unión Soviética con los países capitalistas, con los Estados Unidos concretamente, en relación con la paz, en relación con las armas atómicas? ¿Se refieren acaso a los viajes que en un momento dado hizo el camarada Jruschov a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y otros países? Si se refieren a eso, yo creo que cometen un error. Yo no he visto jamás una propaganda tan audaz, tan original, tan inteligente del comunismo como la que hizo el camarada Jruschov cuando visitó esos países. Yo no he visto utilizar la tribuna oficial, la radio y la televisión para hacer la apología del comunismo en términos tan abiertos y tan claros como lo hizo él. En Estados Unidos el camarada Jruschov llegó incluso a pronunciar esa frase de la que luego se hablaba tanto, «el comunismo enterrará al capitalismo». Es decir, ninguna de esas relaciones con los países del capitalismo ha llevado a la capitulación.

Ahora, ¿hay o no hay que discutir con los imperialistas sobre los problemas de la coexistencia? ¿Hay o no hay que discutir con los imperialistas sobre los problemas del arma atómica y del desarme atómico, sobre los problemas del desarme en general? ¿Hay o no hay que discutir con los imperialistas sobre los problemas del comercio? Yo creo que no hay ninguna duda. Es evidente que la coexistencia, la competición pacífica exigen ciertas formas de cooperación económica; el comercio es una forma de cooperación económica entre países capitalistas y países socialistas. Cuando yo te vendo madera o petróleo para que tú me vendas tal maquinaria que yo necesito, aunque nos odiamos a muerte y busquemos la mutua destrucción, eso es una forma de cooperación momentánea aunque yo piense que, en definitiva, la maquinaria que tú me vendes, en mis manos va a servir para cavar tu sepultura. Es decir, esas formas de cooperación son indispensables y todo país socialista, y todo país en la tierra, a no ser que quiera aislarse y encerrarse en sus fronteras, está obligado a desarrollarlas. Pero eso no esfuma ni disminuye el carácter de clase de la contradicción.

Ahora mismo se discute el acuerdo entre los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética sobre la suspensión de pruebas nucleares en la atmósfera, en el cosmos y en el mar. Claro que ese acuerdo no es el desarme termonuclear; ahí siguen las bombas, ahí siguen los cohetes, todas las armas. Pero ese acuerdo es un

paso. Pensar que el desarme se va a acordar y se va a resolver en un solo pacto, en una sola reunión, sería iluso y en la lucha por el desarme y por la destrucción de las armas termonucleares habrá todavía pasos adelante y pasos atrás. Eso será una lucha, y una lucha difícil y complicada. Nosotros no atribuimos ningún valor decisivo al pacto que pueda firmarse y nadie se le atribuye. Pero puede ser un paso, puede arrastrar nuevas fuerzas a la lucha por la paz, puede crear una atmósfera más favorable.

Otra cuestión en relación con estos problemas de la guerra y de la paz. Los camaradas chinos dicen: «la aparición de las armas termonucleares no puede impedir a la historia de progresar». «La guerra mundial termonuclear entrañaría inevitablemente la revolución». «La guerra es la continuación de la política por otros medios». «El desarme es una ilusión mientras existan el imperialismo y el Estado».

Veamos estas cuestiones. Aquí la diferencia esencial entre los camaradas chinos y la mayor parte del movimiento comunista internacional es si el arma termonuclear cambia o no cualitativamente los términos en que se plantea el problema de la guerra. De hecho, el arma atómica y termonuclear es la consecuencia de un tremendo desarrollo de las fuerzas productivas, del progreso material. Aunque tome esta derivación hacia la destrucción, es una parte de lo que llamamos la revolución técnica en nuestra época. Engels —que es muy interesante leer y releer ahora y siempre— explica en su «Anti-Dühring», al hablar de la teoría de la violencia, que los progresos de la técnica en cuanto han sido militarmente utilizables han obligado casi por fuerza a realizar cambios, incluso verdaderas revoluciones en el modo de realizar la guerra. Engels explica que la violencia está en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas, con el desarrollo material, que está determinada en gran medida por ese desarrollo. Y Engels se refería sólo a los lentos cambios que se habían ido produciendo en los siglos XVIII y XIX, lentos en comparación con este cambio sensacional, radical que supone el descubrimiento de la energía termonuclear. Si esos cambios lentos que se han producido en esos siglos en el desarrollo de las fuerzas productivas, por tanto en el armamento, han revolucionado la técnica de la guerra; si la violencia está también relacionada con el desarrollo material, con el desarrollo de las fuerzas productivas, el descubrimiento del arma termonuclear que, por su inmenso poder destructivo, su alcance ilimitado, aniquila y arrasa no a tal o cual unidad combatiente o ejército, sino extensiones enormes, comprendidos seres vivos y bienes materiales envenenas, la atmósfera, matando muchos años después de la explosión, influye en la procreación; ese arma que no se puede medir por ninguno de los raseros conocidos, ¿cómo no va a influir, no ya sobre la técnica de la guerra, sino sobre la posibilidad misma de la guerra? En realidad el descubrimiento del arma termonuclear ha puesto a la humanidad ante el siguiente dilema: o abolir la guerra o perecer. Esto puede parecer «revisionismo moderno» del más putrefacto, pero es la realidad. ¿Qué criterio científico serio puede llegar a la conclusión de que las armas termonucleares no impedirán a la historia progresar, de una manera absoluta, como hacen los camaradas chinos? Indudablemente, si hubiera una guerra mundial termonuclear, eso sería un retroceso brutal de la humanidad, que es difícil abarcar hoy con la imaginación humana. Yo recuerdo que muchas veces yo me he interrogado, leyendo el «Manifiesto Comunis-

ta», sobre el sentido que daban Marx y Engels al decir que la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases, a la afirmación de que esta lucha de clases «terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes». Y yo confieso que nunca he comprendido tan claramente el sentido que daban Marx y Engels a esas primeras líneas del «Manifiesto Comunista», como ante la existencia del arma termonuclear y el peligro de una guerra en la que el arma termonuclear se emplee. El arma termonuclear podría llevar a «resolver» la contradicción por la destrucción de las dos clases en presencia.

Decir que la guerra mundial termonuclear entrañaría inevitablemente la revolución, no es un criterio racional, científico. Las dos guerras mundiales pasadas entrañaron, sí, revoluciones. En la primera, la Gran Revolución Socialista de Octubre; en la segunda, la revolución socialista en una serie de países. Pero ya la tercera etapa de la crisis general del capitalismo, como señala la Declaración de los 81, se está produciendo en un período sin guerra. Y yo creo que una guerra termonuclear entrañaría, más probablemente que la revolución, la destrucción de millones de seres, de los más altos centros de la cultura y de la civilización y que los raros rincones del mundo que no fueran afectados directamente serían contaminados después y que la revolución proletaria no podría desarrollarse sobre la base material que quedase después de una guerra termonuclear.

En otra etapa del nivel de los armamentos, durante la primera guerra mundial, Lenin, para definir el contenido de las guerras, se servía de la frase famosa de Clausevitz «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Y sobre la base de esa definición, Lenin establecía el criterio de las guerras justas y de las guerras injustas y la posición de los comunistas ante ellas. El proletariado hacía guerras revolucionarias por su liberación, eran guerras justas; los pueblos oprimidos hacían guerras revolucionarias por su liberación, eran guerras justas. Los imperialistas hacían guerras injustas por las colonias, las fuentes de materias primas, los mercados. Las guerras imperialistas, representaban entonces una cierta destrucción de vidas humanas y de valores, pero la victoria proporcionaba a los imperialistas beneficios enormes e incluso en caso de derrota, hasta los imperialistas de los países derrotados salían ganando, como ha sucedido dos veces al imperialismo alemán. Aunque no ganase su país, los imperialistas encontraban en las guerras una salida a sus inextricables contradicciones.

Hoy, una guerra local limitada puede ser la continuación de una política, ejemplo la guerra que libró el pueblo argelino por su libertad y la que llevó a cabo el imperialismo francés para mantener allí su dominación. Esa guerra, de una parte y de otra, era la continuación de una política. Por parte de los argelinos, una política justa, una guerra justa; por parte de los colonialistas franceses, una guerra injusta. La que llevan los patriotas angoleños contra la dictadura de Salazar y la que Salazar libra contra ellos, también eso puede considerarse todavía en esa definición de la guerra como la continuación de una política. Por parte de los angoleños, justa; por parte del imperialismo portugués, injusta. Por eso los comunistas seguimos siendo partidarios de las guerras de liberación en un país concreto, donde

existen condiciones para ello y donde no hay otro camino para alcanzar la libertad.

Pero una guerra mundial, que en las condiciones actuales sería inevitablemente termonuclear, a nuestro juicio, no puede considerarse como la continuación de una política. Por lo que hace a los países socialistas, está claro: los países socialistas no conciben la guerra como la continuación de su política y sólo acudirían a ella para defenderse. Pero incluso para los países capitalistas la guerra mundial termonuclear hoy no es ninguna política. En una guerra termonuclear mundial, los imperialistas no encontrarán mercados, no encontrarán fuentes de materias primas, no encontrarán colonias, pueblos que explotar; y, además, tienen la certidumbre de que serían destruidos, no sólo social, sino físicamente. Ese es el sentido del compromiso contraído por Kennedy en relación con Cuba, el sentido de su discurso en la Universidad de Harvard. En definitiva, los imperialistas no hacen la guerra simplemente para destruir y para autodestruirse. Nuestros maestros nos han enseñado que una clase social no se suicida, pero justamente la guerra termonuclear sería el suicidio para los imperialistas. En una guerra termonuclear mundial los imperialistas no tienen nada que ganar. Y los imperialistas hacen las guerras para ganar. Esa comprensión la va teniendo ya un sector de los imperialistas, y eso no lo decimos nosotros ahora, eso lo decían ya los camaradas chinos en 1956. En su VIII Congreso lo decía Liu Chao-chi en estas palabras: «Incluso dentro del grupo dominante en los Estados Unidos hay personas sensatas que empiezan a comprender poco a poco que la política de guerra no es necesariamente provechosa para Norteamérica». Esa comprensión que los camaradas chinos apreciaban ya en 1956 entre los grupos dominantes en Norteamérica, no puede producirse más que sobre una base objetiva, esa base objetiva es que la guerra mundial en la época de las armas termonucleares ha perdido el sentido que tenía en las guerras clásicas mundiales para los propios imperialistas. Por tanto, frente a ese cambio, frente a esa mutación radical de la guerra que representa la aparición del arma atómica termonuclear, la vieja concepción, justa en el 14-18, elaborada mucho antes por Clausewitz, esa vieja concepción en otro momento justa hoy no lo es. Y ello no significa que no haya un peligro de guerra mientras el imperialismo subsista, mientras subsista un amontonamiento descomunal de armamentos que se desarrollan y perfeccionan diariamente. En el campo imperialista hay sectores extremistas rabiosamente agresivos, como los elementos del Pentágono y los revanchistas alemanes. Pero lo cierto es que la política de coexistencia va arrinconando, reduciendo el área de influencia de estos grupos incluso dentro del capitalismo. Lo cierto es que los sectores más inteligentes del imperialismo, comprendiendo que la guerra no es un camino para su clase, tratan de dividir el campo socialista, explotando las contradicciones, ahondando las fisuras que pueda haber entre los países socialistas. Tratan de disociar el campo socialista, del tercer mundo. Llevan la lucha mucho más activamente que en otros períodos al terreno ideológico y económico y toda esta política del neocolonialismo está ligada a nuevas concepciones que se abren paso en el seno del capitalismo en el sentido de que la guerra ya no es el medio por el cual ellos pueden realizar su política; que es en el terreno de la economía, en el terreno político, en el terreno de la ideología, donde ellos pueden todavía batirse.

Que la vida fuerce a modificar ciertas tesis marxistas-leninistas que envejecen y son superadas, es una prueba de la vitalidad del método marxista-leninista. Y no es sólo ésta de la guerra como continuación de una política la que está superada. Por ejemplo, en el período de la primera guerra imperialista Lenin expuso la tesis de transformar la guerra imperialista en guerra civil. De esa tesis de Lenin en el período de la primera guerra imperialista, sigue siendo justa, sin duda, la crítica a la política social-chovinista de apoyo a los gobiernos burgueses de la socialdemocracia. Pero es evidente que hoy, si Lenin viviera, no plantearía la cuestión de esa manera. Lenin no diría hay que transformar la guerra imperialista en guerra civil. Hoy hay que evitar la guerra, no transformarla, evitar la guerra, porque si se espera a transformarla, será demasiado tarde. Hoy hay que batir a la burguesía de cualquier país que quiera ir a la guerra mundial, incluso por medio de la guerra civil, antes de que la guerra mundial estalle. Porque una vez iniciada la guerra mundial, no habrá transformación de la guerra mundial en guerra civil. En unas cuantas horas se habrán producido destrucciones y aniquilaciones de tal género que no habrá posibilidades de transformar esa guerra mundial en una guerra civil. Y ése es el sentido de la Declaración de los 81, aprobada por los camaradas chinos, cuando afirma que:

«La lucha contra la guerra no debe aplazarse para cuando ésta estalle, ya que entonces podría ser demasiado tarde para muchas zonas del mundo y para su población. La lucha contra el peligro de una nueva guerra mundial debe desplegarse sin esperar a que comiencen a caer las bombas atómicas y de hidrógeno. Esa lucha debe librarse ahora, redoblando los esfuerzos cada día. Lo principal es poner freno a tiempo a los agresores, conjurar la guerra, no dejar que estalle la conflagración».

Y en relación con esto está el problema de la lucha por el desarme. Efectivamente, la lucha por el desarme es una lucha sumamente difícil. Sin embargo, parece que todos somos partidarios de la lucha por el desarme. Ahora bien, camaradas, ¿cómo podemos los comunistas llamar a los pueblos a la lucha por el desarme diciéndoles al mismo tiempo que el desarme es imposible mientras exista imperialismo y Estado? Es decir ¿cómo podemos llamar a los pueblos a una lucha que de antemano declaramos imposible, inútil, utópica? Los pueblos no nos seguirán, no nos harán caso. Los pueblos dirán: «¿A qué estáis jugando?»

Hay que decir que la lucha por el desarme no es una iniciativa nueva. En los primeros tiempos del Poder soviético, Lenin envió a Chicherin, entonces comisario del pueblo de relaciones exteriores, a la Conferencia de Génova con un plan de desarme total y completo que la Unión Soviética en aquellos tiempos defendía. Y entonces era mucho más difícil conseguir el desarme que ahora.

Posteriormente Stalin envió a Litvinov a Ginebra, a la Sociedad de las Naciones, con un plan semejante. ¿Trataban de sembrar, Lenin y Stalin, ilusiones entre los pueblos? No. Trataban de impulsar la lucha de los pueblos en favor de la coexistencia pacífica y de la paz, en favor del desarme. En este punto los camaradas chinos parecen no comprender la ligazón dialéctica que existe entre

la lucha por la revolución y la lucha por el desarme y la paz. Parecen no comprender que la lucha por el desarme y la paz es, objetivamente, una lucha por la revolución y contra el imperialismo. Que masas que no comprenden aún la necesidad de luchar por la revolución, que ideológica y políticamente no van más allá del capitalismo pueden unirse hoy a nosotros —y se unen en muchos casos— y comenzar a luchar contra el imperialismo en las cuestiones del desarme y de la paz; y en esta lucha, esas masas pueden ir adquiriendo una conciencia revolucionaria y pasando a posiciones revolucionarias. No hay que olvidar que las masas aprenden mucho en su propia experiencia, que una experiencia para las masas vale más que cien discursos. Y una prueba de que fuerzas que no van más allá del capitalismo pueden convertirse en la lucha por la paz y en la lucha por el desarme en fuerzas que jueguen objetivamente un papel revolucionario, es el «Movimiento de los Cien» en Inglaterra. No se trata de un movimiento revolucionario, de clase, que plantee objetivos socialistas. Sin embargo, el «Movimiento de los Cien» en Inglaterra desempeña objetivamente un papel muy positivo en la lucha por la paz, por el desarme, y al mismo tiempo en la lucha contra el imperialismo. Cuando la crisis de Cuba, ese movimiento defendió la revolución socialista cubana. Con sus manifestaciones y sus acciones, ese movimiento desenmascara los preparativos de guerra del imperialismo. Son pacifistas nada más, pero en la medida que no son pasivos, en la medida en que su pacifismo es un pacifismo activo, de lucha, objetivamente ese movimiento es un movimiento revolucionario, antiimperialista, anticapitalista, aunque ellos, o una parte de ellos, no sean conscientes.

Pero, además de existir este encadenamiento dialéctico entre la lucha por la paz, por el desarme y la lucha por la revolución, ¿es que puede negarse *a priori* la posibilidad de medidas de desarme? Los mismos camaradas chinos no lo niegan; los mismos camaradas chinos reconocen que es posible ya obtener medidas de desarme. La suspensión de los ensayos termonucleares, aunque es un paso limitado, puede ayudar a crear una atmósfera para pasos mayores más adelante. Y hoy la fuerza del sistema socialista, coaligada con el tercer mundo y con las masas democráticas y pacíficas, puede imponer nuevos pasos hacia el desarme. Pero para eso hay que dar a las masas la perspectiva de un mundo sin armas y sin ejércitos, hace falta apasionarlas con una perspectiva clara. ¿En qué momento habrá ese mundo sin armas y sin ejércitos, en qué grado existirá el imperialismo en ese momento o no existirá, qué quedará del imperialismo y hasta dónde habrá llegado el socialismo? Eso es difícil de saber; pero que la perspectiva de un mundo sin armas y sin ejércitos es una perspectiva que puede ayudar a movilizar a las masas que no están todavía por la revolución (yo no hablo de las masas que siguen a los comunistas, sino de las que no están todavía por la revolución), es evidente. En un mundo donde hay tanta miseria, tanta hambre, tantas injusticias, como consecuencia, entre otras cosas, de la carrera armamentista, del peso tremendo que suponen los ejércitos para la economía de cada país, todo va a depender de la lucha. Cuando se habla de un mundo sin armas, yo creo que al hablar de esas armas nadie se refiere a las porras de los guardias de la circulación, ni siquiera a las pistolas de los agentes de orden público, que son necesarias incluso en un Estado socialista para

perseguir a los delincuentes. Por tanto, ligar este problema de un mundo sin armas al problema de la desaparición del Estado es una cosa completamente irreal. Puede subsistir el Estado y puede subsistir la policía con armas y, sin embargo, ese mundo sin armas, ese mundo sin ejércitos, ser una realidad.

Los camaradas chinos han afirmado que el desarme significa dejar desarmados a los pueblos frente a los imperialistas. ¿Pero quiénes están armados hoy, los pueblos o los imperialistas? ¿Quiénes poseen las armas hoy, los pueblos o los imperialistas? ¿Quién posee en España las armas hoy, Franco o el pueblo español? Si desaparecen los ejércitos y los Estados Mayores, es decir, si ese objetivo llegáramos a realizarlo incluso antes de la desaparición total del capitalismo, ¿es que la lucha de los pueblos bajo el capitalismo no se vería sumamente facilitada? Claro que sí. Sólo donde tenemos el poder tenemos las armas, pero en el resto del mundo no las tenemos, las tienen ellos.

Tampoco se trata del desarme unilateral de los países socialistas; yo creo que eso está claro. La prueba es que la Unión Soviética construye cada vez armas más potentes, que los países socialistas se preparan para la defensa. Esa bandera del desarme sólo puede poner temor en el ánimo de los imperialistas y no en el ánimo de los Estados socialistas y en el ánimo de las masas trabajadoras, de las fuerzas revolucionarias de la sociedad.

Yo quiero decir también dos palabras en relación con esta especie de contraposición que hacen los camaradas chinos a veces entre las masas y el arma termonuclear, diciendo que deciden las masas y no el arma nuclear. Efectivamente, las masas deciden la marcha de la historia, pero sobre la base de un desarrollo material determinado de la sociedad. Yo he puesto ya otra vez un ejemplo. Un puñado de conquistadores españoles, con armas de fuego y con caballos, han dominado a un continente entero, poblado por millones, que se defendió y que luchó. Y el secreto estaba fundamentalmente en las armas de fuego y en los caballos. Camaradas, no hay que darle vueltas, si no existiera el arma termonuclear en manos de la Unión Soviética, los mil millones de seres que pueblan el campo socialista hoy estarían inermes, a la merced del imperialismo armado con el arma termonuclear. Los mil millones hubieran podido ser derrotados por los imperialistas norteamericanos, como los pobladores de América fueron derrotados por los conquistadores españoles. Eso es la realidad. ¿Por qué? Porque las masas deciden el curso de la historia apoyándose en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Tened el ejemplo de nuestra guerra: la mayor parte del pueblo estaba con nosotros, la mayor parte del pueblo quería la victoria y luchó heroicamente; pero triunfaron ellos porque su superioridad en material nunca pudimos contrarrestarla. Es evidente que el arma termonuclear puede cortar o frenar tremendamente el progreso histórico. Precisamente, camaradas, la lucha por la coexistencia, la lucha por la paz, la lucha por el desarme, toda esa estrategia que ha sido elaborada en las reuniones del 57 y del 60 por los partidos comunistas en Moscú, es la estrategia que puede permitir a las masas decidir el curso histórico. Es la estrategia que coloca a las masas en condiciones de desempeñar ese papel decisivo en la historia, que puede impedir que quien decida sea la bomba termonuclear en vez de las masas. Precisamente esa

política elaborada por el movimiento comunista es la única política que permite en las condiciones presentes que las masas sean realmente el motor de la historia, las creadoras de la historia, mientras que una política que permitiese la utilización del arma termonuclear, el surgimiento de la guerra termonuclear, no sería una política que diese a las masas la posibilidad de ser ellas las fuerzas decisivas y creadoras de la historia. Para que las masas decidan, hace falta destruir el arma atómica y hace falta que ese enorme progreso que significa la energía termonuclear sea utilizado a fines constructivos y pacíficos. Por eso, la lucha por la paz, por el desarme, es una parte decisiva de la lucha por la revolución en este momento, por el progreso histórico. Y hay que ver las cuestiones sin apasionamiento, como son; hay que ver con claridad que, en ese orden, las posiciones de los camaradas chinos no son justas y podríamos desembocar con ellas en una situación en que los pueblos sucumbiesen, no tanto bajo el imperialismo como bajo esa tremenda fuerza, ese tremendo descubrimiento de la ciencia que es el arma termonuclear. Y que así las contradicciones de clase, fuesen resueltas por la destrucción de las clases.

LA CUESTION DE LA VIA PACIFICA Y DE LA VIA DE LUCHA ARMADA

SOBRE esta parte, el fondo de la argumentación de los camaradas chinos es, en líneas generales, el siguiente: «Que se intenta erigir la vía pacífica en un nuevo principio estratégico del movimiento comunista internacional», que con ello se trata de «eliminar la lucha revolucionaria de los pueblos», de «renunciar a la revolución proletaria y a la dictadura del proletariado», «que no existe precedente de paso pacífico del capitalismo al socialismo».

Que no se trata de un nuevo principio estratégico del movimiento comunista, éste del paso pacífico, lo dice el que ya en el siglo pasado Marx y Engels preveían la posibilidad del paso pacífico del capitalismo al socialismo en Inglaterra. Por consiguiente, no es ningún «nuevo principio» sino en todo caso un «viejo principio». En esa época Engels defendía la idea del rescate, es decir, la idea de que el interés de los trabajadores, en ciertos casos, podía ser pagar a la burguesía los medios de producción que se le arrebatasen. Lenin, después de abril, durante un cierto tiempo, propugnó la toma pacífica del Poder por los soviets, que entonces estaban dominados por los socialrevolucionarios y mencheviques, y la perspectiva de que los bolcheviques conquistasen el Poder ganando la mayoría en los soviets, de una manera pacífica. Lenin decía entonces del paso pacífico que era una posibilidad rara, pero sumamente valiosa para los trabajadores. Es una confirmación de que ese principio es un «viejo principio» y no un «nuevo principio» que se trata de erigir ahora.

Pero, ¿qué han hecho, a su vez, los camaradas chinos? Hay que referirse siempre al VIII Congreso de su Partido en 1956, que por cierto es el último Congreso que ha hecho el Partido Comunista Chino, y al informe político de Liu Chao-chi en el que se dice:

«Sobre todo después de la terminación de la guerra antijaponesa, nuestro Partido volvió muchas veces a celebrar conversaciones de paz con el Kuomintang a fin de evitar la guerra civil y trató de realizar en China *por vía pacífica* transformaciones político-sociales. En 1946, junto con algunos partidos democráticos, logramos un acuerdo con el Kuomintang sobre *la construcción pacífica* de nuestra patria».

Es decir, también los camaradas chinos, en un momento determinado, propugnaron un paso pacífico en China. Si no tuvieron éxito no fue por su voluntad, y nunca han considerado esto como un error de su Partido. En ese mismo informe se dice:

«Al contrario de lo que sucede a los reaccionarios el pueblo nunca está por la guerra. Incluso en el curso de la guerra —dice Liu Chao Chi— nos esforzábamos por conseguir la liberación pacífica siempre que era posible. Así sucedió, por ejemplo, en Pekín, en la provincia de Suyuan, en las ciudades de Chausa y de Kumin, la parte occidental de la provincia de Sechuan, Sinchian y el Tibet. Después de establecer contactos con el adversario, liberamos *por vía pacífica* estas regiones y ciudades del país».

Incluso en plena guerra, los camaradas chinos buscaban, pues, soluciones pacíficas. Ni ellos han rectificado, ni han criticado ese pasado suyo, ni nadie, que yo sepa, ha considerado nunca errónea su actitud en este orden.

En ese Congreso, el camarada Liu Chao-chi decía:

«La desviación izquierdista de la línea general residía en lo fundamental en exigir la realización del socialismo «de la noche a la mañana», en pedir que se usara de algún procedimiento de expropiación para eliminar a la burguesía nacional como clase; o que se empleara algún método para llevar a la ruina por desplazamiento a la industria y al comercio capitalistas de nuestro país; en no admitir que debemos tomar medidas para avanzar *paso a paso* hacia el socialismo y en *no creer* que podemos llevar a cabo la revolución socialista *por vía pacífica*. Nuestro Partido criticó y rechazó resueltamente ambas desviaciones». «Según las enseñanzas de Marx y Lenin —añadía Liu Chao-chi— en determinadas condiciones históricas es admisible y ventajoso al proletariado seguir la política de rescate con respecto a la burguesía».

Es decir, los camaradas chinos que, extremando sus divergencias acusan ahora de «erigir la vía pacífica en un nuevo principio estratégico», de «renunciar a la revolución y a la dictadura del proletariado», de «traicionar al marxismo», hablaban antes, en su Congreso, exactamente igual como hoy hablamos nosotros y como habla el movimiento comunista internacional. Y fijaros cómo enfocaban los camaradas chinos los problemas, no ya de la coexistencia internacional, sino de la coexistencia entre los partidos burgueses y el Partido Comunista en el período de la dictadura del proletariado:

«La consigna «coexistencia duradera y control mutuo» entre el Partido Comunista y los partidos democrático-burgueses, también es el fruto de las condiciones históricas».

cas, concretas de nuestro país». «El deseo del Partido Comunista y también su orientación política, es la coexistencia duradera con los partidos democráticos». «El control mutuo que desde luego no es unilateral, significa que el Partido Comunista puede controlar a los demás partidos democráticos y éstos asimismo pueden controlar al Partido Comunista. (Del artículo de Mao Tse-tung sobre «La acertada manera de resolver las contradicciones en el seno del pueblo»).

Quiere decir que los camaradas chinos, incluso en el período del socialismo, admitían el control de los partidos burgueses sobre el Partido Comunista y la coexistencia entre dichos partidos, y nadie pensó jamás en condenarles por traición al marxismo, en llamarles revisionistas, a pesar de que ni Marx ni Lenin hablaron nunca del control de los partidos burgueses sobre el Partido Comunista y si hablaron fue precisamente de todo lo contrario, de la lucha del Partido Comunista, no ya contra el control, sino contra los partidos burgueses. Pero era una situación nueva, era una situación distinta, los camaradas chinos la abordaban entonces con un espíritu creador y tenían razón.

Yo recuerdo que en 1956, cuando el VIII Congreso del Partido Comunista Chino, los miembros de la delegación española, encabezada por Dolores Ibárruri, tuvimos una interesante conversación con Mao Tse-tung. Acabábamos entonces de elaborar la política de reconciliación nacional, de vía pacífica, y se la explicamos en detalle. El camarada Mao Tse-tung estuvo absolutamente de acuerdo y nos dijo, como conclusión de su apoyo, una metáfora de esas a las que los chinos son muy inclinados: «Ofrezcan ustedes diez mil años de vida a su burguesía». Nosotros no interpretamos este consejo al pie de la letra porque ni el camarada Mao Tse-tung ni nosotros podíamos pensar en serio en ofrecerle diez mil años de vida a nuestra burguesía. Pero era una metáfora que encerraba una determinada concepción política, que no es esta posición izquierdista, extremista, que vemos defender ahora a los camaradas chinos.

Cuando el XX Congreso ha planteado que, como consecuencia de que las fuerzas del socialismo y de la democracia se han agrandado inmensamente, mientras que el capitalismo se ha vuelto mucho más débil, la posibilidad de realizar la revolución por una vía pacífica e incluso parlamentaria se ha hecho mayor, los camaradas chinos ni rechazaron ni condenaron el XX Congreso. Siempre en el VIII Congreso, Mao Tse-tung ha dicho:

«En el XX Congreso del PCUS recientemente celebrado —hay que decir que Mao Tse-tung pronunció un discurso de diez minutos solamente, unas palabras de introducción— se han aprobado muchas directrices políticas justas, han sido criticados los defectos existentes en el Partido. Puede afirmarse con seguridad que su trabajo alcanzará extraordinario desarrollo».

Y Liu Chao-chi en su informe declaró:
«El XX Congreso del PCUS celebrado en febrero último, ha sido un gran acontecimiento político de importancia mundial».

Y toda la insistencia puesta en subrayar precisamente los

aspectos pacíficos del desarrollo en China, prueba la compenetración que entonces había con esas tesis del XX Congreso.

La idea de utilizar el parlamento en el desarrollo de la revolución no es una innovación de Jruschov ni del XX Congreso, aunque el XX Congreso haya generalizado y desarrollado esa idea. Yo recuerdo que durante la guerra de España, Stalin, Vorochilov y Molotov escribieron, a principios de 1937, una carta a Largo Caballero, que era entonces el jefe del Gobierno, y en esa carta le aconsejaban que, teniendo en cuenta las tradiciones del Parlamento en España, la revolución debía saber servirse de él, como un instrumento de Poder, y darle toda la importancia que tenía.

Es decir, esta idea de la utilización del Parlamento no es una idea nueva. Cuando los mismos camaradas chinos hablan de su *paso pacífico*, hablan de la *coexistencia y control mutuo* del Partido Comunista y de los partidos burgueses, ¿es que puede negarse rotundamente la posibilidad del paso pacífico, es que puede negarse la posibilidad de formas parlamentarias? Precisamente esa forma de control mutuo es una forma, en el fondo, parlamentaria.

Hoy tampoco se puede afirmar rotundamente que no hay casos de paso pacífico al socialismo. Los mismos camaradas chinos, en el VIII Congreso, consideraban el ejemplo de China como el de la aplicación de una vía pacífica para el paso de la fase democrática de la revolución a la fase socialista.

En cuanto a que ha habido liberaciones nacionales sin guerra civil, creo que no hace falta esforzarse por probarlo. Ahí está la India. La mayor parte de esos 44 nuevos Estados que se han constituido, lo han sido sin guerra civil. Y todo eso ha sido posible, camaradas, como explica la Declaración de los 81, porque las fuerzas del socialismo y de la democracia en escala mundial se han agrandado inmensamente y porque el capitalismo se ha vuelto mucho más débil. Porque las fuerzas del socialismo están en condiciones de imponer la coexistencia a las fuerzas del imperialismo y de impedirle agredir, en muchos casos, a los pueblos que quieren su independencia.

Incidentalmente yo quiero hacer una aclaración, camaradas. La vía pacífica (estamos siempre hablando de la vía pacífica al socialismo) no es una consecuencia de la coexistencia pacífica. En esto existe confusión. Existe en muchas personas la creencia de que la vía pacífica está determinada por la coexistencia pacífica, que la coexistencia pacífica impone al movimiento revolucionario un cauce obligatoriamente pacífico. La relación entre ambas, entre coexistencia pacífica en el terreno internacional y vía pacífica en el terreno nacional, es una relación de otro género. Tanto la coexistencia en el terreno internacional, como la vía pacífica en el desarrollo del movimiento revolucionario —en cada país en que es posible la vía pacífica— son una consecuencia de que las fuerzas del socialismo y las fuerzas de la revolución han crecido enormemente. La coexistencia por un lado, la posibilidad de la vía pacífica por otro, se asientan precisamente en esa fuerza que han logrado el sistema socialista y las fuerzas revolucionarias en el mundo de hoy. Pero una no determina la otra; las dos, siendo dos cosas distintas, dependen, sí, de la fuerza lograda por el campo socialista, por las fuerzas de la revolución.

Por tanto, no se trata de eliminar la lucha revolucionaria de los pueblos, no se trata de eliminar la revolución proletaria, sino de apreciar las nuevas posibilidades que existen para la liberación de los pueblos y para el triunfo de la revolución proletaria. Y en relación con esto yo quiero recordar que la Declaración de los 81, sobre la que se basa el movimiento comunista mundial, sobre la que nos basamos nosotros, establece claramente la necesidad de tener en vista las dos vías, de saber optar por la vía armada cuando las condiciones se den para ello en un determinado país; establece que no hay contradicción, incompatibilidad entre la previsión de las dos vías; se puede pasar de la una a la otra. Nosotros hemos dicho, y repetimos, que si no es posible triunfar por la vía pacífica, el camino que estamos siguiendo en nuestro país es también el mejor, el más adecuado para sentar las premisas del paso a la vía de la lucha armada.

EL PAPEL DEL PROLETARIADO Y EL PAPEL DEL MOVIMIENTO NACIONAL EN EL DESARROLLO DE LA REVOLUCION MUNDIAL.

LOS camaradas chinos, en el documento de los 25 puntos, plantean su concepción del papel del movimiento proletario y el papel del movimiento de liberación nacional en la revolución mundial. Ellos afirman que las contradicciones del mundo contemporáneo convergen en Asia, Africa y América Latina. Pero este planteamiento encierra el propósito de mostrar que el movimiento de liberación nacional en esos continentes constituye hoy el centro; la vanguardia del movimiento revolucionario mundial. Al mismo tiempo acusan a otros partidos comunistas de despreciar y de tratar de ahogar la lucha de los pueblos coloniales. Yo creo que cuanto he dicho ya muestra que ni la URSS ni el movimiento comunista « subestiman » ni « desprecian » la lucha de los pueblos coloniales; que aprecian esa lucha en todo su valor.

(A continuación Santiago Carrillo expone una serie de datos concretos sobre la ayuda de la Unión Soviética a los pueblos en lucha por su liberación.)

Como esos casos (ahí está el ejemplo de Cuba) podrían explicarse muchos casos. Ahora bien, ¿qué sucede? La Unión Soviética no alardea sobre esas cuestiones. Porque hay una situación internacional dada; porque lo que interesa no es dar voces, sino ayudar de verdad a los pueblos.

Es evidente que la ayuda de la Unión Soviética ha desempeñado un papel importantísimo en todas esas luchas de liberación. Sin embargo, los camaradas chinos tratan de presentarse como los únicos que apoyan al movimiento de liberación de los pueblos. Y cuando esto se hace ligado a un ataque a toda la política del movimiento comunista mundial, a una embestida demoledora contra la Unión Soviética, hay que pensar que los camaradas chinos lo que intentan es encontrar en los pueblos coloniales el apoyo a sus tesis, a sus posiciones políticas, que no encuentran en los partidos prole-

tarios del resto del campo socialista y de la mayor parte del campo capitalista.

En el fondo, camaradas, hay que decir que este intento de oponer el movimiento de liberación nacional al movimiento del proletariado y a los países socialistas; de halagar al primero considerándole la vanguardia del movimiento revolucionario mundial, es una cierta forma de utilización del nacionalismo y hasta del racismo al revés; es una cierta especulación racista. Yo podría aportar datos escritos que muestran que existe esa especulación con elementos de racismo contra el resto del movimiento comunista mundial.

Camaradas, yo creo que un ejemplo de a los extremos que puede conducir una política no justa, es el hecho de que, contra India, China se alíe prácticamente con el Pakistán, que es un Estado infinitamente más reaccionario y miembro de la OTASE. Pero esto no es lo esencial. Lo esencial es si es cierto o no que las contradicciones del mundo contemporáneo convergen en esos continentes, es decir, si es cierto o no que el movimiento de liberación nacional sea la vanguardia del movimiento revolucionario. Y aquí yo pienso que un marxista no puede tener dudas. La convergencia principal, el centro de todas las contradicciones, es la pugna entre el sistema socialista y el sistema imperialista; es la contradicción entre el campo socialista y el campo capitalista. Y es entre esos dos campos entre los que se libra la batalla esencial, aun sin guerra; y es ahí donde se producen las tensiones más graves y agudas, aunque en otros terrenos se produzcan tensiones importantes, pero secundarias.

Ahora bien, en la contradicción entre ambos sistemas, dentro del campo socialista —y éste es un aspecto en el que quiero pararme unos minutos porque explica nuestra posición— el papel más importante lo desempeña la Unión Soviética. Y en el fondo esa exaltación del papel del movimiento nacional y la subestimación del papel de la contradicción principal, entre el campo socialista y el campo capitalista, es un intento de disminuir el papel mundial de la Unión Soviética.

La realidad es que, protegido y arropado por la URSS y el campo socialista, el movimiento de liberación de las antiguas colonias se ha desarrollado impetuosamente. Pero subestimar la contradicción principal, el papel del campo socialista y de la URSS, disminuir el papel del proletariado revolucionario consciente, para supervalorar el movimiento nacional, equivale a falsificar el leninismo. La alianza de la clase obrera de los países socialistas y del proletariado mundial con la lucha revolucionaria de las naciones oprimidas no se consolidaría si el proletariado y su teoría dejaran de ser en ella el guía, el elemento de vanguardia.

Camaradas, hay quien nos reprocha que somos unos «seguidistas» de la Unión Soviética, que siempre vamos detrás de las posiciones del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los camaradas chinos afirman ahora que Moscú nos dirige «a la batuta». Antes que lo repitieran los camaradas chinos, eso lo han dicho otros «de cuyo nombre no quiero acordarme». Vosotros lo habréis leído y lo habréis oído más de una vez, muchas veces, a los franquistas. Eso es calumniarnos. Sí, es verdad, efectivamente, que nuestro Partido se ha formado durante largos años en el espíritu de la solidaridad y de la defensa de la Unión Soviética, como la primera revolución socialista en el mundo. Y que los comunistas españoles hemos conside-

rado siempre la defensa de la Unión Soviética, frente a los ataques del imperialismo, como un deber sagrado. ¿Por qué? Porque la Unión Soviética era nuestro primer triunfo, el punto de partida. Y porque la derrota de la Unión Soviética hubiera significado la derrota del comunismo y el aplastamiento del movimiento obrero para generaciones y generaciones. Y nos hemos batido y hemos defendido a la Unión Soviética con todas nuestras fuerzas.

En el período actual, los comunistas debemos considerar la defensa del campo socialista —como dice la Declaración de los 81— como nuestro primer deber internacionalista. Pero dentro del campo socialista, quien lleva el peso principal, quien asume la responsabilidad decisiva por la defensa, por el mantenimiento, por la consolidación del campo socialista es la Unión Soviética. Yo decía antes que sin la Unión Soviética, sin su ciencia y su técnica, el campo socialista habría sido batido por el imperialismo. Y es claro que nosotros consideramos todo ataque a la Unión Soviética, toda agresión política a la Unión Soviética como una amenaza contra el campo socialista y contra el movimiento comunista internacional. Y esto no porque los soviéticos sean rubios o morenos, no porque haya estepas nevadas en Rusia, no porque nos guste el vodka o el caviar, sino por lo que significa la Unión Soviética para el campo socialista y para el movimiento comunista mundial. Nosotros no damos la razón a los camaradas soviéticos por sistema ni porque nos dejemos conducir «a la batuta». Si alguna vez no coincidiéramos, en un punto cualquiera, con los camaradas soviéticos, se lo diríamos con toda tranquilidad. Por ejemplo, nosotros no hemos disimulado, en absoluto, que sobre la forma en que los camaradas soviéticos han abordado últimamente los problemas ideológicos nuestro Partido tiene ciertas reservas. Pero la defensa de la Unión Soviética, la defensa de la línea general que siguen la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional, la no transformación de discrepancias sobre aspectos parciales en una piedra de escándalo contra la Unión Soviética, en un ataque contra la Unión Soviética, eso lo seguimos considerando nosotros hoy, como ayer, fundamental para el campo socialista y para el movimiento comunista.

En la posición de los camaradas chinos sobre la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista, está también el problema del papel de la lucha del proletariado en los países capitalistas. Esa concepción encierra también una subestimación del papel de la lucha del proletariado en dichos países. La lucha del proletariado en países como Francia, Italia y otros no es fácil; es verdad que esos camaradas no han tomado el Poder, pero también es verdad que esos camaradas no han tenido las condiciones objetivas que han existido en otros países para tomar el Poder. En Francia e Italia ha habido la ocupación americana, ha habido toda una serie de factores que han impedido a los comunistas franceses e italianos llegar al Poder en el período, por ejemplo, de la guerra. Pero, camaradas ¿se puede subestimar por eso la lucha del proletariado francés y del proletariado italiano? Creo que sería profundamente injusto. La realidad es que la lucha del proletariado francés y del proletariado italiano es uno de los factores básicos de esta nueva tendencia, que empieza a aparecer, hacia una evolución democrática en Europa, hacia una modificación democrática de la situación en Europa, hacia una renovación de la democracia. Tendencia que comienza a manifestarse, de la que hay ya los primeros signos anunciadores; y esa renovación de la democracia en Europa occidental,

si se afirma y se desarrolla, tendrá una importancia enorme para toda la revolución mundial.

Para concluir sobre este punto, quiero añadir que me parece la posición de los camaradas chinos profundamente errónea. En el fondo, esa posición es un intento de disminuir el papel de los países socialistas y el papel del proletariado de los países capitalistas, que al fin y al cabo son las fuerzas de vanguardia, las fuerzas más profundamente revolucionarias, aquellas que, según nuestra teoría y nuestra práctica, han abierto el camino a la liberación de los pueblos coloniales y marchan en vanguardia de la historia.

EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO, LAS RELACIONES ENTRE PARTIDOS COMUNISTAS, LA UNIDAD.

QUIERO referirme a los problemas del internacionalismo proletario, a las relaciones entre partidos, a la unidad del movimiento comunista.

Hay que reconocer, camaradas, que estas cuestiones son planteadas de una manera extraña en el documento de los 25 puntos. Porque partiendo de que en el pasado el criterio del internacionalismo proletario se medía por la actitud hacia la Unión Soviética, continuando porque ese criterio se mide hoy por la actitud hacia el conjunto del campo socialista, se termina afirmando claramente que el criterio del internacionalismo proletario lo da en definitiva la lucha contra la política de la Unión Soviética. De ese planteamiento de los camaradas chinos se desprende que el criterio del internacionalismo proletario hoy es la toma de posición contra las posiciones del PCUS y en favor de las posiciones del Partido chino.

La defensa del campo socialista es nuestro primer deber internacionalista. Pero ¿cómo es posible contraponer *campo socialista* y *Unión Soviética*, y no considerar que la defensa de la Unión Soviética sigue siendo lógicamente nuestro primer deber internacionalista? No puede negarse que dentro del campo socialista la Unión Soviética representa un papel particular, de vanguardia; la responsabilidad por la defensa y el reforzamiento de dicho campo recae principalmente sobre la URSS. La responsabilidad por ciertas decisiones de política internacional, también. Cuando hay que defender Cuba, ¿quién está en primera línea? La Unión Soviética. Cuando hay que detener la agresión a Egipto, ¿quién toma la iniciativa y la responsabilidad de hacerlo? La URSS. Cuando hay que aplastar la contrarrevolución en Hungría, ¿quién da directamente la mano a los comunistas húngaros? La URSS. Cuando hay que parar los pies a los revanchistas alemanes que sueñan con atacar a la República Democrática Alemana, ¿en dónde está la garantía del fracaso de los planes de Adenauer y consortes? En la URSS. La industrialización de los países socialistas se lleva a cabo esencialmente con ayuda de la URSS. Mao Tse-tung lo dice en su artículo «*Sobre la acertada manera de resolver las contradicciones en el seno del pueblo*»:

«Para transformar la China en un país industrial debemos estudiar diligentemente la experiencia avanzada de la

Unión Soviética. Desde hace ya cuarenta años, la URSS edifica el socialismo; su experiencia es muy valiosa para nosotros. Veamos quién ha proyectado y equipado para nosotros tantas fábricas importantes. ¿Acaso los EE. UU.? ¿Inglaterra, tal vez? No; sólo lo hace la Unión Soviética, porque es un país socialista, aliado nuestro».

El reconocimiento del papel y el prestigio de la URSS no es una actitud de «seguidismo»; es un reconocimiento de la realidad, un aspecto esencial de la actitud hacia el problema de la unidad y el fortalecimiento del campo socialista y del movimiento obrero y comunista internacional.

Por eso nosotros reprobamos el llamamiento de los camaradas chinos a combatir la política del PCUS y de la URSS, y sus acusaciones infundadas, como un atentado contra la unidad y la potencia de las fuerzas del socialismo.

Conviene decir algunas palabras sobre la situación de la URSS y del PCUS en el campo socialista y en el movimiento comunista internacional.

Hubo un período, el período de la Internacional Comunista, en que las relaciones entre los partidos eran de otro tipo que hoy. La Internacional Comunista era un partido internacional, regido por el principio del centralismo democrático. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, cuando no estaba reunido el Congreso de la Internacional, era la autoridad máxima sobre los partidos comunistas y sus decisiones tenían que ser acatadas por éstos. Posteriormente el Partido Comunista triunfó en otros países que ya no son sólo la Unión Soviética, el movimiento comunista se desarrolló, se extendió a numerosos países en los que en el período de la Internacional no había Partido. Con ello surgió una diversidad de problemas, de situaciones, se desarrolló un proceso, en el cual yo no me voy a detener, que han llevado a la transformación de lo que fue la Internacional Comunista en movimiento comunista y obrero internacional. Este cambio no es un simple cambio de forma; es un cambio profundo en la estructura, en las reglas del movimiento comunista internacional. Ese cambio supone que en el movimiento comunista ya no hay dirección centralizada; ya no hay un Comité Ejecutivo que decide de la táctica, de la línea, de la dirección de cada partido comunista. Este cambio supone que sobre una base ideológica y política general común, cada partido tiene una gran libertad de iniciativa. Y ningún partido tiene la posibilidad de imponer a otro sus decisiones, su línea, ningún partido puede —digamos— imponer su voluntad a los demás. La realidad es que hoy en el movimiento comunista internacional cada partido elabora, por su cuenta, su línea y es único responsable ante su pueblo y ante el proletariado internacional de sus éxitos y de sus errores.

En el período de la Internacional Comunista había un partido dirigente dentro de la Internacional Comunista, era el Partido Comunista de la Unión Soviética, el Partido Bolchevique. Era el primer partido que había hecho la revolución, era el partido que tenía más experiencia, él jugaba un papel dirigente. Igual que en el siglo pasado y a principio de éste el partido dirigente en el movimiento socialdemócrata de aquella época era el Partido socialdemócrata de Alemania, el más fuerte, el más poderoso, el más desarrollado, el más rico teóricamente entonces. Después de la des-

aparición de la Internacional Comunista, un poco por inercia, se siguió considerando bastante tiempo al P.C.U.S. como partido dirigente. En el XX Congreso y más tarde en la reunión del 57, los soviéticos mismos plantearon la cuestión:

«No hay partido dirigente en el movimiento comunista, no puede haber partido dirigente; la dirección es el conjunto del movimiento comunista. Puede haber destacamentos de vanguardia, los que han ido más lejos, pero no hay partido dirigente».

En esas discusiones, quienes insistieron hasta el final en favor de un partido dirigente, fueron precisamente los camaradas chinos. Los camaradas chinos, Mao Tsé-tung personalmente, en la Conferencia del 57 estuvieron insistiendo en el partido dirigente y sobre el papel dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética. Pero los demás partidos aceptamos la propuesta soviética que correspondía a la realidad, a la nueva situación.

Cuando nosotros, por ejemplo, hemos elaborado nuestra línea de reconciliación nacional, nosotros no hemos ido a pedir «directrices» ni a los camaradas soviéticos ni a los franceses ni a los italianos. Esa política la ha elaborado nuestro Partido, la hemos elaborado nosotros, los comunistas españoles, y si es justa o si es falsa, la responsabilidad es única y exclusivamente nuestra. Lo mismo sucede en los demás partidos. Nuestros dirigentes no los designa nadie desde fuera; los designamos o los quitamos nosotros, los comunistas españoles. Por eso resulta grotesco leer en la prensa española, estos días, que yo «estoy en desgracia» en Moscú y voy a ser destituido. Puede suceder que un día yo cometa errores importantes, o no esté en condiciones de ocupar el cargo para el que el Partido me ha nombrado, y sea reemplazado. Pero no es en Moscú donde van a preocuparse de ese asunto, en todo caso sería nuestro Partido quien se preocuparía y quien lo resolvería con plena autonomía.

Por eso era justo dejar de plantear que el P.C.U.S. es el partido dirigente como lo era en los tiempos de la Internacional Comunista. Y los soviéticos tenían razón, reflejaban la realidad, al plantear que no debía hablarse ya más de partido dirigente. La publicidad, la consagración abierta de esta situación de hecho, ha favorecido a los partidos comunistas, ha contribuido a reafirmar más la personalidad nacional de los partidos comunistas y a segar el terreno bajo los pies de los que tratan de presentar a los comunistas como «agentes del extranjero».

En la declaración de los 81, al P.C.U.S. se le caracteriza únicamente como el «Partido de vanguardia», es decir, como el partido que va por delante en la construcción del socialismo y el comunismo. Se elaboraron reglas para las relaciones entre los partidos, y esas reglas, expuestas en la declaración de los 81 afirman:

«Todos los partidos marxistas-leninistas son independientes e iguales, elaboran su política partiendo de las condiciones concretas de sus países, sobre la base del marxismo-leninismo y se prestan apoyo unos a otros. Cada partido es responsable ante la clase obrera y los trabajadores de su país y ante todo el movimiento obrero y comunista internacional».

Así se desenvuelve hoy el movimiento comunista. Esa es la realidad.

De ahí que cuando hoy se dice, por parte de los camaradas chinos que los que hoy están en minoría pueden llegar a estar en mayoría e imponer su opinión, nosotros no estemos de acuerdo, como tampoco nos parece justo afirmar que los camaradas chinos tienen que someterse a las «reglas de mayoría».

En el movimiento comunista no puede haber hoy imposición de la mayoría ni revancha de la minoría, porque no es un partido. En el movimiento comunista hoy puede haber, y hay, acuerdos sobre las cuestiones fundamentales de principio, ideológicas, sobre las tareas que son generales y comunes al movimiento comunista internacional. Pero ese acuerdo no puede imponerse por mayoría, ni revocarse por la conquista de la mayoría de parte de quienes hoy son minoría; ese acuerdo no puede conseguirse más que mediante la discusión, mediante la persuasión, mediante el análisis y el estudio de la experiencia, y la asimilación de esa experiencia. Ese acuerdo no puede lograrse hoy más que por el convencimiento. No hay otra forma de unidad, no hay otra forma de que el movimiento comunista sea en la escala internacional una misma voluntad de acción, que la discusión y el convencimiento, que exigen la paciencia y el respeto mutuo para llegar a bases comunes de acuerdo. Digo esto para insistir en que en las relaciones entre los partidos comunistas tienen que respetarse las particularidades, la autonomía de cada partido. Lo que debería ser siempre una regla para todos es el respeto a los principios del marxismo-leninismo, el mantenimiento de la discusión sobre un terreno ideológico y de principios, sobre un terreno de camaradería y la defensa a todo precio de la unidad del campo socialista y del movimiento obrero y comunista mundial.

Ahora bien, ¿qué están haciendo los camaradas chinos? Están llevando la escisión a varios partidos comunistas. Han escindido el Partido comunista de la India. Han apoyado la creación de un Partido comunista escisionista en el Brasil, compuesto por ciertos elementos que se alejaron del verdadero Partido comunista del Brasil que dirigen Prestes y otros camaradas después del XX Congreso del PCUS. Una escisión semejante ha sido provocada por el Partido Comunista Chino en Bélgica.

La misma conducta escisionista persiguen en los movimientos internacionales de masas, tales como la F.S.M., el Movimiento de partidarios de la paz, las Federaciones internacionales de mujeres y jóvenes, los estudiantes, etc. En organismos no comunistas, que tienen un carácter de masas, con una política muy amplia, los camaradas chinos pretenden imponer la aprobación de sus posiciones extremistas, con eso alejan de nosotros a todos los que no son comunistas, debilitan el frente de la paz. Hay que reconocer que esa política guarda profunda semejanza con la del trotskismo.

Objetivamente, en las iniciativas escisionistas chinas, hay un intento larvado de crear una nueva internacional, un nuevo Partido internacional centralizado, dirigido desde Pekín. Quieren poner a los partidos comunistas bajo su batuta, hacer retroceder al movimiento comunista hacia el pasado, alejarlo de las masas.

Es lógico que nuestro Partido responda a los dirigentes chinos: ¡No! ¡Por ahí no pasamos!

De pasada, camaradas, yo quiero decir que quienes decidieron con más entusiasmo en 1956 el cambio de relaciones con Yugoslavia en el movimiento comunista internacional fueron quizá los camaradas chinos. Y que Mao Tse-tung, personalmente, en ese momento, cuando los yugoeslavos no habían dado todavía los pasos que han dado ahora, saludaba y felicitaba al camarada Tito y a los camaradas yugoeslavos por los éxitos obtenidos en la construcción del socialismo. Yo recuerdo las palabras del camarada Mao Tse-tung en la conferencia del año 57, cuando los yugoeslavos no querían firmar, y no firmaron, la declaración: «Paciencia; si no firman ésta, ya firmarán la próxima; si no firman la próxima, firmarán la siguiente. En estas cuestiones —dijo— hay que tener mucha paciencia». Todos estuvimos de acuerdo con él.

EL PROBLEMA DEL ESTADO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA.

BREVEMENTE sobre otro punto, la crítica a la forma del Estado en la Unión Soviética, a los cambios introducidos por el programa del XXII Congreso, sobre las cuestiones de la dictadura del proletariado y del partido obrero. La crítica de los camaradas chinos considera que el hecho de proclamar que en la URSS ya no hay una dictadura del proletariado sino un Estado de todo el pueblo, y que el Partido Comunista es ya el partido de todo el pueblo es una especie de traición al proletariado, es el comienzo de una degeneración, de una vuelta al capitalismo. En realidad, esos cambios establecidos en el programa del P.C.U.S. no son sino el reconocimiento de una situación real en la Unión Soviética, donde han desaparecido las clases antagónicas, donde ya no hay antagonismos de clase, ya que las clases de los obreros y los campesinos, son dos clases trabajadoras, dos clases amigas. En cuanto a la burguesía, en cuanto a las clases dominantes, éstas han desaparecido totalmente. En esa situación ¿la dictadura del proletariado contra quién? Si ha desaparecido la burguesía, si han desaparecido las clases antagónicas, ¿contra quién se ejerce la dictadura del proletariado? En rigor en la Unión Soviética ha desaparecido también el proletariado; en la Unión Soviética no hay proletariado, en el sentido científico del término. Porque el proletariado es la clase desposeída de todos los medios de producción, la clase que no tiene más que su fuerza de trabajo, que se ve obligada a vender. Desde el momento que la Unión Soviética es un país socialista, el proletariado ya no está desposeído de los medios de producción, el proletariado es el propietario, a través del Estado socialista, de los medios de producción. Por consiguiente deja de ser proletariado. ¿Por qué seguir conservando formalmente esa fórmula de dictadura del proletariado? Efectivamente, en la Unión Soviética el Estado es ya un *Estado de todo el pueblo*, porque no hay clases antagónicas, porque las clases explotadoras han sido eliminadas. Aunque en ese Estado, lo mismo que en el Partido, la clase obrera siga desempeñando un papel muy importante, fundamental.

En realidad, la experiencia soviética en ese punto, es la confirmación de los principios del marxismo leninismo sobre el Estado. Los marxistas consideramos que el Estado es una fórmula

transitoria, que el Estado desaparecerá, se extinguirá a medida que el socialismo triunfe, desaparezcan las clases explotadoras y los antagonismos de clase, y se construya el comunismo. Esa transformación del Estado soviético en Estado de todo el pueblo es —aunque ese proceso sea todavía largo, porque queda enfrente el sistema imperialista y la necesidad de tener fuerzas armadas y de tener un servicio de información para luchar contra el espionaje del imperialismo, y la necesidad de tener ejércitos y armamentos—, la transformación de la dictadura del proletariado en un Estado de todo el pueblo, es un paso ya en la vía hacia la desaparición del Estado, proceso que requerirá aún mucho tiempo para culminarse.

¿Dónde está, desde el punto de vista teórico, la confusión voluntaria o involuntaria de los camaradas chinos? En que ellos confunden dos partes del leninismo, dos partes del marxismo. Confunden la crítica de Lenin a las posiciones idealistas, burguesas, socialdemócratas sobre el Estado de quienes sostienen que en la sociedad capitalista puede haber un Estado de todo el pueblo, cosa imposible; ya que el Estado es el instrumento de las clases dominantes y no puede haber un Estado que sea a la vez de la burguesía y del proletariado; aplican la crítica sobre el sedicente «Estado de todo el pueblo» en el capitalismo al Estado del socialismo, en que el proletariado, con su dictadura, ha liquidado las clases explotadoras, ha creado una sociedad sin clases antagónicas, y ya no tiene sobre quién ejercer su dictadura. Ese Estado es ya, verdaderamente, un Estado de todo el pueblo.

Pero, aquí también, los camaradas chinos entran en oposición con muchas de las elaboraciones teóricas muy interesantes que ellos mismos han hecho anteriormente. El camarada Mao Tse-tung ha elaborado la teoría que se llama «De la dictadura de la democracia popular». Mao Tse-tung se refería a la dictadura de la democracia popular, como la forma del poder en la fase democrática de la revolución china antes del paso al socialismo y Mao Tse-tung define la dictadura de la democracia popular que va a ejercerse en un período en que las clases capitalistas no están liquidadas, en un período en que hay capitalismo, como la dictadura de todo el pueblo. Porque Mao Tse-tung engloba en el concepto pueblo los obreros, los campesinos y la burguesía no ligada al imperialismo, la burguesía nacional. Y lo que parece increíble es que Mao Tse-tung, que acepta la dictadura de *todo el pueblo*, la dictadura de tres clases distintas, una de ellas antagónica, todavía en el capitalismo, niegue la realidad del *Estado de todo el pueblo*, cuando ya no existe burguesía, cuando ya no existen clases antagónicas, cuando no hay más que clases trabajadoras amigas, calificándolo de «revisiónismo», de «liquidación» de la Revolución. Es evidente que ésa es una contradicción profunda de las posiciones de los camaradas chinos, que deberían analizar más despacio, para ver a qué extremos de inconsecuencia puede llevar una línea errónea.

EL CULTO DE LA PERSONALIDAD.

LOS camaradas chinos dicen ahora que haber denunciado el culto de la personalidad es erróneo y nocivo; es oponer las masas a los jefes. Este planteamiento es otra de las pruebas de una

evolución malsana de las posiciones de los camaradas chinos. La polémica, la lucha les ha conducido muy lejos, a rectificar los acuerdos de su VIII Congreso, a negarse ellos mismos.

El 5 de abril de 1956, el «Diario del Pueblo» publicó un artículo «Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado» que editaron y difundieron posteriormente en muchas lenguas, con una nota aclaratoria diciendo:

«Refleja las discusiones habidas en la reunión ampliada del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de China».

Es decir, la posición oficial de la dirección china. Está escrito inmediatamente después del XX Congreso. Voy a leer algunos extractos.

«El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética ha sintetizado las nuevas experiencias adquiridas en las relaciones internacionales y en la edificación de su país y ha adoptado una serie de importantes decisiones: sobre la firme realización de la política leninista con respecto a la posibilidad de la coexistencia pacífica de Estados con diferentes sistemas sociales, sobre el desarrollo de la democracia soviética, sobre la rigurosa observación del principio de la dirección colectiva en el Partido, sobre la crítica de las deficiencias en el Partido, sobre la aprobación del VI Plan Quinquenal de desarrollo de la economía nacional en la U.R.S.S., etc. La cuestión de la lucha contra el culto de la personalidad ha ocupado un lugar importante en el trabajo del XX Congreso del PCUS. El Congreso ha expuesto con toda franqueza la difusión alcanzada en la vida soviética durante un largo período por el culto de la personalidad, que ha hecho cometer muchos errores en el trabajo y ha acarreado indeseables consecuencias. Esta valiente autocrítica de los pasados errores del Partido Comunista de la Unión Soviética testimonia los elevados principios que alientan en la vida interior del Partido y la gran vitalidad del marxismo-leninismo.»

«¿Acaso la crítica y la autocrítica que los comunistas realizan en el seno del partido no son prueba palmaria de que nosotros, los marxistas-leninistas, siempre hemos negado la existencia de «semidioses» que jamás cometen errores más o menos graves?».

«...todo dirigente debe ser en extremo prudente y modesto, mantener estrecho contacto con las masas, tomar consejo de ellas, estudiar reiteradamente la situación real y ejercer de continuo la crítica y la autocrítica de acuerdo con las circunstancias y en la medida adecuada. Precisamente por no haber obrado así es por lo que Stalin cometió en el último período de su vida algunos errores graves, en su labor de principal dirigente del Partido y del Estado. Se envaneció, dejó de ser prudente, cayó en el subjetivismo, en la unilateralidad de sus puntos de vista; y adoptó decisiones erróneas sobre algunas cuestiones de importancia, lo que acarreó funestas consecuencias».

«Stalin tuvo el error de subestimar desmesuradamente su propio papel y contrapuso su poder personal a la dirección colectiva, a consecuencia de lo cual algunos de

19
070711
-17
37

sus actos estaban en contradicción con determinadas tesis fundamentales del marxismo-leninismo que él mismo había propagado. Por una parte reconocía que el pueblo es el creador de la historia, que el partido debe mantener siempre la ligazón con las masas y desarrollar la democracia interna, así como la autocritica y la crítica de la base. Pero, por otra parte, aceptaba y estimulaba el culto de la personalidad y tomaba arbitrarias decisiones personales. Así pues, en el último período de su vida, Stalin incurrió en una contradicción entre la teoría y la práctica en lo que a esta cuestión se refiere».

«En el último período de su vida Stalin se dejó llevar cada vez más por el culto de la personalidad; violó el principio del centralismo democrático adoptado por el Partido, violó el principio de combinar la dirección colectiva con la responsabilidad individual. Todo ello le condujo a errores tan graves como las extralimitaciones en la lucha contra los contrarrevolucionarios; como el de no adoptar las medidas preventivas necesarias en vísperas de la guerra contra el fascismo; como el error de no prestar la debida atención al ulterior ascenso de la agricultura y del bienestar material de los campesinos.»

«El culto de la personalidad es el reflejo de un fenómeno social en la conciencia de los hombres; y cuando un dirigente del Partido y del Estado de la talla de Stalin cae bajo la influencia de esta ideología atrasada, el hecho repercute a su vez en la sociedad, perjudica nuestra causa y frena la iniciativa y la actividad creadora de las masas populares».

«La lucha contra el culto de la personalidad desplegada en el XX Congreso del PCUS es una lucha valiente y grandiosa de los comunistas y del pueblo de la Unión Soviética para eliminar los obstáculos ideológicos que se interponen en su marcha hacia el progreso»

«...todo dirigente del Partido o del Estado que se aparte de la dirección colectiva, de las masas populares y de la vida real, adquirirá inevitablemente excesiva rigidez de pensamiento lo que le llevará a cometer graves errores. Debemos estar vigilantes para evitar que cuando el Partido y el Estado alcancen éxitos importantes en su trabajo y adquieran gran confianza en las masas populares, algunos puedan aprovechar esta confianza para abusar de su autoridad cayendo así en el error»

«El Partido Comunista de China felicita al Partido Comunista de la Unión Soviética por los grandes éxitos alcanzados en su lucha contra el culto de la personalidad, lucha de importancia histórica».

La misma posición fue aprobada poco después en el VIII Congreso y reiterada el 29 de Diciembre de 1956, en otro editorial del «Diario del Pueblo»: «Nuevas consideraciones sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado».

¿Cómo explicarse que ahora digan que haber denunciado el culto de la personalidad fue erróneo y nocivo?

Es evidente que la denuncia del culto de la personalidad ha

representado un gran progreso en los países socialistas y en el movimiento obrero y comunista mundial; en el enriquecimiento y desarrollo de la teoría, en la solución de problemas económicos, en el reforzamiento de la democracia y la participación de las masas en la vida del partido y del Estado.

No se trata de oponer las masas a los jefes; sino de restablecer la concepción marxista sobre el papel de los jefes y las masas; de restablecer el equilibrio entre las nociones del centralismo y la democracia dentro del partido y bajo la dictadura del proletariado.

Por el momento no me extenderé más sobre este punto.

¿DE DONDE PROVIENEN LOS ERRORES DE LOS CAMARADAS CHINOS?

¿QUIERE decir, todo lo anterior, que no haya nada acertado en el documento en 25 puntos del Partido Comunista Chino? Sin duda en ese documento hay una serie de apreciaciones justas; son aquellas en que se repiten más o menos las tesis ya aprobadas por el movimiento comunista internacional. Pero cada una de esas apreciaciones justas, en el documento es contrarrestada por un juicio contradictorio que la pone en duda. Lo dominante, lo característico de ese documento son, a mi juicio, los aspectos que he criticado.

En resumen ese documento contiene una posición dogmática, un ataque a la política de coexistencia, una amenaza de ruptura del campo socialista y del movimiento comunista mundial. Está escrito con un método reprobable: atribuir a los demás posiciones que no sostenemos, atribuirnos propósitos que no alentamos para «pulverizarnos» más fácilmente. Como método de discusión entre camaradas éste es inaceptable.

¿Dónde está el origen de esta línea errónea de los camaradas chinos? ¿Por qué un partido que ha sido capaz de una lucha y una victoria tan extraordinarias ha llegado a estos extremos?

La respuesta no es simple ni fácil.

A mi juicio una de las razones está en el fracaso de la política del «gran salto». En oposición a los acuerdos de su VIII Congreso los camaradas chinos quisieron resolver el problema de la industrialización del país demasiado de prisa: «sobrepasar a Inglaterra» en un plano imposible. El movimiento de los hornos fue un despilfarro enorme y no aumentó la producción de acero. También parece que las comunas populares hayan tenido efectos contraproducentes en la agricultura; queriendo ir demasiado de prisa, los camaradas chinos han prescindido de la valiosa experiencia de la URSS y de otros países socialistas.

Esa política fue un fracaso. Y en vez de la autocrítica, de la corrección abierta y sincera de los errores, se insistió y se profundizó en el error.

Los camaradas chinos olvidaron sus propias palabras sobre el peligro del divorcio entre la práctica y la teoría. Ellos mismos habían escrito:

«... los órganos dirigentes de nuestro Partido deben pro-

curar que los errores no pasen de faltas aisladas, pasajeras, parciales; y no permitir que los errores aislados parciales, e incipientes crezcan hasta convertirse en errores de magnitud nacional o subsistan largo tiempo».

Olvidaron también la enseñanza de Lenin:

«Cuán cierto es que de un pequeño error se puede siempre hacer uno monstruosamente grande, si se insiste sobre él, si se profundiza por encontrarle razones y si se quiere «llevarlo hasta las últimas consecuencias».

Esto es lo que estamos viendo en las posiciones de los camaradas chinos.

Un aspecto inquietante es que desde 1956 no ha vuelto a celebrarse el Congreso del Partido Comunista de China, a pesar de sus estatutos; es algo parecido a lo que pasó en la Unión Soviética en el último período de la vida de Stalin. Indica que los métodos del culto de la personalidad impregnan la actividad de los dirigentes chinos. La experiencia nos ha enseñado a saber cuán grave puede resultar esto.

Es una polémica dolorosa; pero ningún Partido Comunista puede evitar tomar posición; ningún Partido Comunista puede rehuir su responsabilidad en la defensa de la línea y de la unidad de todo el movimiento y en el esfuerzo crítico para hacer comprender a los camaradas chinos que se equivocan.

... los servicios de los centros de trabajo...
... las actividades y los programas...
... de carácter nacional y regional...
... también la actividad de los...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...

... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...

... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...
... en el campo de la cultura...

MINISTERIO DE CULTURA



Contra un falso y peligroso derrotero

LA actitud violentamente hostil de los dirigentes chinos contra el Tratado de Moscú, que el mundo ha recibido con alegría, considerándolo como una conquista real de las fuerzas de la paz, como un paso importante hacia nuevos acuerdos, en el camino del desarme general, no es sólo un gran error político de Pekín.

Es la demostración palmaria, evidente, de cuán ajenos son los dirigentes chinos a los sentimientos y aspiraciones de las masas populares de todos los países, incluida China, y en qué medida han arrinconado en sus demagógicas elucubraciones el humanismo socialista.

Esa impolítica condenación hecha por los dirigentes chinos del Tratado que comporta la suspensión de los ensayos nucleares en la atmósfera, en el Cosmos y bajo el agua, de lo que toda la Humanidad va a beneficiarse, no es desgraciadamente un hecho aislado esporádico.

Es un eslabón más de la cadena de negaciones, de repulsas, de actos enemistosos que desde hace una serie de años y con diferentes pretextos, han puesto en marcha los dirigen-

tes de Pekín contra la Unión Soviética y contra el movimiento comunista que rechazan la estrechez y el sectarismo de las concepciones chinas.

Volviéndose hacia un pasado reciente, los chinos encabezan su capítulo de acusaciones contra el Partido Comunista de la Unión Soviética, por su denuncia del culto a la personalidad, que según los dirigentes pekineses asestó un golpe demolidor al movimiento comunista.

¿Cómo explican entonces el reforzamiento de los Partidos Comunistas desde 1956 y el crecimiento de su influencia entre las masas, hecho evidente en la mayoría de los países?

Los métodos de dirección que entrañaba el culto a la personalidad, y que posiblemente continúan en uso en China, frenaban el desarrollo de los Partidos Comunistas por falta de democratismo; mataba la iniciativa de los comunistas, que temían equivocarse; y el aparato dirigente, falto del consejo, de la opinión, de las sugerencias de los camaradas sencillos que, a veces, no conocían « El Capital », pero que sabían de la vida y las necesidades de los trabajadores, se anquilosaba, enfer-

maba de arterioesclerosis política.

La denuncia y liquidación de tales métodos, que habían llevado a una brutal violación del humanismo socialista y del leninismo, fortaleció a los Partidos Comunistas; los liberó de una serie de amarras políticas que la costumbre estableció, y los hizo más ágiles, más leninistas, más internacionalistas por más nacionales, y aunque los chinos piensen de otra manera el XX Congreso del PC de la URSS queda marcado con piedra blanca, en la vida de cada partido, en todo el movimiento comunista internacional.

Los dirigentes de Pekín han venido manteniendo una oposición sistemática a la política de coexistencia propugnada y defendida por la Unión Soviética y se pronuncian contra el desarme, y contra la política de paz del Gobierno soviético, que es respaldada por el apoyo de decenas de millones de hombres y mujeres de todos los países, pertenecientes a las más distintas clases sociales, religiones y grupos políticos.

Ahora ponen el grito en el cielo contra el Tratado de Moscú, que es ya un Tratado universal firmado por cerca de cien países, acusando al Partido Comunista y al Gobierno soviético de haber capitulado ante el imperialismo.

Pero ¿son éstos realmente los motivos que impulsan a los dirigentes de Pekín a enfrentarse con el movimiento comunista internacional, tratando de imponer por encima de las Declaraciones y Resoluciones de Moscú de 1957 y de 1960, una nueva línea, un nuevo programa que tanto recuerda al aventurerismo seudorrevolucionario que Lenin fustigó en su aleccionadora y siempre actual obra, « El izquierdismo, enfermedad infan-

til del Comunismo »?

Es difícil creer que los dirigentes chinos que tienen una larga experiencia de lucha; que pactaron con Chang Kai-Chek, su enemigo encarnizado, en el transcurso de la guerra contra los japoneses, y con la burguesía nacional al triunfar la revolución en China en 1949, hayan olvidado que sin pactos, sin tratados y sin compromisos, son imposibles las relaciones internacionales e incluso la propia vida política nacional.

La política de coexistencia tiende entre otras razones a impedir que la contradicción entre el socialismo y el capitalismo, que es hoy la fundamental, degenerare en una guerra de exterminio.

En el período de la guerra antijaponesa, los chinos pactaron con Chang Kai-Chek. Pero no se fundieron con su régimen. « Coexistieron »; más aún, « convivieron »; incluso recibieron armas de él. Pero no renunciaron a la lucha por el socialismo ni capitularon ante el representante de la burguesía reaccionaria de China. El compromiso con Chang Kai-Chek les permitió un respiro, un reforzamiento de sus posiciones, y al final, la victoria de la revolución.

Al pactar con Chang Kai-Chek, no le pusieron como condición que cambiase su naturaleza reaccionaria, su carácter de servidor del imperialismo. Le aceptaron como era: Pírfido, criminal, e hipócrita. Mientras hablaba de compromisos, asesinaba a los comunistas y destruía sus fuerzas. Con una mano ayudaba, con otra hería. Pero la lucha es así; y ésta impone que los compromisos se establezcan con las fuerzas que existen, no con las que nosotros deseáramos.

Por ello, consideramos que no

es el griterío histérico, ni las torpes maniobras, ni las bajas calumnias, ni la política flis-tea, empleados por los dirigentes chinos, para hacerse oír, el método aceptable entre comunistas para expresar la disconformidad con la política de éste o el otro Partido.

El método usual entre comunistas es la discusión seria, a veces dura, a veces áspera, pero tendiendo siempre a encontrar una fórmula de entendimiento sin descender a la disputa callejera, que rebaja y quita dignidad a la discusión.

Al defender la política de coexistencia, no pretendemos cambiar la naturaleza del imperialismo, ni renunciar a la lucha de clases, ni a la revolución, cosas que por otra parte no están determinadas por nuestra voluntad, sino por el propio carácter de la sociedad capitalista que lleva inevitablemente a esa lucha y a esa revolución.

Si no existiese más que un solo tipo de régimen social, el capitalista, como lo fue hasta el año 1917, no se plantearía el problema de la coexistencia, sino simplemente el de la existencia, el de la lucha contra la guerra imperialista, el de la transformación de la guerra en revolución dentro de cada país, como se hacía en los primeros tiempos de la difusión de las ideas socialistas, como una de las formas de la lucha de clases.

Cuando existen dos sistemas sociales antagónicos, dotados de un pavoroso poder de destrucción, como sucede en el mundo actual, no hay más que dos caminos: *El de la coexistencia pacífica, o el de la guerra termonuclear y el mutuo exterminio.*

Y cuando el problema está planteado así y no sofísticamente, tratando de esquivar el dar una respuesta concreta a la pregunta que se hacen cada

día millones de hombres y mujeres en el mundo, ¿por cuál solución debemos decidirnos?

¿Por la del exterminio de centenares de millones de seres humanos y la destrucción de todo lo que la inteligencia y el esfuerzo del hombre han creado y construido en milenios, o por la coexistencia pacífica, que representa una lucha permanente entre el capitalismo, sobrepasado históricamente y que retrocede cada día, y el socialismo que crece, que se desarrolla, que ha modificado la relación de fuerzas en el mundo y que obliga al capitalismo a ceder terreno ante el avance del mundo socialista?

Los comunistas hemos elegido el camino de la coexistencia pacífica. Y no porque, según los chinos, seamos pacifistas al viejo estilo socialdemócrata que Lenin condenaba con tanta fuerza y razón; no porque renunciemos a la lucha de clases que cada día adquiere nuevas formas, y mayor amplitud, sino porque *los comunistas luchamos por la vida y no por la muerte, aunque no hemos regateado ni regateamos sangre, vidas ni sacrificios cuando la lucha por la democracia y el socialismo lo exigen.*

Pero entraríamos en contradicción con nuestros postulados comunistas que tienden a la justicia, a la paz y a la libertad para los hombres y los pueblos; negaríamos el sentido humanista del Comunismo; envileceríamos la grandeza de nuestras teorías revolucionarias marxistas-leninistas y frenaríamos realmente el avance de los pueblos hacia el Socialismo si como medio de llegar a él, ofreciésemos a éstos y, en primer lugar, a la clase obrera, el suicidio colectivo, por medio de una guerra termonuclear que significaría la desertización del mundo. ¿Sobre qué base se le-

vantaría, después de una guerra atómica y termonuclear, la vida física y social de los supervivientes de esa pavorosa conflagración que no excluiría ni los más apartados rincones de la Tierra?

¿En qué clase de civilización sueñan los dirigentes chinos al afirmar que después de una guerra nuclear se levantaría rápidamente una nueva civilización? ¿Una civilización de tarados, de enfermos incurables, vegetando entre ruinas y cenizas?

Nosotros no aceptamos ni ese camino, ni esa civilización. Pero ante tales monstruosas divagaciones que los dirigentes chinos pretenden hacer pasar por fidelísimas interpretaciones leninistas; ante su constante condena de la política de coexistencia respaldada por la mayoría de los pueblos del mundo, se llega a la conclusión de que los dirigentes chinos tienen sus razones propias, específicas, no comunistas, que hasta ahora no han expuesto hasta el fin, a pesar de sus larguísima y reiterados documentos.

¿Cuáles pueden ser estas razones? ¿Necesidad de encubrir errores o equivocaciones en el no éxito de la « vía china » hacia el Socialismo: Cien flores, Gran salto, Comunas populares? ¿El descontento porque la Unión Soviética no ha considerado conveniente compartir con ellos la posesión de las armas nucleares, que si no existiesen otras razones la actual conducta de los chinos bastaría para justificarlo?

¿Desean, y esto es más grave incluso en la suposición, un choque nuclear entre los grandes Estados, Norteamérica y la Unión Soviética, poseedores de las más potentes armas de destrucción que reducirían a cero la potencialidad industrial y humana de ambos, para que los chinos que lograsen salvarse

de la catástrofe nuclear, en un nuevo Yenan, se convirtiesen en árbitros del futuro de un mundo en escombros?

Siendo esto monstruoso, no puede, sin embargo, descartarse, en absoluto, ante lo irracional de la posición de los dirigentes del Partido Comunista de China, tanto en lo que constituye una intervención intolerable en orden a la política interior y exterior del país soviético, como en lo referente a la política de los Partidos Comunistas que se atienen a la línea de las Declaraciones de Moscú de 1957 y 1960.

Por lo que hace a nosotros, comunistas españoles, con una larga y dolorosa experiencia en orden a las consecuencias del sectarismo en el desarrollo de los partidos comunistas, fuimos del grupo de partidos que al discutirse las resoluciones de la Conferencia de Moscú de 1960, insistimos en que se considerase el sectarismo como uno de los más graves peligros para el movimiento comunista internacional.

Y lo hicimos no sólo porque en nuestra propia carne lo habíamos sufrido, sino precisamente, porque la estrechez de concepciones de los delegados chinos, nos hacía ver ya cuán serio era el peligro que se apuntaba de parte de Pekín.

Resulta realmente intolerable la reacción enfermiza de los dirigentes chinos frente a los Partidos Comunistas que no están de acuerdo ni con sus métodos ni con su política, a los que acusan de moverse y de actuar bajo la batuta de Moscú, variación china contemporánea, de la misma odiosa calumnia « del oro de Moscú » empleado contra los comunistas desde que existe el país soviético, por la burguesía de cada país.

Por si los dirigentes chinos quieren olvidarlo, no es ocioso

recordar que la solidaridad de los Partidos Comunistas de todos los países con el primer país socialista del mundo; que el apoyo de los comunistas a la política de coexistencia pacífica, iniciada por la Unión Soviética, es la expresión del sentido de responsabilidad nacional, de madurez política, del internacionalismo proletario, de la preocupación por la vida de sus pueblos y por la pervivencia de sus países, de cada partido comunista, de cada comunista.

Lo que durante largos años fue la prueba de la sinceridad revolucionaria de los que se decían progresivos y aun revolucionarios (su actitud hacia el primer país socialista del mundo), lo sigue siendo hoy. Y en la actualidad, esto no significa ni menosprecio del heroico esfuerzo del pueblo chino, que construye el socialismo, ni subestimación de la importancia de cada país socialista aislado, cuyas experiencias y esfuerzos son fuente permanente de aliento y de conocimiento para todos los comunistas, que en ellos aprendemos a aplicar las teorías marxistas-leninistas en correspondencia con el desarrollo político, económico y cultural de cada país.

La solidaridad con el pueblo soviético y con el Partido Comunista de la Unión Soviética tiene raíces entrañables e indestructibles.

Esa solidaridad nació en los días gloriosos de octubre de 1917 y se ha hecho tradición viva, amasada a lo largo de cerca de medio siglo con la lucha y la sangre del pueblo soviético y de la clase obrera de todos los países, en la defensa y el mantenimiento del primer país socialista; en defensa o por la conquista de los derechos sociales, democráticos y humanos, frente a un capita-

lismo sin entrañas.

Esa solidaridad y esa tradición se han forjado en los combates de la revolución espartaquista en Alemania; de la revolución soviética en Hungría; en la lucha del pueblo chino por la democracia bajo la dirección de Sun Yat-Sen y, más tarde, del Partido Comunista de China a lo largo de decenas de años; en la actividad de la clase obrera y fuerzas progresivas italianas contra el fascismo; en las luchas antiimperialistas de los países de América Latina; en la combatividad de los obreros norteamericanos contra el racismo, contra los trusts y monopolios. En las grandes luchas obreras y por la democracia en Inglaterra, en Francia, en Austria, en Bélgica, en toda Europa. En la larga lucha del pueblo español por la democracia y en su ejemplar y epopéyica resistencia a la agresión fascista; en la victoria sobre el hitlerismo en la segunda guerra mundial; en los heroicos combates de los pueblos coloniales por su liberación nacional y en la ayuda de la Unión Soviética a los nuevos Estados independientes, en el apoyo a la heroica lucha del pueblo cubano y en la defensa de éste contra la agresión imperialista.

¿Cómo puede pretenderse olvidar todo esto? Para lograrlo habría que borrar de la historia y de la conciencia de los hombres el año 1917 y medio siglo de socialismo. Habría que arrojar al viento todas las conquistas de la clase obrera mundial obtenidas en duras y costosas luchas y bajo la influencia de la existencia del primer país socialista, en los últimos cincuenta años.

A eso aspiraba Hitler con su agresión a la Unión Soviética creyendo poder coronar esta imposible tarea— en la que sueñan los más belicosos imperialistas —e imponer a los pueblos una

historia hitleriana. ¿Es eso lo que desean o en lo que sueñan los dirigentes chinos?

Cuando éstos declaran que el Tratado de Moscú, es una traición al Socialismo, se hacen muy poco favor a sí mismos, haciéndonos dudar de su cordura.

Antes que ellos, gentes que han pasado a la historia sin ninguna gloria y que se presentaban como exégetas del marxismo execraban a Lenin y condenaban la revolución de Octubre, porque la primera revolución socialista triunfante destruía con la fuerza de su realidad, conceptos estáticos, patrones envejecidos, moldes arcaicos, frenos reformistas, que eran entrañables a los viejos jefes del social-reformismo.

Más tarde, cuando los dirigentes del primer país socialista, que vivió durante largos años como un islote rodeado de países capitalistas que le atacaban con saña rabiosa, que no renunciaban a ningún medio para destruirle, para borrarle de la faz de la Tierra, firmaban pactos, suscribían tratados, establecían acuerdos que permitían al joven Estado socialista consolidarse, desarrollarse, avanzar, y con él todo el movimiento revolucionario mundial, voces rabiosas, filisteas, gritaban demagógicamente su disconformidad por tales acuerdos, en nombre de una pretendida defensa de la pureza del marxismo.

La triunfante realidad del desarrollo del país soviético mostró la inanidad de la demagogia y de la pretendida ciencia marxista de quienes se mostraban no sólo incapaces de cambiar el rumbo de la Historia, sino de marchar al ritmo de ésta, cuando la existencia del primer país socialista había roto la hegemonía capitalista y abierto la Era del Comunismo en el mundo.

¿A quién beneficia hoy, a quién favorece la actitud hostil, altanera, despreciativa, fraccional, de los dirigentes chinos frente al movimiento comunista internacional?

Sólo a los enemigos de la clase obrera y del Socialismo. Sólo a los imperialistas, enemigos inconciliables de los países socialistas, enemigos de la China que construye el socialismo.

Por ello no podemos estar de acuerdo, ni con la interpretación de los dirigentes chinos del marxismo-leninismo, interpretación estática, petrificada, al margen de la vida y la realidad contemporánea; ni con sus elucubraciones antisoviéticas, ni con sus métodos de inmiscuición en la política y en la actividad de los Partidos Comunistas en todos los países, ni con su política exterior que está en contra de los intereses de todos los pueblos.

Su afirmación de que la política de coexistencia pacífica es antirrevolucionaria está desmentida por los hechos.

Y como se dice en una reciente declaración del Partido Comunista de España: «Ahí está vivo aún en el recuerdo de todos, el triunfo de la Revolución china en 1949, en plena política de coexistencia pacífica. Esta no fue un freno para la heroica lucha revolucionaria del pueblo chino pero sí fue, en cambio, un freno muy serio para los planes agresivos del imperialismo de asfixiar a la joven China revolucionaria.»

«En plena política de coexistencia, aplicada consecuentemente por parte de la URSS, se ha producido el derrumbamiento del sistema colonial, se ha desplegado, impetuosa y triunfante, la lucha de los pueblos antes esclavizados por su independencia nacional y por la libertad. 44 nuevos Estados nacionales han surgido en paí-

ses que antes eran colonias.»

¿Acaso puede afirmarse, como lo hacen los chinos, que la política de paz frena la revolución, que «a los Partidos Comunistas que siguen la línea de coexistencia pacífica se les paraliza la voluntad revolucionaria, se descomponen sus filas y son derrotados»?

Eso es falso desde el principio hasta el fin; y los ejemplos que citan los dirigentes chinos en sus panfletos anticomunistas son sofismas que ninguna relación tienen con la realidad y que constituyen en todo caso un insulto intolerable a camaradas heroicos que han pagado con su vida su dedicación a la causa del comunismo.

«El pueblo español —dice el Partido Comunista de España— empeñado en una dura pelea contra la dictadura del general Franco, sabe por experiencia propia que los progresos de la coexistencia pacífica, de la distensión internacional, acentúan la descomposición del régimen franquista y estimulan y favorecen en cambio a las fuerzas de oposición que luchan por establecer una situación democrática en nuestro país.»

Las huelgas de Asturias y del País Vasco del pasado año; la actual huelga de los mineros del carbón de las cuencas asturiana y leonesa que se mantienen más de dos meses, después del fusilamiento de nuestro inolvidable camarada Grimau y de la reciente ejecución de dos jóvenes anarquistas, muestran la falsedad de las afirmaciones de los dirigentes chinos cuando dicen que el camino pacífico significa no lucha, no revolución.

La táctica de permanente gimnasia revolucionaria que en lugar de la línea de las declaraciones de Moscú de 1957 y 1960 preconizan los dirigentes chinos, la hemos conocido ya en

nuestro país gracias al infantilismo anarquista, desde 1911 hasta 1920, sin que la clase obrera y los campesinos españoles avanzaran un solo paso en el camino de su emancipación social.

El camino pacífico hacia el socialismo no significa cesación de la lucha de clases, sino, a través de ésta, la posibilidad de grandes cambios y profundas transformaciones revolucionarias en muchos países sin una nueva guerra mundial.

«Apoyar la coexistencia pacífica significa para los comunistas españoles servir la causa de la paz mundial y, a la vez, contribuir a crear las condiciones más favorables para la liberación de España del yugo fascista.

«Luchar por la coexistencia pacífica es luchar por que el tránsito del capitalismo al socialismo —que es el contenido fundamental de la época en que vivimos— se produzca sin que el imperialismo pueda precipitar a la humanidad en la catástrofe de una guerra termonuclear.»

Esta es nuestra posición que coincide con la del movimiento comunista internacional. Y deseáramos que los dirigentes chinos, aprendiesen a escuchar la voz de los Partidos Comunistas que con ellos firmaron las Declaraciones de 1957 y 1960 y a tener en cuenta la voluntad de los pueblos que aman la paz y que odian la guerra.

En el mantenimiento de la cohesión del movimiento comunista sobre la base del marxismo-leninismo, vivo y activo, y en la unidad de las filas comunistas, y no en su fraccionamiento, ni en recetas milagrosas, está la fuerza que puede hacer más fácil el camino de los pueblos hacia el comunismo.

(Publicado el 16 de sept. de 1963.)

...que se han producido en el mundo...

...de las actividades culturales...

...del patrimonio cultural...

...de la educación cultural...

...de la investigación cultural...

...de la difusión cultural...

...de la cooperación cultural...

...

...que se han producido en el mundo...

...de las actividades culturales...

...del patrimonio cultural...

...de la educación cultural...

...de la investigación cultural...

...

MINISTERIO DE CULTURA



Discurso pronunciado en el Estadio Lenin de Moscu

(23 de mayo de 1963)

QUERIDO compañero Nikita Jruschov, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista y Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética;

Compañeros del Comité Central;
Soviéticos.

Aunque todavía permaneceremos algunos días más en la Unión Soviética, hoy concluye nuestra visita oficial a este gran país. Es decir, hoy nos despedimos de los moscovitas y de todo el pueblo soviético.

He querido escribir estas palabras. Me pareció así más fácil para ustedes, para el traductor y para mí, que no puedo expresarme en su propio idioma.

Hoy debo darles las gracias, y se comprende que no sea fácil para quienes, como nosotros, hemos recibido tan abrumadoras pruebas de cariño.

Esta visita a la Unión Soviética ha sido extraordinariamente instructiva para nuestra delegación. Es claro que llegamos aquí llenos de agradecimiento y de admiración hacia el país amigo que, desde miles y miles de millas de distancia, prestó a nuestra Revolución una ayuda decisiva e inestimable. Pero éste era nuestro primer encuentro con la realidad soviética, con nuestros hermanos de la URSS. Lo que este país es, lo que su pueblo ha realizado, sus hazañas, su heroísmo, su historia, no pueden conocerse cabalmente a través de libros, documentos, películas, fotos, narraciones, informes. Es necesario verlo y sentirlo de cerca. En el mundo hay, además, dos URSS, la verdadera, la heroica, la que se construyó y defendió con la sangre, el sudor y el sacrificio de sus obreros y campesinos, la que abrió para la humanidad una era nueva, la que dio vida en la práctica y en la realidad a la concepción de la historia, a las ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, el primer país socialista, la primera patria de los trabajadores liberados, la que impulsó el desarrollo de la economía, y de la cultura, y de la ciencia, a ritmos nunca antes conocidos por la humanidad; y la otra URSS, la que pintan sus enemigos reaccionarios con los peores acentos de la infamia, la que se describe en la tinta de los periódicos del capital monopolista, en la palabra de los corrompidos políticos de las clases explotadoras y sus ideólogos, en la pluma de los escritores mercenarios. Nosotros nacimos en un país regido por los monopolios yanquis, por los terratenientes y burgueses, a cuyo servicio estaban

los órganos de gobierno, el aparato militar y todas las instituciones del Estado. En la prensa, en la radio, en el cine, en los libros, en las escuelas, por todos los medios se calumniaba a la URSS. Los enemigos de la clase obrera no sólo se valen de la represión sino también de las armas ideológicas, y de su principal arma, la mentira, para someter a las masas y embotar sus sentimientos revolucionarios.

El fantasma del comunismo de que hablaba Carlos Marx recorría también la América Latina, pero era a su vez enarbolado por los explotadores como un fantasma ante los explotados. Calumniaban al marxismo-leninismo, presentándolo como una doctrina extranjerizante, enemiga de la patria, de la sociedad, de la libertad, de la familia, del hombre. Para los burgueses, patria, sociedad, libertad, familia, hombre, siempre se han resumido en un solo concepto: propiedad privada. En nombre de la propiedad privada sobre los medios de producción entregan la patria al dominio imperialista, prostituyen la familia, suprimen las libertades, imponen una sociedad cruel dividida entre explotadores y explotados y esclavizan al individuo. Mendigos, prostitutas, desempleados, niños sin escuelas, familias sin hogar analfabetos: son categorías que abundan hasta en las sociedades capitalistas más desarrolladas, donde las libertades, la moral, la cultura, la familia, el ser humano, son brutalmente subordinados al concepto egoísta y a los intereses de la propiedad privada sobre los medios de producción.

¿Cómo, en medio de esas circunstancias y encontrándose situado sólo a 90 millas del país imperialista más poderoso, cuya influencia, cuya propaganda, cuya ideología llovía incesantemente sobre él, pudo nuestro pueblo liberarse, romper las cadenas, demoler los prejuicios, abrazar la causa del comunismo e instaurar el primer país socialista del continente americano? Desde luego que ni a los propios imperialistas se les ocurrió decir que la URSS exportó a Cuba la revolución. Esto demuestra el principio marxista-leninista de que el capitalismo y el imperialismo cavan irremediablemente su sepultura y engendran en las masas de obreros y campesinos explotados a sus propios sepultureros. Por encima de las mentiras y calumnias, por encima de la represión y de la fuerza, de la propaganda y de los crímenes imperialistas, los obreros y campesinos cubanos dieron sepultura, para siempre, como verdadero cadáver que no podrá volver a resucitar más, a la sociedad capitalista.

Claro que las revoluciones no tienen lugar en un laboratorio. Son obra de las masas, en la realidad viva de la historia, en condiciones difíciles y de encarnizada lucha de clases. Nuestro Apóstol de la Independencia, José Martí, hombre extraordinario y universal, dijo que en las revoluciones no todo huele a clavellina. Los que tienen una concepción idealista de la historia, tienden a imaginarse que las revoluciones deben transcurrir como una sinfonía perfecta, sin tropiezos, dificultades, ni errores. Ninguna revolución está exenta de errores, incluso de grandes errores, los errores que los hombres puedan cometer. Desde luego que los errores son siempre aprovechados por los enemigos y divulgados en todos los tonos. Pero las revoluciones, como hechos históricos en sí, como formas nuevas de la sociedad humana que surgen con ella a la vida, como obra de las masas, son realidades que opacan en su grandeza los errores de los hombres. Cada error que se supera fortalece a la revolución, despoja de armas ideológicas a los enemigos de clase y hace más atractivo el comunismo ante los ojos de la humanidad. Todo en la revolución es experiencia útil, todo enseña; por eso, el movimiento comunista es cada vez más fuerte moralmente y el prestigio de las ideas marxistas-leninistas se consolida cada vez más en todo el mundo, a pesar de la implacable campaña de los enemigos de los trabajadores.

¿Cómo pudo nuestra revolución tan apartada geográficamente del campo

socialista, en las proximidades mismas del país imperialista más poderoso, sostenerse y resistir? No habría sido suficiente el heroísmo de nuestro pueblo, su extraordinario espíritu patriótico, su disposición de defender la revolución a cualquier precio, si al surgir la Revolución Cubana en la América Latina, no hubiesen existido condiciones objetivas enteramente nuevas en la correlación de fuerzas, que favorecen las luchas de los pueblos por su liberación.

La Revolución Cubana demuestra en forma definitiva el principio marxista-leninista de que en las condiciones actuales del mundo la correlación de fuerzas no favorece ya al campo imperialista. En la historia de las relaciones internacionales, regidas por la moral y las concepciones de la sociedad de clases, desde los tiempos antiguos hasta épocas muy recientes, imperó el principio brutal de la fuerza. Con la aparición y el desarrollo del campo socialista, la situación ha cambiado radicalmente. Sin la nueva correlación de fuerzas existente en el mundo actual, el imperialismo yanqui no habría vacilado en ahogar a la Revolución Cubana y no estaríamos ahora construyendo el socialismo en nuestro país sino combatiendo en las montañas, en los campos y en la clandestinidad contra la ocupación extranjera. Pero los imperialistas no aceptaron fácilmente esta realidad y sólo abandonaron los planes de invadir a nuestro país después de la crisis de octubre. Cuando, a mediados del pasado año, los Gobiernos de Cuba y de la URSS decidieron adoptar las medidas pertinentes para frenar el ataque que se estaba fraguando contra nuestro país, nuestra conducta se ajustaba enteramente a las normas del derecho internacional y a la Carta de las Naciones Unidas. Cuba vio en peligro su seguridad, y tenía absoluto derecho dentro de sus facultades soberanas a adoptar las medidas que fortalecieran su defensa. Sin base legal alguna, los imperialistas implantaron el bloqueo naval que puso al mundo al borde de la guerra.

La crisis era la consecuencia de la política agresiva de los EE.UU., cuyo capítulo final sería la invasión armada. El Gobierno de los EE.UU., sin embargo, negando sus planes agresivos de invadir a nuestro país, trataba de hacer recaer sobre Cuba y la URSS la responsabilidad de la tensión creada. Hoy todo el mundo conoce quiénes eran los verdaderos culpables. Como consecuencia de las contradicciones surgidas entre el Gobierno norteamericano y los contrarrevolucionarios cubanos se ha podido descubrir su secreto. El principal cabecilla de la contrarrevolución, que fue designado por el propio Gobierno norteamericano, declaró recientemente, en carta que recibió amplia divulgación en todo el mundo, que efectivamente EE.UU. proyectaba la invasión militar de Cuba. La solución de la crisis de octubre, que entrañó el compromiso por parte de EE.UU. de abandonar sus planes de invasión, desató las pugnas entre los enemigos de nuestro país, poniendo al desnudo toda la verdad. Ha transcurrido el tiempo, y con el tiempo se ha hecho luz sobre los acontecimientos. Los planes imperialistas de invadir a Cuba han fracasado y la guerra se evitó. Quedaba el peligro de que los imperialistas interpretaran erróneamente los acontecimientos, mas la advertencia oportuna y enérgica de la Unión Soviética el pasado mes de marzo tuvo la virtud de tranquilizar a los más exaltados guerrilleros.

En ocasión de la visita de nuestra delegación a la URSS, los imperialistas habrán podido ver hasta dónde llega la solidaridad del Partido Comunista de la URSS, del Gobierno y del pueblo soviéticos con la Revolución Cubana. Se comprende en toda su grandeza el gesto de un país que en defensa de una pequeña nación, a muchos miles de millas de distancia, puso en balanza de los riesgos de una guerra termonuclear el bienestar alcanzado en 45 años de trabajo creador y de inmenso sacrificio. El país soviético en la Gran Guerra Patria contra el fascismo perdió

muchas más vidas que el total de la población de Cuba, para defender su derecho a existir y crear las enormes riquezas con que hoy cuenta. No vaciló en arriesgarse a una dura guerra en defensa de nuestro pequeño país. La historia no conoce otro ejemplo igual de solidaridad. ¡Eso es el internacionalismo! ¡Eso es el comunismo! Eso demuestra además, de manera inconfundible, el principio de que bajo las normas del marxismo-leninismo se establecen entre los pueblos grandes y pequeños relaciones enteramente nuevas. El trato, las consideraciones, los honores que ha recibido la representación de nuestro país en la inmensa Unión Soviética, elevan a su grado más alto el concepto de la soberanía y la igualdad entre los pueblos.

La amistad entre la URSS y Cuba es verdaderamente ejemplar. Antes de acudir a las agresiones armadas, el Gobierno de EE.UU. intentó estrangular por hambre a la Revolución Cubana. Las relaciones económicas con la Unión Soviética y el campo socialista y la ayuda económica que oportunamente recibió nuestro pueblo, hicieron fracasar el cerco de hambre imperialista. Esto demuestra el principio de que bajo el marxismo-leninismo, la explotación económica de unas naciones por otras, que caracterizó la época del colonialismo, el capitalismo y el imperialismo, desaparece por entero bajo el socialismo, para dar lugar a la colaboración en beneficio de los intereses mutuos y a la ayuda de los países industrializados a los de economía subdesarrollada.

Antes de idear la agresión armada directa, que dio lugar a las medidas preventivas de Cuba y de la URSS, los imperialistas reclutaron, organizaron y entrenaron fuerzas mercenarias para atacar a nuestro país. Las armas recibidas de la Unión Soviética y de otros países del campo socialista, nos permitieron derrotar a los agresores. Los imperialistas han actuado en todas las formas imaginables de agresión, y han fracasado. En cada caso estuvo presente la ayuda soviética. Esto no quiere decir que se hayan resignado a dejar en paz a nuestro país; aún subsisten una serie de circunstancias que deben superarse para que los riesgos de un conflicto no vuelvan a surgir. Estados Unidos mantienen un rígido bloqueo económico contra nuestro país y realizan presiones en todos los países que están bajo su influencia para impedir el comercio con Cuba. Los imperialistas están entrenando en territorio norteamericano a miles de elementos contrarrevolucionarios que reciben instrucción militar y técnica de sabotaje. Agentes contrarrevolucionarios y armas son introducidos clandestinamente en territorio cubano. Barcos de guerra y aviones yanquis violan sistemáticamente nuestro espacio marítimo y aéreo. Las incursiones de sus aviones espías sirven a sus fines de sabotaje. Recientemente, un avión pirata procedente de EE.UU. lanzó bombas sobre una de nuestras refinerías de petróleo. Finalmente, EE.UU. mantienen ocupado un espacio de nuestro territorio, en el que tienen instalada una base militar donde han cometido asesinatos impunes contra trabajadores cubanos y desde donde infiltran saboteadores al país y realizan todo tipo de provocaciones.

Frente a esta política de bloqueo, aislamiento y agresiones, Cuba ha proclamado su deseo de vivir en paz y mantener relaciones normales con todas las naciones del continente, incluso EE.UU. Ejemplo de estas relaciones son las relaciones de Cuba con Canadá, México, Brasil y otros países latinoamericanos. El propio pueblo norteamericano ha sido perjudicado con las agresiones económicas de su Gobierno contra Cuba. Viéndose privado de productos como nuestro tabaco, que por su calidad no puede ser adquirido en otros mercados, o como en el caso del azúcar, por la que los consumidores norteamericanos deberán pagar este año cerca de mil millones de dólares en exceso, a consecuencia de los elevadísimos precios que las maquinaciones del Gobierno norteamericano contra el azúcar de

Cuba han ocasionado en el mercado mundial. El pueblo americano es víctima de esa política insensata.

La política de EE.UU. contra la Revolución Cubana está en quiebra total y ha ocasionado al Gobierno de ese país sus mayores reveses políticos. El odio a la Revolución Cubana es agitado por políticos sin escrúpulos que chantajejan a la actual administración, arrinconándola contra el abismo de la guerra.

Nuestro pueblo, al igual que todos los pueblos del campo socialista, desea la paz para llevar adelante la construcción de una vida mejor; mas la lucha por la paz, como le he oído decir reiteradas veces al compañero Jruschov, exige grandes sacrificios a nuestros pueblos, que se ven obligados a mantener sus fuerzas armadas equipadas con las armas más modernas y en el máximo de capacidad combativa. El poderío del campo socialista frena las aventuras belicistas, asegura la paz y crea las condiciones más propicias para la lucha de los pueblos contra el yugo colonial e imperialista.

El movimiento comunista será tanto más fuerte, cuanto más unido. Esto es tan evidente, que no necesita argumentación. Si la unidad de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias es la consigna que dio Marx a los comunistas dentro de cada país, la unidad del movimiento comunista internacional es la consigna de todos los marxistas-leninistas. ¡Proletarios de todos los países, uníos!, fue el mandato de Marx y Engels.

Queridos amigos soviéticos: nuestra visita a la URSS ha significado el gran privilegio de poder apreciar desde cerca la gigantesca obra que vuestro pueblo ha realizado. Sabemos cuánto tesón y sacrificio han sido necesarios. Al visitante, la URSS ofrece la impresión de una fortaleza inexpugnable. La unidad del pueblo soviético, la perfecta organización de vuestro Estado, de vuestra economía, nos llena de admiración. Lo que a nuestro juicio hace más fuerte a la sociedad soviética y la sitúa en la condición de afrontar las enormes tareas y difíciles responsabilidades que tiene delante, es el espíritu de austeridad que se observa en cada hombre y mujer soviéticos. Lenin se sentiría orgulloso de lo que ha hecho el Partido Comunista de la URSS.

Hemos podido apreciar en todo su valor el principio leninista del papel del Partido como organizador y dirigente del pueblo. Hemos podido palpar la estrecha ligazón del Partido con las masas y su infatigable actividad en todos los frentes. Hemos observado la sencillez y modestia de sus dirigentes, su entrega total y abnegada a las tareas de la construcción del comunismo. Después de haber recorrido ampliamente el país y haber convivido con el pueblo soviético casi un mes, nosotros estamos seguros de que en muy breve plazo, la economía de la URSS sobrepasará, irremisiblemente, a la de los EE.UU. Lo que eso significa en la correlación de fuerzas frente al campo imperialista será definitivo. La muralla de mentiras y calumnias que la reacción internacional erigió contra la URSS, toca a su fin; poco resta ya a sus detractores para engañar a los incautos que aún queden en el mundo. El fantasma del comunismo que un día recorrió Europa, hoy recorre todos los rincones de la Tierra y no está lejano el día en que desaparezcan para siempre aquellos a quienes infunde verdadero miedo, los explotadores del hombre.

Estamos seguros de que este encuentro nuestro con el pueblo soviético fortalecerá nuestra amistad extraordinariamente. Con nosotros llevaremos siempre el recuerdo de los millones de brazos que se han alzado para saludar a la delegación cubana, las alegres sonrisas y los vivas a nuestra patria que nos recibieron por todas partes.

No debo concluir estas palabras sin expresar nuestra gratitud más pro-

funda a quien ha sido forjador incansable de la amistad entre nuestros dos pueblos, el compañero Nikita Serguéievich Jruschov. A su iniciativa debemos los cubanos incontables gestos de solidaridad y amistad. De todo corazón lo felicitamos a él y a través de él, al Comité Central del Partido Comunista de la URSS, por los éxitos que bajo su dirección ha alcanzado la Unión Soviética por los caminos del comunismo. ¡Bolschoe spasivo, soviétskie bratia! ¡Viva el comunismo! ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!

MINISTERIO
DE CULTURA



Las contradicciones del «fraguismo»

Los documentos enviados por los intelectuales españoles a Fraga Iribarne, a fines de septiembre el primero, un mes después el segundo, constituyen sin duda uno de los acontecimientos políticos más importantes de este período. No es arbitrario prever que aún se profundicen y se extiendan sus repercusiones.

Acontecimiento político, estos documentos lo son, en primerísimo lugar, por su contenido, que conviene subrayar fuertemente. Por primera vez, en efecto, se plantea al Gobierno de la Dictadura, y a la opinión pública española, el problema de la tortura, de los métodos represivos del régimen, y ello con motivo de la reciente huelga de los mineros asturianos. Se plantea con fuerza, con claridad, sobre la base de hechos y datos concretos, exigiéndose una investigación sobre las actividades de los organismos policíacos en la cuenca minera de Asturias. En suma, se afronta aquí, por los intelectuales españoles, el problema crucial de la situación política, a través de la denuncia concreta de una serie de actos represivos: el problema de las libertades democráticas, de la transformación de las estructuras políticas de nuestro país. La oposición intelectual eleva con estos documentos de forma muy sensible, todo el contenido de sus planteamientos programáticos.

El segundo aspecto que conviene subrayar, porque los dos documentos lo ponen luminosamente de relieve, es aquél que concierne al carácter de la oposición intelectual que aquí se manifiesta. Y es que, al pie de ambos documentos confluyen, con sus firmas, los representantes de diversas generaciones intelectuales y de muy diferentes corrientes de pensamiento. La amplitud de esta oposición —en cuanto a grupos de edad y en cuanto a corrientes ideológicas— es uno de sus rasgos más interesantes. Confluyen aquí las firmas de hombres que estuvieron en posturas opuestas, en la época de la guerra civil, y aun posteriormente. Pero aparecen, masivamente, las firmas de la nueva generación de escritores, artistas, universitarios, generación formada, no lo olvidemos, en estos últimos veinticinco años, bajo el actual régimen. Lo que estos documentos ponen de relieve, por tanto, es el fracaso cultural del régimen, su incapacidad para atraerse a los intelectuales, su pobreza espiritual.

Como es sabido, Fraga Iribarne ha establecido la respuesta oficial al primer documento de los intelectuales (en el momento de redactar esta nota no sabemos todavía cómo reaccionará el Gobierno al segundo documento del 31 de octubre), según tres líneas principales. Primera: la amenaza pura y simple, combinada con

la apertura de un procesamiento por « divulgación de noticias falsas y tendenciosas » ante el Juzgado No. 18 de Madrid. En algunos casos, ya se han tomado medidas administrativas de represalia, con alguno de los firmantes que desempeñaba cargos profesionales en instituciones públicas. Pero, de la eficacia de estas medidas, dadas las circunstancias actuales, se puede dudar muy seriamente. Es demasiado amplio y representativo el frente constituido por los intelectuales españoles para que pueda ser deshecho con medidas de este tipo, por dolorosas e incómodas que puedan ser sus consecuencias, y en tal o cual caso concreto.

La segunda línea de ataque de Fraga consiste en el intento de desprestigiar a los firmantes de estos documentos. Pero no basta ponerles comillas a los intelectuales, decir que se trata de algunos desconocidos y resentidos. Con un documento como el de septiembre, firmado por Vicente Aleixandre, Laín Entralgo, Valentia Andrés Álvarez, José Luis Aranguren, José Bergamín, Antonio Buero Vallejo, Alfonso Sastre, Antonio Saura, José María Moreno Galván, Francisco Rabal, Fernando Fernán Gómez, Juan García Hortelano, Lauro Olmo, Fernando Chueca, Faustino Cordón, Díaz Caneja, Salvador Espriú, Manuel Sacristán Luzón, José Luis Sureda, Angel Latorre (por elegir tan sólo algunos nombres de campos de actividad muy diversos) no basta ese procedimiento. Y además, si los firmantes de la carta a Fraga sólo son « intelectuales » —así, entre comillas— ¿dónde quedan los verdaderos, por qué no se manifiestan?

La tercera línea de ataque de Fraga tampoco es nueva. Consiste en hablar de « maniobra »: maniobra exterior o maniobra comunista. A este argumento responden los intelectuales mismos, en su segunda carta, y responden con una exposición muy clara de la función del intelectual:

« Entendemos que la misión del intelectual en toda sociedad libre, máxime si dice inspirarse en los principios cristianos, es promover el esclarecimiento de la verdad y contribuir a la formación de una conciencia pública. En consecuencia, nuestra actuación se ha guiado y se guía por un estricto concepto de la responsabilidad; y, de acuerdo con éste, juzgamos que ninguna autoridad gubernativa en un Estado libre y de derecho se halla titulada para fijar las normas que han de regir los deberes del intelectual con respecto a la conciencia pública, deberes de carácter eminentemente privativo y moral ». En virtud de lo cual resulta « por tanto, absolutamente innecesaria y fuera de lugar toda supuesta maniobra de carácter partidista o publicitario ». Respuesta ésta contundente a la grosería mental con que Fraga desarrollaba, en su carta a Bergamín, su singular concepción del intelectual. Porque, pese a Fraga, la verdad es muy sencilla: los intelectuales españoles se dejan « maniobrar » por la propia realidad nacional, por el choque de sus aspiraciones contra la realidad de la censura, de la falta de libertades, de la tortura, de la represión policíaca. Se dejan « maniobrar » por las exigencias humanísticas de su conciencia, realidad moral que no podrá nunca comprender el cinismo de un Fraga.

De todas formas, el fin perseguido por el agitado Ministro de Información (aquí sí que se impondrían las comillas) es evidente: dividir a los intelectuales, levantar suspicacias, intentar amedrentarlos. Y de ello se desprende el fin que los intelectuales deben y pueden proponerse: cerrar sus filas, ampliar aún mucho más el campo de las corrientes representadas en la protesta intelectual, mantener su exigencia de información libre y de investigación fidedigna sobre los hechos denunciados.

En esa batalla, la segunda carta de los intelectuales marca un jalón im-

portante; demuestra un primer fracaso de las tentativas de Fraga. Sin subestimar las posibilidades represivas que aún le quedan a la Dictadura, parece posible afirmar que se pueden conseguir nuevos éxitos importantes, en función del conjunto de la situación política del régimen.

En esta ocasión han estallado, en efecto, todas las contradicciones del « fraguismo », de la llamada « política de la liberalización ». La táctica de Fraga —en la línea de repliegue adoptada por el régimen después de las huelgas de mayo de 1962— estaba clara: ceder unas pulgadas de terreno (las que, de todas formas, ya se habían perdido, como consecuencia de la presión de las masas), establecer un « diálogo » controlado, en los marcos elegidos por el Ministerio de Información, prometer mucho para más adelante, sin conceder nada importante en lo inmediato. En suma, intentar tomar en sus manos, para orientarlo a su mejor conveniencia, la dirección del inevitable proceso de disgregación de las estructuras políticas de la vida intelectual española.

Ahora bien, en este caso, ha hecho crisis toda la falsedad de esa posición, estalla a plena luz su carácter de maniobra. Cogido entre la espada y la pared, entre la necesidad de mantener una cierta postura política (ligada con sus ambiciones para el futuro), aceptando, por tanto, cierto diálogo, y, por otra parte, la imposibilidad de aceptarlo de verdad (porque los hechos denunciados son

ciertos y Fraga lo sabe mejor que nadie), el Ministro de Información se ve impelido a la grosera falsificación de los hechos, al cinismo típicamente fascista. Al mismo tiempo, se ve obligado a dar cierta publicidad a los documentos de los intelectuales, o sea, a romper con esta ocasión, y abriendo un antecedente de imprevisibles consecuencias, la vieja y sacrosanta ley del silencio. Con esto, debilita su posición —frente a los intelectuales y frente a los ultrancistas del Gobierno— y se empantana en un callejón sin salida. O demuestra su buena fe y acepta la constitución de una comisión de encuesta, abriendo un proceso nuevo en la vida política española; o rechaza de plano esa perspectiva y remite el expediente al Ministro de Gobernación, con lo cual se desmascara de una forma aún más rotunda y echa a pique su maniobra de « liberalización », en un momento en que al régimen no le interesa hacerlo. No es fácil la posición de Fraga, ciertamente...

En estas condiciones, el camino a seguir por la oposición intelectual está claramente trazado: desarrollar y ampliar su iniciativa; reforzar el frente de su protesta, para demostrar, como objetivo mínimo, ante la opinión pública, la necesidad de un cambio profundo en la vida política española. No cabe duda, pues, que los documentos de los intelectuales constituyen un jalón importante en la lucha por la libertad en nuestro país.

F. SANCHEZ.

« Julián Grimau »

Un libro testimonio (1)

El libro lleva su nombre. Su nombre que es síntesis de una etapa de la lucha de nuestro pueblo: la actual. Su nombre que define una condición: la del comunista español de nuestros días.

El libro está dividido en tres partes: « El hombre », « El crimen », « La protesta ».

En la primera, sus camaradas —convivencia fraternal con Julián en la clandestinidad española, en la emigración, en el trabajo diario del Partido— intentamos contar cómo era Julián, cómo le veíamos. Su mujer, Angela Grimau, murmura en esas páginas sus recuerdos conmovidos.

A través de esa múltiple memoria, de esas impresiones que el dolor aviva, vemos desplegarse —serenamente, sin estridencias ni precipitaciones, como Julián lo hacía todo— su vida de combatiente popular, su vida ejemplar de comunista. Una vida sin una vacilación en cuanto al camino elegido, sin que reveses ni plazos pudieran abrir en ella lagunas de descorazonamiento. Vemos a uno de los nuestros hacerse, crecer, llegar a la madurez de su pensamiento y de su experiencia... En un trayecto largo, abrupto, doloroso. Caminos como el suyo, no son caminos fáciles.

La segunda parte del libro relata

el crimen. La detención, su frágil humanidad física soportando la prueba atroz. Sin que ni su voluntad ni su silencio se rompan.

Luego, el simulacro de proceso, el simulacro de tribunal. Y Julián en el banquillo de los acusadores, pues en eso se transforma cuando se sientan en él los comunistas. Y le oímos reivindicar su condición de tal hasta la muerte y proclamar la política, las soluciones de su Partido en esta encrucijada de España.

Después, aquella noche sin alba en Campamento. Y la vida de Julián que dejaba de ser vida física para convertirse en símbolo y en historia.

La última parte, aunque apretado resumen, es extensa. Imposible dar, con algún detalle, noticia de todos los actos públicos, manifestaciones, documentos, etc., etc., promovidos por la protesta que en todo el mundo siguió al crimen. Esa protesta fue, en realidad, un clamor de la conciencia universal. Que en el libro se intenta sintetizar a través de la mención sucinta de los hechos principales en que la indignación española y mundial se expresó. Pues estamos seguros que otros —sin duda numerosos— no han llegado a conocimiento de la comisión coordinadora de las colaboraciones tan di-

versas cuya suma ha hecho el libro.

Este lleva como introducción unas páginas del camarada Santiago Carrillo. En ellas, el Secretario General del Partido nos da una imagen política y humana de Julián Grimau, a quien él quería y valoraba tanto.

En el libro, hay también palabras de Dolores Ibárruri: las palabras apremiantes, encendidas, de su llamamiento a la acción para intentar preservar la vida de Julián.

Se trata pues de un libro testimonio, de un libro documental que, por serlo, es también, en cierto sentido, una crónica de un momento de la España contemporánea.

Libros de esta índole son de ineludible necesidad. Los comunistas no tenemos derecho a dejar pasar los grandes episodios de la lucha del pueblo español, de los cuales somos, además, protagonistas, sin registrar en la permanencia del libro —que nunca pueden alcanzar, pese a su importancia, periódicos y hojas volanderas— su relato esencial y su análisis político. Que son

guía para el presente y constancia para la Historia.

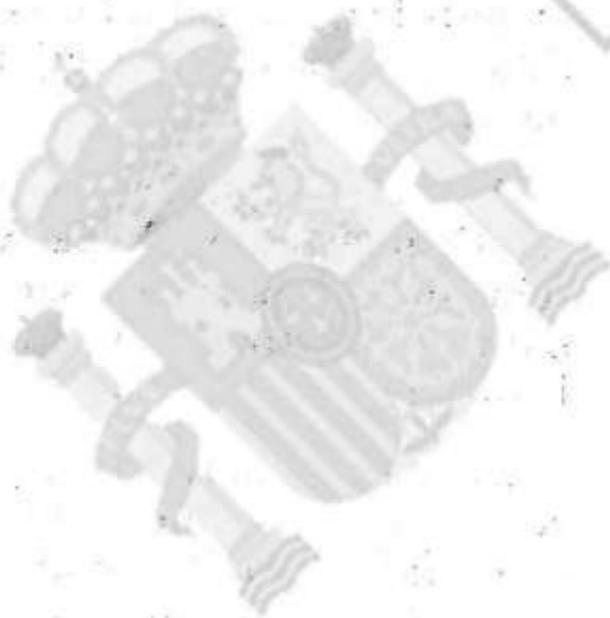
Homenaje a Julián Grimau y, al mismo tiempo, atención a dicha necesidad es este libro.

Para algunos de sus capítulos hubiéramos preferido una elaboración más reposada. Desearíamos que algunos de los testimonios y de los relatos tuvieran, respectivamente, mayor calado y detalle. No obstante, el libro será de utilidad para cuantos españoles busquen en él noticia de Julián Grimau, explicación del crimen, medida, en un instante determinado, de la solidaridad internacional con España e indicio de la magnitud que puede alcanzar en las horas decisivas...

Podríamos resumir todo lo anterior diciendo que este libro es una aportación a la crónica general del largo combate del pueblo español por su liberación.

J. IZCARAY.

(1) « Julián Grimau ». Editions Sociales, Paris.



UNA VEZ MÁS ASTURIAS MARCA EL CAMINO

El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España ha hecho pública el día 18 de agosto la siguiente declaración:

LA huelga minera en Asturias que de las cuencas del Aller y el Caudal se extendió a Langreo y el Nalón, dura ya más de un mes. El Partido Comunista de España, que en todo momento ha defendido las justas reivindicaciones de los mineros y cuyos militantes luchan en Asturias en las primeras filas, reitera a los huelguistas la expresión más ferviente de su solidaridad y les estimula a perseverar en la acción emprendida.

En esta huelga los mineros asturianos unen a sus reivindicaciones económicas otras tan esenciales como el regreso de los deportados, la libertad de los detenidos, la anulación de las sanciones, la libertad sindical y el derecho de huelga. Con su combatividad y unidad están repitiendo la gesta del año pasado, que tan honda repercusión tuvo dentro y fuera del país.

El duro forcejeo de los huelguistas con el Gobierno, la patronal y los jefes sindicales, no sólo llena de admiración a los trabajadores de toda España, sino que va creando las condiciones para un comienzo de otoño de acciones generalizadas, precursor de la huelga general política, en la cual las grandes masas populares ven cada vez más el mejor medio para acelerar el derrocamiento de la dictadura. El verano no es así una pausa, sino una preparación de importantes luchas de la clase obrera y de todo el pueblo con-

tra el régimen franquista. En ello corresponde un gran mérito a los heroicos mineros asturianos que una vez más han demostrado estar a la vanguardia del proletario español.

Al hacer esta declaración de solidaridad con los mineros asturianos, el Partido Comunista se dirige a todas las fuerzas de la oposición antifranquista, a todos los grupos españoles, inquietos por el porvenir nacional, invitándoles a manifestar públicamente su simpatía y apoyo a los mineros de Asturias. Al mismo tiempo llama a los trabajadores de la ciudad y del campo y especialmente a los mineros de toda España, a intensificar por todos los medios la solidaridad con los huelguistas asturianos, a organizar la ayuda económica y buscar la manera de hacerla llegar directamente a Asturias, a realizar paros en el tajo, manifestaciones, huelgas según las posibilidades.

Para que esta solidaridad se desarrolle en todo el país urgen el entendimiento y la unidad de acción de comunistas, socialistas, católicos, cenetistas, nacionalistas, de todos los trabajadores y antifranquistas.

La abnegación y espíritu de sacrificio que nuevamente están demostrando las mujeres asturianas sosteniendo a sus maridos, hermanos e hijos en la lucha, ofrece un alto ejemplo a las mujeres de todo el país para contribuir con su esfuerzo e iniciativa a la ayuda a los mineros en huelga.

Las grandes organizaciones internacionales de la clase obrera, los sindi-

catos de Francia, Italia, Unión Soviética y otros países, en amplia coincidencia unitaria, han proclamado su solidaridad con Asturias, denunciando las represiones antiobreras del Gobierno de Franco. Un poderoso movimiento de solidaridad está en marcha alentando a los bravos huelguistas.

La solidaridad con Asturias no es sólo un deber. Es una necesidad urgente, íntimamente ligada a la defensa de las propias reivindicaciones en cada

lugar de trabajo, a la lucha por las libertades democráticas. Los mineros de Asturias llevan ya más de un mes de lucha.

¡Hagamos cuanto esté a nuestro alcance por ayudarlos!

¡Vivan los huelguistas asturianos!

EL COMITE EJECUTIVO
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

18 de agosto de 1963.

DECLARACION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA SOBRE LA RENOVACION DEL PACTO YANQUI-FRANQUISTA

El 26 de septiembre ha sido renovado por cinco años el pacto yanqui-franquista concluido en 1953. Las declaraciones y acuerdos publicados que acompañan a esta renovación no cambian el significado esencial del pacto, sólo vienen a agravar la amenaza que entraña para la seguridad de España —concretamente por la utilización de la base de Rota por los submarinos Polaris— y a subrayar la persistencia del apoyo político que el Gobierno de Estados Unidos viene prestando a la dictadura fascista que oprime al pueblo español.

En los días angustiosos de la crisis del Caribe los españoles pudieron percatarse plenamente de que la presencia de las bases atómicas norteamericanas significa que España puede ser destruida en las primeras horas de un conflicto termonuclear, en el que no habría tenido el más mínimo poder de intervención ni de decisión. Posteriormente, la nota del Gobierno soviético del mes de mayo de este año puso en evidencia los peligros que haría correr a España la instalación en ella de bases para los submarinos atómicos norteamericanos, al mismo tiempo que proponía, como alternativa constructiva, la transformación del Mediterráneo en zona

desatomizada. El Gobierno de Franco, siguiendo su norma de no tener en cuenta para nada la voluntad de los españoles ni los intereses vitales del país, procede a la renovación de un pacto que deja la existencia misma de España a merced del Estado Mayor norteamericano.

Tratando de calmar la inquietud de la opinión pública española y de ganar prestigio político a cambio de la venta de España, el Gobierno de Franco dio a entender desde el comienzo de las negociaciones sobre la renovación de los acuerdos de 1953, que no aceptaría esta renovación sin plenas garantías de la intervención de España en toda decisión político-militar que pudiera afectar a su seguridad. Aparte ya del hecho fundamental de que Franco no representa la voluntad de España, las declaraciones y acuerdos que acompañan a la renovación del 26 de septiembre demuestran que el Gobierno del dictador ha logrado ciertas satisfacciones políticas y de prestigio, pero ninguna garantía seria desde el punto de vista de la seguridad del país. El Comité Consultivo creado no cambia substancialmente la situación; la política y las medidas de las que depende

la paz o la guerra se elaborarán en otras instancias a las que España sigue sin tener el menor acceso.

El Gobierno norteamericano se ha aprovechado una vez más de la debilidad intrínseca del Gobierno franquista, de su falta de representatividad, para lograr sus objetivos estratégicos al precio más bajo. En el capítulo económico se limita a ofrecer cien millones de dólares de créditos « en los próximos años », a través del Banco de Exportación e Importación, cifra notablemente inferior a las aspiraciones franquistas.

Una vez más, la forma principal de pago que el Gobierno de Washington ha escogido para prolongar sus bases atómicas en España es el apoyo político a un régimen fascista, a un régimen que sólo hace cinco meses desafió a la conciencia universal fusilando a Julián Grimau, que después ha recurrido al « garrote vil » para asesinar a otros adversarios políticos, que hace unas semanas ha desencadenado una represión salvaje contra los mineros asturianos.

El Partido Comunista, seguro de interpretar la opinión de la gran mayoría del pueblo español, denuncia ante la opinión pública internacional, esta

conducta del Gobierno de Estados Unidos, que está en contradicción con toda verdadera política de paz y desenmascara la hipocresía de los gobernantes norteamericanos cuando hablan de defensa de la « democracia » y del « mundo libre ».

Ante el hecho consumado de la renovación del pacto yanqui-franquista, el Partido Comunista se dirige al pueblo, a todas las fuerzas de oposición, a los sectores patrióticos del Ejército, llamándoles a continuar la lucha contra la presencia de las bases atómicas norteamericanas en España, hasta lograr la anulación de los acuerdos renovados el 26 de septiembre. Esta renovación pone de manifiesto, una vez más, que España no puede garantizar su seguridad, no puede tener una política exterior que corresponda a sus intereses nacionales, una política de paz y neutralidad, más que liberándose de la dictadura franquista e instaurando un régimen democrático que permita la libre expresión de la voluntad nacional.

COMITE EJECUTIVO
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA.

3 de octubre de 1963.

